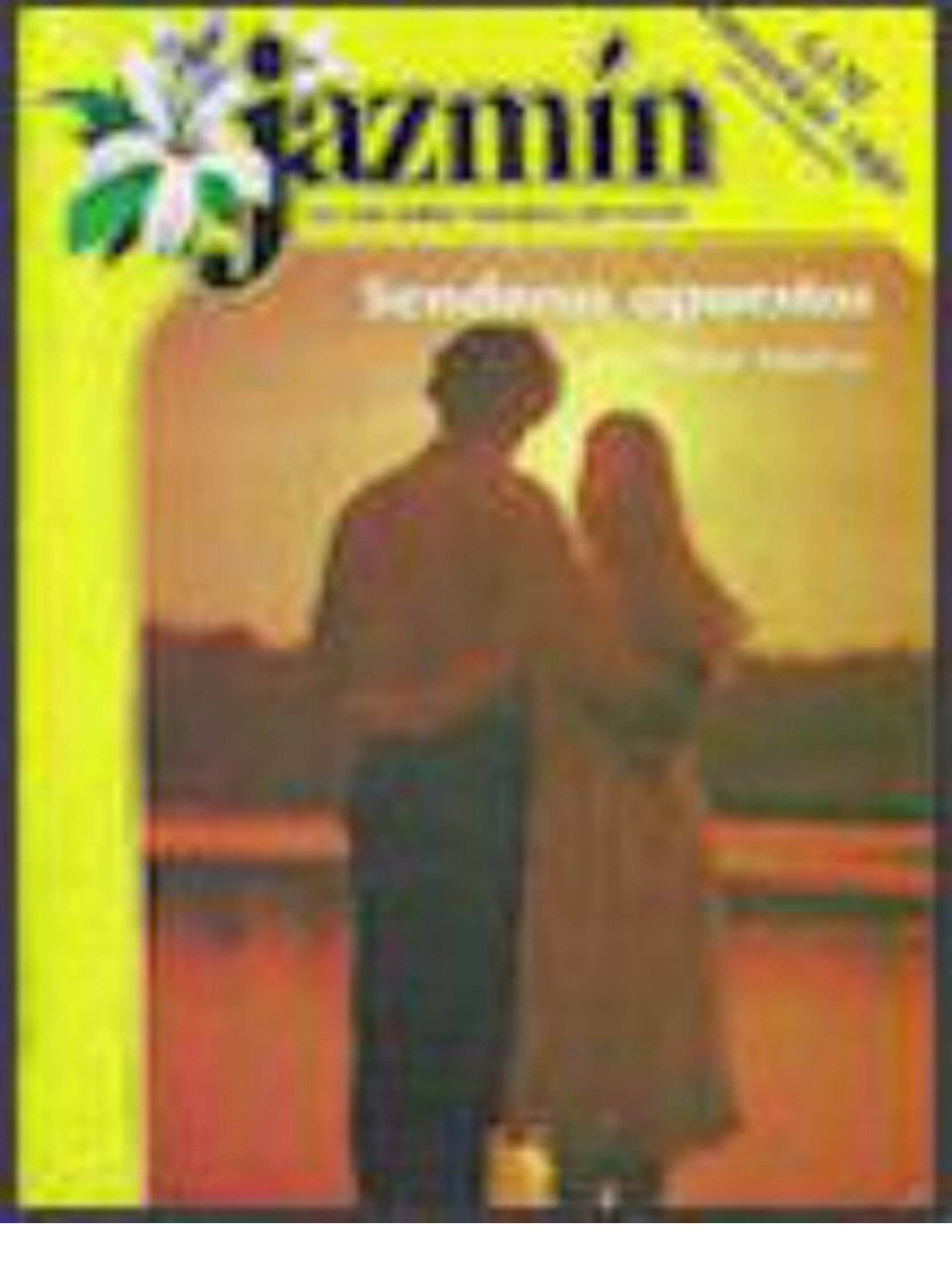

jazmín



Anne Mather

SENDEROS OPUESTOS

Mask of Scars

Cristina viajó a Portugal aprovechando sus vacaciones en la universidad para quedarse en casa de su hermano, pero allí descubre que no es bien recibida por su cuñada. Poco después conoce a Carlos Ramírez, el dueño de una quinta que le ofrece un trabajo.

Título original: «Mask of scars»

Adaptación *y* traducción: *Patricia Finley* Jazmín nº 17 – 1980

Protagonistas: Don Carlos Ramírez y Cristina Ashley

ANNE MATHER – SENDEROS OPUESTOS

CAPÍTULO 1

CUANDO el tren llegó a la estación de Lagos, Cristina se sintió impresionada por la belleza del paisaje y el panorama increíble de la costa, iluminada por el brillante sol del Mediterráneo, aunque hubiera estado dispuesta a renunciar a aquel espectáculo a cambio de una ducha que la refrescase, y una muda limpia de ropa. Sentía los pantalones vaqueros pegados a las piernas, y la camisa rosada, tan atractiva y almidonada al comenzar el viaje aquella mañana desde la pensión de Lisboa, ya también se veía húmeda y sucia, debido al calor. Ojala su orgullo no hubiera intervenido, impidiéndole usar el dinero que le había mandado su hermano Bruce para un billete aéreo a Portugal.

Aunque conociendo bien a su cuñada, estaba convencida de que ignoraba aquel gesto generoso de su marido. Y sería muí típico de la personalidad de Sheila preguntarle a Cristina, que aparentemente carecía de dinero, cómo había podido comprarse el billete aéreo hasta Faro. Lo último que deseaba era crear fricciones entre su hermano y su esposa, al principio de si estancia entre ellos.

El pueblo donde se hallaba el hotel que poseían su hermano Bruce y su cuñada Sheila, se llamaba Porto Cedro. De acuerdo con el mapa, se encontraba a unos ocho kilómetros hacia e oeste de la carretera a Sagres, por lo que Cristina decidió caminar en aquella dirección, con su maleta y su mochila a hombro. Empezó a hacerlo, cuando llamó su atención el ruido de unas llantas en la polvorienta carretera. Se volvió al sentir acercarse una lujosa y gigantesca

"limousine" negra. Con un movimiento rápido, levantó el dedo pulgar haciendo la señal de

"autostop", mientras pensaba cómo la hubiera criticado su cuñada de haberla visto. Pero no tenía por qué preocuparse: la "limousine", que traía una curiosa insignia grabada en su costado, pasó a su lado sin reparar en ella. Cuando el polvo que levantó le pegó en la cara, se sintió indignada al comprender que había pasado deliberadamente cerca de ella, forzándola a situarse al borde del camino. Encogiéndose de hombros con su gesto característico, miró resentida hacia el coche y continuó su camino.

Al fin, divisó las primeras casas del pueblo, sin poder reprimir una sensación de alegría.

Hacía casi un año que había visto a su hermano por última vez y siempre estuvieron muy unidos. Ni siquiera la celosa hostilidad de su cuñada pudo empañar la relación entre ambos.

En su carta, Bruce le había dicho que el Hotel Inglés, que él regentaba, estaba situado encima de un pequeño risco. Le había explicado también que el área estaba llena de salientes y promontorios

en las rocas, que formaban cuevas y pequeñas calas cuando la marea bajaba.

Le había hablado de las maravillas que poseía toda la costa para disfrutar de la natación y de que él había comenzado a practicar "snorkeling" y buceo.

Ahora que contemplaba la profundidad transparente del océano, comprendía aquellas palabras. Porto Cedro, el pueblo, estaba ubicado en uno de los costados de la montaña con una pequeña plaza, en la cual se encontraba el mercado, la estación de autobuses, y como punto central de la misma, una fuente hecha de piedra. Las casas que rodeaban la plaza estaban pintadas en tonos claros y alegres, con persianas blancas y plantas colgantes, que proporcionaban tramos de sombra a lo largo de las calles. Algunas tenían verjas de hierro forjado, reliquias de la ocupación morisca. Se respiraba un ambiente remotamente oriental; todo era pintoresco y bello. Su vivida imaginación conjuró escenas de piratas moros apoderándose de la estrecha calle y llevándose a sus harenes a las más bellas mujeres del pueblo. Sonrió para sí, lo que atrajo la atención de un grupo de jóvenes que pasaban. En aquel momento vio la fachada del Hotel Inglés, comprendiendo que no era sino una pensión distinguida.

Al entrar, oyó unos pasos por el corredor, a su derecha, lo que la hizo volverse rápidamente.

Justo en aquel momento, su cuñada Sheila comenzaba a decir en portugués:

– *"Lo siento muito, menina"* –se detuvo sorprendida al reconocerla. Su cara cambió notablemente, la sonrisa se convirtió en la expresión de velada hostilidad habitual en ella.

–¡Cristina! En nombre del cielo, ¿qué haces aquí?

Cristina se sintió presa de creciente ansiedad.

–Vine a pie desde la estación de Lagos.

Sheila movió la cabeza incrédulamente.

–Pero, ¿qué haces en Portugal? Creí que estabas en la universidad.

La joven jugueteaba nerviosamente con las agarraderas de su mochila.

–Estas –contestó–, son mis vacaciones de verano.

Sheila abrió las manos en un gesto de desesperación.

–Cristina, o yo no me expreso claramente, o tú con toda intención, no quieres comprenderme. Lo que deseo saber es por qué, aun cuando éstas sean las vacaciones de verano, estás aquí.

La ansiedad de Cristina cedió paso a graves dudas.

–¿Quieres decir que no soy esperada?

Los claros ojos grises de Cristina no se apartaban de la cara de su cuñada un solo momento.

Sheila era una mujer atractiva. Andaba por los treinta y poseía la

elegancia de una modelo.

Alta y delgada, el suave pelo negro anudado en la nuca, no tenía nada del aspecto de cansancio, ni la mirada, a veces tan enervante, de una mujer casada. Esto se debía sin duda a que nada la conmovía. Bruce había escrito a su hermana invitándola a permanecer con ellos aquel verano, y además, podría ayudarlos, trabajando en el hotel. Comprendió que no podía mencionar esto, por lo que dijo:

–Naturalmente, pensé que una vez que la universidad estuviese cerrada, sería bienvenida aquí un par de semanas, ahora que ha muerto mi padre.

–¡Pero debiste habernos informado de que venías, Cristina! Quiero decir, tu padre murió hace ya diez meses. Debiste comprender, antes de que terminase el curso, que tendrías que conseguir un trabajo para mantenerte, mientras estuviese la universidad cerrada.

–En realidad, pensé que podría ser de utilidad para vosotros, Sheila. Quiero decir, que podría trabajar aquí.

Los ojos de Sheila demostraban su sorpresa.

–¿Trabajar en el hotel, quieres decir?

–Sí –contestó Cristina, mirando a través de la puerta abierta hacia las mesas que aún quedaban por limpiar en el patio–. ¿No necesitas algún tipo de ayuda?

Sheila, en aparente lucha consigo misma, no encontraba ya ninguna razón lógica para negarse a esta sugerencia.

–Nosotros nos las arreglamos. Aquí no estamos solos Bruce y yo, ¿sabes?, Julio sirve en el bar por las noches y María se ocupa de la cocina.

Después de una pausa, Sheila preguntó con más calma:

–¿Y cuánto tiempo piensas quedarte en realidad?

–¿Importa eso?

–Por supuesto que importa, Cristina. Esto es Porto Cedro, no Kings Road, en Londres. Las cosas son diferentes aquí. Ya sé lo que vas a decir, pero bueno, es tu forma de ser, tan diferente a las costumbres que hemos adoptado nosotros ahora, para estar de acuerdo con nuestros vecinos. Las personas aquí tienen más prejuicios que en Inglaterra. Yo no puedo hablar del resto de Portugal, por supuesto, pero en Porto Cedro cuidamos mucho de respetar las normas de conducta que se han mantenido desde siglos.

–No puedes decirlo en serio –dijo Cristina mirándola fijamente.

–Claro que sí; es por eso por lo que encuentro, tu presencia aquí tan inoportuna. Eres una muchacha bonita y amable. En Inglaterra no dudo de que tus costumbres pasarían sin llamar la atención.

–¿Qué quieres decir con "mis costumbres"? –A Cristina le dolía el tono hiriente y sarcástico de la voz de Sheila.

–Querida, para ser sincera.. En primer lugar, no se usan pantalones

aquí, a menos que una vaya en velero. A las mujeres jóvenes, no se les permite salir con sus prometidos o amigos; es necesario que se hagan acompañar de una carabina.

–Pero yo no soy portuguesa, Sheila.

–¿No puedes comprender? Trato de explicártelo: cuando se vive en un país extraño, se espera que uno respete y mantenga sus costumbres.

–"Costumbres. ." –Cristina elevó los ojos al cielo–. Verdaderamente, Sheila, no puedes hacerme creer que aquí no aparezcan turistas vestidos como yo, y que todo el que visite Porto Cedro deba observar esas que tú llamas "reglas de conducta",

–Por supuesto que no digo eso; como turista imagino que pasarías desapercibida, pero recuerda: aquí tú no vas a ser vista como una turista. Eres la hermana de Bruce, y una vez que se sepa, se esperará que te comportes como lo hacemos nosotros.

Cristina se encogió otra vez de hombros, con su actitud característica.

–¿Por qué no dices simplemente que no me quieres aquí, no importa cuáles sean las circunstancias? No esperarás que crea todo eso acerca de mi ropa, el comportamiento con los muchachos y lo de aguantar una carabina.

–Bien, si insistes en decirlo de una forma tan cruda, seré sincera. Lo confieso, no te quiero aquí, pero al margen de lo que yo pueda sentir personalmente, la situación es tal como te he dicho. Simplemente tú aquí no encajarías con el lugar y las costumbres.

–¿Qué es lo que ocurre?

Una voz de nombre interrumpió la conversación. Bruce, alto, de anchos hombros, una figura familiar tan querida, estaba parado en el dintel de la puerta. Al punto, Cristina se lanzó a sus brazos, sin importarle lo que Sheila pudiera pensar. Bruce la sostuvo en el aire durante unos minutos en cariñoso abrazo y después la miró como si no pudiera creer que estuviera allí.–

Cristina, ¿cómo te apareces así, tan de sorpresa? ¿Por qué no me avisaste? ¿Has venido en avión?

–¿Cómo iba a conseguir el dinero para comprar el pasaje? –dijo ella, mirándole significativamente para que Bruce pudiera saber lo ocurrido con Sheila. Pareció comprender, pues inclinó la cabeza con lentitud, diciendo:

–En todo caso, debiste escribirnos para que te esperáramos.

Sheila le miró con suspicacia.

–¿Sabías que ella venía?

–Pensé que podría venir, ¿por qué no? Somos los únicos parientes que le quedan. ¿Por qué no iba a venir aquí? Esta es su casa, también.

–Cristina tiene dieciocho años ya. Bruce, no es una niña.

–¿Y qué son dieciocho años? Si viviéramos aún en Kensington.. estaría con nosotros, ¿no?

–Tal vez, pero ya no vivimos en Kensington, Bruce. La situación aquí es diferente. Y como he estado tratado de explicarle, no se acostumbraría a vivir en este lugar.

–¡Qué tontería! –dijo Bruce, apartándose de Cristina y buscando en sus bolsillos hasta encontrar sus cigarrillos–. ¿Por qué no estaría bien aquí? Podría ayudarnos con los quehaceres del hotel y así se pagaría su estancia.

Sheila pasó rápidamente a su lado, entrando en la cocina a preparar el té. Al regresar con una bandeja unos minutos más tarde, Cristina pudo ver la dificultad con que controlaba su mal genio. Bruce, mientras tanto, sentado a todo gusto en una butaca, le preguntaba sobre sus ocupaciones y actividades en la universidad. Fue una coincidencia muy triste que el señor Ashley muriese a las pocas semanas de que ella comenzara sus estudios universitarios, pero en cierta forma, el cambio de ambiente significa una gran ayuda para hacer su pena más soportable. Ella y su padre habían estado muy unidos, sobre todo desde que Bruce se casó y su esposa no demostró tener el menor interés en la familia de su marido. Cristina recordaba muy poco de su madre; había muerto cuando ella tenía apenas doce años.

Sheila le preguntó mientras servía el té:

–¿Y dónde vas a dormir?

Cristina la miró con mucha calma.

–Verdaderamente, Sheila, creo que lo más indicado es que me vaya. Es evidente que no quieres que me quede aquí. Ya me sería imposible hacerlo, dadas las circunstancias.

La cara de Sheila se relajó.

–Me alegra mucho ver. . –comenzó a decir, pero Bruce la interrumpió.

–Sheila, no voy a permitir que le hables así a mi hermana. No me importa tu opinión. Esta es también mi casa y yo invitaré a quien desee.

Sheila le miró con furia.

–¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera? Sólo porque Cristina ha llegado sin avisar. .

–Ella no ha llegado inesperadamente. Yo le escribí, y la invité para que se quedara con nosotros este verano. También le envié suficiente dinero para que viniese en avión y si no lo usó, creo que es por no sentirse obligada conmigo.

–¿Tú le enviaste dinero?

–Por amor de Dios, Sheila, sé razonable.

–¡Razonable, razonable. .! ¡Qué bien! Mientras yo aquí ¡trabajo

como una esclava para hacer que este lugar produzca, tu querida hermana sólo pasa sus días estudiando y escribiendo algunos apuntes en una libreta. Tiene dieciocho años, Bruce. Creo que debía estarse ganando ya la vida.

–¡Por favor! –exclamó Cristina–. Dejadlo ya; regresaré a Inglaterra, mañana mismo.

–No harás nada por el estilo –dijo Bruce–, déjame a mí arreglar esto. –Volvió a mirar a Sheila–. Debo recordarte que yo he sido el que ha pagado el traspaso de este hotel. Tú no has trabajado fuera de la casa desde que nos casamos, y si decidí mandarle algo de dinero a mi hermana, no creo que tengas ninguna razón para quejarte.

Sheila dijo, un poco más calmada:

–Lo que dices es injusto, Bruce.

–¿No crees que lo que tú le has dicho a Cristina es todavía más injusto? –replicó él.

DESPUÉS de tan desagradable escena, en la que había tenido que participar contra su voluntad, Cristina salió a pasear por los alrededores del hotel, para disfrutar del panorama que la rodeaba. Frente a ella, encontró de pronto una pared de roca que dividía la playa en dos, pero había una abertura lo suficientemente ancha como para poder deslizarse a través de ella. Se vio en un tramo desierto de la costa, donde el agua parecía invitarla con su frescura.

Parecía no haber otra forma de llegar a aquella playa, aparte de la abertura por la que había entrado. Caminando hacia el mar, comenzó a despojarse de la ropa con descuido, a fin de que el agua le refrescase las piernas. Era una sensación deliciosa. Nunca antes se había bañado en aguas cálidas y le pareció que debía haber traído su traje de baño, en vez de dejarlo en el hotel. La idea de sumergirse en las profundidades refrescantes era más tentadora de lo que podía resistir, por lo que sin detenerse a pensar en las posibles consecuencias, se quitó rápidamente la ropa restante, lanzándose dentro de las olas. Fue algo maravilloso, pero cuando apenas llevaba unos minutos disfrutando del mar, notó con disgusto que no se encontraba sola, que un extraño caminaba por la playa sin darse cuenta de su presencia. El hombre se detuvo junto a su pequeño bulto de ropa, mirándola con atención.

Podía ver que se trataba de un hombre alto, delgado y moreno, de facciones clásicas y aspecto distinguido. Advirtió en él un aire de autoridad y arrogancia, preguntándose quién podría ser.

En aquel momento el extraño la vio y tiró el cigarrillo que estaba fumando. Luego caminó hacia la orilla y se dirigió a ella:

– *Tenha a bondade de sair, menina, vaise fazendo tarde.*

Cristina logró recordar la única frase que sabía en portugués:

– *Nao falo portugués, senhor.*

Al mismo tiempo, pudo observar la expresión adusta y cruel de los labios masculinos. Pero lo que más atrajo su atención fue la cicatriz que corría a lo largo de su mejilla izquierda, desde el borde de un ojo hasta casi su mandíbula. Debido a lo moreno de su piel, el distinto color de aquella marca resaltaba aún más. Oyó que el extraño se dirigía a ella otra vez:

–Así que es usted inglesa, *menina.*

El tono de su voz era frío. Comprendió que él se había dado cuenta de que le observaba con atención.

–¡Por favor, salga, esta playa es propiedad privada!

Hablaba el inglés con atractivo acento. La voz era agradable, pero no lo que decía. Había un mohín despectivo en su boca y la miraba como si perteneciese a un grupo humano extraño, despreciable. Quiso suponer que su actitud hostil se debía a la desfiguración de su cara, pero se le hacía difícil comprenderlo: para ella una cicatriz no hubiese sido motivo de vergüenza ni de perturbación. En todo caso, pensó, daba carácter y fuerza a la que de otra forma hubiera sido tan solo una cara de facciones regulares, aunque bien parecida, en su tipo de aristócrata latino.

–Mi ropa está detrás de usted, señor. Si se va, haré al momento lo que me dice.

Los ojos vivos y claros del hombre la miraron con atención.

–Usted es la que está en un lugar indebido, ya se lo he dicho. Prefiero quedarme y convencerme de que sale de la propiedad.

Cristina suspiró al contestar, encogiendo la nariz.

–Como desee, señor, pero al menos, tenga la bondad de volverse de espaldas a mí.

El frunció el ceño.

–¿Quiere usted decir. .? –la miró con incredulidad.

–*"Nao queira Deus"* –dijo en portugués con los puños cerrados–. Esta bien, *menina,* yo me dirigiré hacia las rocas, pero no vaya a desaparecer conforme yo voy hacia allá.

Cristina no respondió y él dijo, después de una pausa:

–¡Espere! Yo la he visto antes, *menina.* Usted estaba haciendo "autostop" en la carretera que viene de Lagos.

Ella asintió.

–¿Era usted el que iba en aquel coche negro?

–No importa eso, *menina,* lo que interesa saber es dónde piensa dormir esta noche. ¿En la playa tal vez?

–Por supuesto que no –contestó Cristina, molesta por su tono.

–¿Y por qué no? –dijo el hombre con desprecio–. Créame, *menina,* nosotros tenemos problemas muy a menudo con personas como usted; se autodenominan "amantes de la libertad", ¿no? Pero aquí nosotros tenemos otros nombres para las cosas que hacen.

–¡Oh, qué agradable! –dijo Cristina, procurando ocultar la ira que la invadía por la arrogante forma en que él la trataba. No era fácil que alguien llegara a mortificarla de verdad, pero aquel hombre lo estaba logrando.

–Tengo frío, señor. A menos que usted quiera que me vista bajo su desagradable mirada, váyase.

El hombre la miró de nuevo y ella pensó que tenía un magnetismo casi primitivo a pesar de la ropa elegante que llevaba: su traje de seda gris, muy bien cortado, la fina camisa, la corbata haciendo juego y los suaves zapatos de ante. Había en él un aire algo indómito, de una fuerza incontenible que ningún grado de civilización podría dominar jamás. Se preguntó qué mezcla de sangre habría en sus venas que le hacía aparecer frío y casi cínico y a la vez apasionado y duro. Y aquella cicatriz, una increíble marca que daba el toque final a una naturaleza tal vez violenta, posiblemente cruel. Sin decir palabra, el hombre se volvió y caminó a través de la playa, en tanto Cristina salía del agua y se vestía con gran rapidez.

Escurrió el agua de su pelo, dándose cuenta, al ponerse la ropa y entrar en calor, de que si temblaba se debía más a la tensión nerviosa que al frío. Procurando no hacer ruido, se deslizo por la abertura por donde había entrado, evitando así que el extraño, que esperaba de espaldas a ella, pudiera detenerla.

CAPÍTULO 2

CRISTINA había logrado controlar sus emociones durante el trayecto de la playa al Hotel Inglés. El temblor que la había invadido había desaparecido. Era ridículo, razonaba para sus adentros, que un extraño lograse alterarla de aquel modo. Sin embargo, no podía negar la excitación de aquel encuentro, nuevo para ella. No se atrevía a pensar en la reacción del hombre al darse cuenta de su desaparición.

Al entrar en el hotel vio las mesas arregladas y las luces brillantes. Se oían música y voces masculinas provenientes del bar. Después de aquel incidente, se sentía contenta por estar de regreso en el hotel. Hasta los desagradables comentarios de Sheila eran preferibles a lo ocurrido en la playa.

Deteniéndose a la entrada del corredor, se preguntaba en qué parte del edificio se encontraría Bruce. Cuando éste salió del bar, seguido por Sheila, Cristina, que ya había comenzado a caminar para buscarle en sus habitaciones, se detuvo al escuchar a Bruce que la llamaba:

–¡Cristina! ¿Dónde estabas? ¡Hemos estado preocupadísimos por ti!

–Lo siento.. –comenzó a decir, pero Sheila la interrumpió.

–¿Lo ves? Te dije que no le había pasado nada. Ni siquiera tomó en consideración que debíamos estar preocupados. ¿Por qué traes el pelo mojado? ¡Sería el colmó que hubieras estado nadando, cuando nosotros hemos estado aquí, preguntándonos si te encontrabas bien!

–¡Ya está bien, Sheila! ¡Ya está bien! –cortó Bruce, mirando a su hermana con aire preocupado–. Bueno, Cristina, ¿qué ha sucedido? ¿Te das cuenta de que hace casi dos horas que te fuiste?

Cristina se pasó una mano por el cabello majado.

–Lo siento, Bruce, de verdad. No sabía que fuera tan tarde.

–Pero, ¿dónde estuviste? –insistió él–. No puedes haber estaba nadando porque no llevaste traje de baño; no me explico por qué tienes el pelo mojado. Tampoco ha estado lloviendo.

–Es una historia un poco larga de contar –dijo Cristina, suspirando.

–Lo que trata de decirnos es que estuvo nadando –Sheila hablaba con maliciosa satisfacción–.

Ya te lo dije, Bruce, Cristina no se va a adaptar a este lugar. Porto Cedro no es Faro. Y

nosotros, que apenas estamos comenzando a abrirnos camino..

–Sheila, por favor, déjame hacerme cargo de esto –Bruce, que parecía fatigado, continuó–: estoy seguro de que Cristina debe tener hambre. La conozco, y no debe haberse detenido a comer nada en el camino hacia aquí. Sheila replicó, resentida:

–¿Me estás pidiendo que vaya a prepararle algo de comer?

–Bueno, María se fue hace rato, ¿no? Sheila, por favor, haz lo que te pido.

Ella asintió de mala gana, y Bruce indicó a Cristina que le siguiera. Juntos entraron en una pequeña oficina detrás del mostrador de recepción y él cerró la puerta tras ellos.

–Y bien –dijo con firmeza–, ahora quiero la verdad: ¿dónde has estado?

Cristina metió las manos en los bolsillos de sus pantalones y exclamó:

–¡Oh, Bruce, por favor. .!

–Quiero saberlo, Cristina.

–Pues bien –dijo ella, resignada–, la verdad es que fui a nadar, como ha dicho Sheila.

–¡Dios mío! ¿Es que no tienes sentido común, Cristina?

–Me haces sentirme como si fuera un riesgo no calculado –se ruborizó.

–Tal vez lo seas, en efecto.

Cristina le miró, interrogante,

–¿Por qué no me dijiste, antes de que viniera, que Sheila no sabía nada de tu invitación?

A Bruce pareció incomodarle la pregunta.

–Sheila es buena, Cristina. Pero es mejor presentarle los hechos consumados, porque de lo contrario, empieza a quejarse tanto, que acabo por cambiar de idea y no llevo mis planes a cabo. Además, pensé que podías ser útil en las tareas del hotel.

–¡Claro que sí! –la cara de Cristina se iluminó–. Le dije a Sheila que podía hacer las camas, lavar platos, lo que fuese necesario. No me importa trabajar –frunció el ceño al añadir–: Aunque, si esto va a crearte dificultades, mejor será dejarlo.

–Tiene que soportarlo, y en todo caso más le vale aceptarte, porque no te vas a ir. Sin embargo, piensa que tal vez ella tenga algo de razón en lo que dice. Toma el ejemplo de lo que acaba de pasar. ¿Cómo se hubiera interpretado de haberte visto alguien del pueblo?

Tienes tendencia a actuar con precipitación y pensar luego en las consecuencias. Y este es un país donde todavía predomina el criterio de los hombres, donde se supone que las mujeres han de ser recatadas y gazmoñas. La forma de vestirse, por ejemplo. ¿No tienes faldas, vestidos? Así no estás muy femenina.

Cristina miró su pantalón vaquero.

–Sí, tengo vestidos, yo misma me los hago. Pero de veras, Bruce, me siento más cómoda con mi pantalón, es lo que uso todo el tiempo en.. –Iba a decir "en casa" cuando comprendió con una tristeza súbita que aquel término no existía para ella. Estaba Inglaterra, su país, la universidad, pero eso era todo. Desde la muerte de su padre, ya no tenía casa.

Bruce debió advertir sus pensamientos, porque no insistió.

–Ven. Sheila debe haber preparado ya tu cena.

A la mañana siguiente, después de un sueño profundo, Cristina bajó de su habitación muy temprano. Se encontró en el comedor con un hombre joven, de aspecto atractivo y agradable expresión, que estaba barriendo y que la miró, diciendo:

– *Bom día, menina.*

Cristina sonrió. Era un hombre muy guapo y además era reconfortante encontrarse con alguien que no la mirase con desaprobación o le dijese algo desagradable.

– *Bom día.* ¡Tú debes ser Julio!

– *Está bem, menina.* Y usted, ¿es la hermana del sen Ashley?

– *Sim, sim* –dijo Cristina, contenta de ver que él hablaba inglés, aunque, fuera con acento muy pronunciado–. ¡Que linda mañana!, ¿verdad?

– *Sim, menina, muito formosa.* –Una sonrisa iluminó su rostro–. ¿Va a quedarse mucho tiempo?

Cristina pareció dudar.

–Tal vez –dijo, y miró a su alrededor–. Empezáis a trabajar muy temprano aquí.

Julio se apoyó perezosamente en la escoba.

– *Sim,* yo empiezo temprano para poder estar libre cuanto antes.

–¡Ah! Y luego, ¿qué haces?

Julio estrechó sus ojos.

–Muchas cosas, *menina.* Nado, otras veces voy a pasear en barco. El señor Ashley, su hermano, y yo, a veces vamos. ¿Cómo dicen ustedes? Ah, *sim,* a bucear.

–¡Qué bien! Así que Bruce tiene un barco.

–Uno pequeño, *menina.* ¿Usted también bucea?

Cristina movió la cabeza sonriendo, y dijo:

–Aún no, pero quiero aprender.

Acababa de acordar con Julio que él la enseñaría a bucear cuando una voz firme exclamó a sus espaldas:

–¡Te sugiero que continúes con tu trabajo, Julio!

Al volverse, Cristina se encontró cara a cara con su cuñada

–Buenos días, Sheila –murmuró sintiéndose nuevamente incómoda–. ¿Verdad que hace una mañana preciosa?

Sheila arqueó las cejas con indiferencia.

–No he tenido tiempo de darme cuenta. Ahora ven conmigo, Cristina; elegiremos un trabajo para ti, y te presentaré a María, nuestra cocinera.

Cristina miró hacia el bellísimo panorama que se extendía fuera del hotel, y alzando los hombros con resignación, le sonrió a Julio, a lo cual él respondió con un picaresco guiño de ojos antes de continuar su quehacer. Ella siguió a Sheila a través del pasillo, hasta una puerta

del final.

La cocina era enorme. Tenía azulejos, estaba muy limpia, y el menaje era moderno, según notó Cristina. Una mujer regordeta, de edad difícil de calcular, estaba sacando una bandeja de bollos del horno cuando las sintió entrar, volviéndose a ellas con alegre sonrisa, mientras colocaba la bandeja en la mesa de madera, en el centro de la cocina. Se notaba un delicioso olor a pan recién hecho, y Cristina decidió quedarse a desayunar en compañía de María, si su cuñada lo permitía.

– *Bom día,* María –dijo Sheila fríamente–. Esta es la hermana del señor Ashley. Ha venido a ayudarnos por una temporada.

María asintió, sonriendo. A Cristina no le gustó la forma de presentación que había usado Sheila: era evidente que deseaba que Cristina fuera tratada como una empleada más del hotel.

Sheila miró la cocina con detenimiento, y debió encontrarlo todo en orden, pues sólo añadió:

–Dejaré aquí a *menina* Cristina con usted, María. Después de desayunar, le dirá lo que va a hacer. Tal vez pueda ayudar a preparar las bandejas del desayuno para los huéspedes.

–*Sirn, senhora* –contestó María con respeto.

–Muy bien. –Al encaminarse a la puerta, Sheila se dirigió a Cristina—: Me imagino que te veré más tarde.

Cristina no se molestó en contestar. ¿Qué podría decir que no hubiese sido dicho ya? Inclinó levemente la cabeza, y cuando Sheila hubo salido, miró a la cocina con interés.

–¿Tiene usted hambre, *menina?* –La cara de María volvió a iluminarse con una sonrisa; a las claras se veía que era una mujer jovial. Cristina contestó haciendo una pregunta:

–¿Puedo tomar café con bollos?

–¿Y por qué no? –María sacó la mantequilla y la sirvió–. Aquí tiene, *menina.* Le haré café enseguida –el café era fuerte, cremoso, y los bollos se le deshacían en la boca. Cristina comió bastante. Se dijo que era uno de los desayunos más deliciosos que había tomado en su vida.

María se sentó a tomar café con ella, observándola con evidente satisfacción.

–Ustedes los ingleses –exclamó, moviendo la cabeza–. ¡Están todos tan flacos! Creo que se alimentan muy mal.

–No, no es eso. Es que consideramos casi un crimen el estar gordos.

–¿Y por qué? Míreme a mí; tengo estas dimensiones desde que era jovencita. ¿Y qué?

–Creo que tendré las mismas dimensiones que usted, si sigo desayunando así –dijo Cristina riendo. Luego estuvo ayudando a María. No estaba acostumbrada a aquel trabajo, pero lo hizo a gusto,

guiada por la afable mujer.
Cuando terminó la tarea y se disponía a salir de la cocina, tropezó con su hermano. Le comentó que estaba levantada desde las seis, y él le respondió:
–Sheila no pierde el tiempo. Dime, ¿cómo te sientes hoy? Ayer fue un día desagradable para ti.
Cristina le tocó suavemente la mano.
–Estoy muy bien, Bruce, de verdad, no me importa ayudar en todo lo que pueda.
–Me alegro, pero creo que si empezaste tan temprano, debes tomarlo con calma ahora, no hacer demasiado, porque no estás acostumbrada al calor, que puede ser fuerte. Ya pasó la hora de más trabajo. Date una vuelta por el pueblo, aún no lo conoces.
Los ojos de Cristina brillaron con picardía.
–¿Está permitido? Bruce sonrió.
–No veo por qué no. Vé y arréglate; si puedo terminar estas cuentas a tiempo, te acompañaré.
–¿Podrías? –preguntó Cristina con entusiasmo, y Bruce asintió, disponiéndose a volver a su trabajo, cuando llegó Julio a decir que había terminado su tarea.
–Está bien, Julio. Por cierto, ¿llegó ya la remesa de cervezas que encargamos?
–Sí, esta mañana, con el resto del pedido.
–Está bien. ¿Ya conoces a mi hermana?
Julio sonrió.
–Nos conocimos esta mañana temprano.
–¡Ah! ¿Sí? –Bruce les miró, sin más comentarios–. Está bien, puedes irte; regresa alrededor del mediodía.
– *Obrigado, senhor* –Julio inclinó la cabeza cortésmente y se alejó.
Cristina le vio irse apenada; hubiera deseado que la acompañase en su proyectada salida por los alrededores. Decidió verle en la cocina y animarlo para que la dejase ir con él a la bahía.
DEBIDO a que Bruce y Sheila habían tenido que acompañar a unos huéspedes a Porto Cedro, Cristina se encontró sola en el hotel. Después de pasear un rato, decidió ir a la cocina. Al abrir la puerta, vio que María no estaba sola. Julio, sentado sobre el borde de la mesa, la miró de forma desconcertante, pero halagadora.
–Lo siento, María, creí que estaba sola.
María movió las manos alegremente.
–No importa que Julio esté aquí, *menina.* Es mi hijo, y además, ya se iba.
– ¡Ah! –dijo Julio con buen humor–. ¡Si usted dice eso *mae minha*!
Cristina frunció el ceño.
–¿Eres tú el hijo de María?

– *Sim, menina.* ¿La señora no se lo dijo?

–No, no me dijo nada. ¿Y a dónde vas ahora, Julio?

–Voy a ir a la bahía. Mi tío tiene un barco; voy a ayudarle a pintarlo.

–¿Puedo ir contigo?

María la miró sorprendida.

–Señorita, creo que usted debiera quedarse aquí. No creo que su hermano apruebe que vaya sola con mi hijo.

–Eso no tiene importancia. ¿Puedo ir?

–Por supuesto –contestó él.

–Vamos entonces. ¡Cielo santo! Yo soy inglesa, no portuguesa.

María encogió sus amplios hombros.

–Estas no son mis costumbres, *menina* –le dijo.

EL TÍO de Julio era un viejo gruñón, pero como lo hablaba casi todo en su propio idioma, Cristina comprendió poco de lo que decían. El trabajo de pintar el barco parecía ser de poca importancia, comparado con la oportunidad de intercambiar informes y chismes; el tiempo pasó muy rápido y venían otros pescadores, a fin de ser presentados a la joven inglesa, cuyo bello pelo rubio era la atracción principal. Al fin, Cristina se dio cuenta de que era casi mediodía.

–Debo irme ya.

–Bien –contestó Julio–, yo te acompañaré al hotel. No creo que mi madre vea ningún daño en eso –dijo, sonriendo con picardía.

Al llegar al hotel, Cristina vio una «limousine» ya familiar afuera.

–Tu hermano tiene visita –comentó Julio.

Cristina sintió un gran nerviosismo. Aquella «limousine» era la misma que había visto el día anterior en la carretera de Lagos. Era el coche que llevaba la extraña insignia en el costado. El coche que pertenecía a. . tragó con fuerza. Julio advirtió la ansiedad en la expresión de la joven.

–No te preocupes, Cristina. Este es simplemente el coche del. . no sé la palabra, *Dono, senhorío.*

Cristina le miró, tratando de interpretar la frase.

–¡Ah! Quieres decir el dueño de la propiedad donde está mi hermano.

– *Sim,* eso quiero decir, exactamente. Es lo que dice el señor Ashley: el dueño de la propiedad, el propietario.

Cuando Cristina entró en el hotel, no se encontró con el extraño que tanto había ocupado sus pensamientos desde que le vio la noche anterior en la playa, sino con un hombre de unos cincuenta años de edad, de pelo entrecano y ojos castaños de expresión agradable. Vestía un uniforme oscuro, por lo que rápidamente comprendió que era el chofer. ¿La reconocería aquel hombre? Pero no pareció hacerlo, y despidiéndose de Bruce, se dirigió a la "limousine".

Cuando su hermano le preguntó de nuevo dónde había estado, Cristina contestó con sinceridad.

–Fui a la bahía. ¿Quién era ese hombre que estaba contigo?

–Es Alfredo Seguín, el chofer de don Carlos.

–Don Carlos –repitió ella muy despacio.

–Sí, don Carlos Martinho Duarte de Ramírez, para ser preciso –dijo Bruce muy ceremonioso–, dueño y señor de todo lo que ves y eso incluye el Hotel Inglés, donde ahora te encuentras.

–No creo que vayas a conocer a don Carlos –comentó Sheila–. Alfredo y otro empleado suyo son los que manejan los asuntos de las tierras y las propiedades.

Sheila se fue a la cocina a traerles café. Bruce sé volvió hacia Cristina y le preguntó:

–¿Y cómo lo has pasado?

–Pues como te he dicho antes, he ido a la bahía. Dime una cosa, Bruce, ese don Carlos,

¿dónde vive?

–¿Por qué? –contestó él, frunciendo el ceño.

Cristina fingió desinterés al responder:

–No sé. Simple curiosidad; no todos los días se oye hablar de una persona así.

–Pues bien, vive en la Quinta Ramírez. Allí tiene una mansión espléndida.

Cristina pasó los dedos sobre la superficie de la mesa.

–Me imagino que debe estar muy lejos.

–No, no lo creas, no tan lejos. La hacienda comienza justamente donde termina el pueblo. El es dueño de toda la tierra, como ya te he dicho. Según nos han informado, la Quinta es algo extraordinario. Lógicamente, ni Sheila ni yo hemos estado allí.

–¿Y por qué lógicamente?

–Hombres como Ramírez, no se mezclan con nosotros. He oído además que no es muy sociable.

–¿Pero le has conocido tú? –preguntó Cristina.

–Sí. Cuando alquilamos el hotel, le conocí en su oficina, en Faro. Desde entonces le he visto un par de veces. ¿Por qué tanta curiosidad por un hombre a quien tal vez nunca conozcas?

Cristina se ruborizó.

–Nada, sólo es eso, curiosidad, supongo. –Había reparado en que Bruce no había mencionado la cicatriz, la única cosa que hubiera identificado a don Carlos, de una vez por todas, como el hombre que ella había encontrado en la playa, la noche anterior.

Aquella tarde Bruce pudo al fin llevar a Cristina a dar un paseo por el pueblo. Terminaron en la bahía, donde estaba anclado el pequeño barco de él, llamado "El Fantasma". Cristina notó, que aun cuando se

encontraban en plena temporada de turismo, no había en Porto Cedro el ambiente comercializado hacia los turistas que se notaba en otros lugares. Al comentarlo, Bruce se lo explicó:

–Mientras don Carlos lo desee, así se mantendrá Porto Cedro, ya que es dueño de toda la tierra del lugar y en tanto él no lo permita, sólo habrá hoteles como el mío. No tendremos lugares ni demasiado grandes ni comercializados.

DESPUÉS de cenar, Cristina se sentó con verdadero placer en la sala del hotel hasta la hora de retirarse a descansar. Había sido un día muy cansado, de mucha actividad, pero aunque se acostó temprano, no lograba dormir. No podía dejar de pensar en el hombre que había conocido en la playa. ¿Por qué estaría marcado con aquella cicatriz tan terrible? ¿Qué efecto habría tenido en su vida personal? ¿Sería casado? ¿Tendría hijos? Era posible que tuviese familia propia. Le calculaba unos cuarenta años de edad, pero era difícil decirlo con exactitud.

Suspirando en la oscuridad, se preguntaba el motivo por el que pensaba en un hombre que la había tratado con tanta arrogancia y desprecio. Pero como Cristina no tenía una naturaleza rencorosa, no podía guardar animadversión contra alguien durante mucho tiempo, y la curiosidad que el hombre había despertado en ella, era más fuerte que el rencor que pudiera sentir.

A la mañana siguiente, se bañó en el mar antes de las siete, como había hecho el primer día, no dándole oportunidad a Sheila de notar su ausencia. Julio miró su cabello mojado en cuanto entró en el hotel.

—No me dijiste nada, de lo contrario te hubiera acompañado –exclamó, sonriendo.

Cristina sonrió también con malicia.

–No creí que tu madre te diera permiso.

–¡Oh, yo hubiera ido de cualquier forma!

Cristina rió, y se fue a desayunar.

Sheila la mandó al mercado a comprar fruta fresca para el hotel. Con su vestido de popelín, el pelo, húmedo aún después del matutino baño en el mar, sujeto atrás con una banda elástica, y la cesta en el brazo, se sentía a gusto entre las mujeres portuguesas, aunque no se daba cuenta de que, con su colorido, se destacaba notablemente entre ellas.

Preguntaba los precios de los melones, cuando sintió un murmullo a su alrededor. Al mirar, sorprendida, se encontró con un hombre alto, de aspecto familiar, que caminaba en dirección a ella.

Las mujeres que había en la plaza se replegaron hacia atrás, con mucho respeto. Cristina creyó ver una escena de plebeyos frente a la realeza, pero fue el hombre quien captó su atención por completo. Alto, muy bien vestido con traje azul oscuro y camisa y corbata

haciendo juego. Al aproximarse, Cristina, nerviosa, reconoció al hombre de la playa. Levantó los ojos asombrados, y encontró los de él, y al hacerlo se sintió temblar con expectación incontrolable. La había reconocido. Ella se volvió hacia el hombre con quien había estado hablando antes.

—¡Momento, *menina!* –exclamó el vendedor, casi escandalizado de que esperara ser atendida en una ocasión como aquélla, cuando alguien de importancia tan grande para todos estaba acercándose. Cristina trató de alejarse, de evitar el encuentro con el desconocido, pero su seguidor, tenía, evidentemente, toda la ventaja: las personas se apartaban para que pasara él, en tanto que ella tenía que abrirse paso por sí misma y torpemente.

– *¡Menina!* –el tono imperioso de su voz la hizo detenerse, y se volvió, consciente de la curiosidad que había a su alrededor. Con un suspiro, le miró a la cara, y él inclinó la cabeza con satisfacción, pero no dijo nada. Con amabilidad, indicó que le siguiera.

Cristina aceptó. Comprendió que si hubiese tratado de desobedecerlo, los demás la hubieran obligado, de todos modos.

Al salir de la plaza, él se detuvo. Allí se encontraba el lujoso coche negro, con Alfredo Seguín al volante. El hombre debió advertir su mirada. Una expresión cínica asomó a sus ojos, de color ámbar y expresión casi felina.

Con un acento más pronunciado que el que ella recordaba, observó:

–Conque nos volvemos a encontrar, *menina.* .

CAPÍTULO 3

CRISTINA sostuvo frente a sí la cesta que llevaba, como un arma.

–Sí, señor –contestó automáticamente con mucha más calma de la que sentía por dentro. La invadía el mismo pánico sentido aquella noche en la playa. Se preguntó qué podría haber en aquel hombre, para causarle aquella reacción.

Ahora, estaba ya consciente del color desteñido de su vestido y de lo corto de su falda.

–Bueno, ahora ya sabe quién soy, ¿no? –dijo él de pronto, mirando a su alrededor y a continuación a su coche.

Cristina hizo un gesto de indiferencia.

–Supongo que usted debe ser don Carlos Ramírez.

–Así es, *menina* –contestó inclinando la cabeza–, aunque quizá debo decir señorita Ashley,

¿no es ese su nombre? Usted es la hermana del señor Ashley, que regenta el Hotel Inglés.

Cristina se dio cuenta de que todo este intercambio de frases, de tono tan protocolario, estaba siendo observado por unos veinte pares de ojos.

–Está muy bien informado, señor –dijo, cada vez más incómoda.

Don Carlos Ramírez extrajo de su bolsillo una cajetilla de cigarrillos y colocándose uno entre los labios dijo, demostrando suprema indiferencia hacia quienes le rodeaban:

–Se dará cuenta, *menina,* de que estoy bien informado sobre casi todo –contestó, encendiendo al mismo tiempo el cigarrillo con un encendedor de oro.

Cristina movió los pies con nerviosismo. Recordó que no había conseguido los melones que le había encargado su cuñada.

–Si me disculpa, señor, debo irme. Mi cuñada me espera.

El la miró con atención, exhalando el humo por encima de su cabeza.

–¿Por qué salió huyendo de mí ayer, en la playa?

Cristina levantó los hombros sorprendida, sin saber qué decir.

–Bueno, es que. .

–¿Tenía miedo que pudiera llamar a la policía?

–Por supuesto que no –sintió que se ruborizaba–. Bueno.. –continuó torpemente, pero él levantó una mano para silenciarla.

–No tema admitirlo. Comprendo que mi apariencia debe ser un espectáculo alarmante para cualquiera que no me conozca. Estas personas de aquí –miró a su alrededor–, ya están acostumbradas a lo que llamaré mi aspecto poco agradable, pero se me olvida a veces que los demás no están habituados.

–Eso no es cierto –la voz expresaba auténtica sinceridad.

Don Carlos ignoró de nuevo su respuesta.

–También estoy apenado –dijo–. Interpreté mal la situación y la tomé por una de esas personas indolentes, que no hacen nada, salvo ser una molestia para los demás; lo que ustedes los ingleses llaman "hippies", o "beatniks". En fin, me han dicho que está usted aquí simplemente de vacaciones. Tengo la impresión de que su conducta de la otra tarde se debió a su exuberancia juvenil.

Cristina experimentaba una sensación de cólera que aumentaba por segundos. Aquel hombre tan tranquilo, con tanto control de sí mismo y de la situación que lo rodeaba, la estaba tratando del mismo modo que se trata a un niño irresponsable. Esto la enfurecía. La hacía sentirse incompetente y tonta. ¿Creía que sólo era una niña acabada de salir del colegio? Le miró, impaciente. Ella era una joven alta, de la misma estatura que los muchachos que conocía, pero la figura de don Carlos la ponía, sin lugar a dudas, en desventaja.

–Que esté o no de vacaciones es secundario, señor. Su actitud hacia las personas jóvenes ya está pasada de moda. Y, en contra de lo que usted supone, los "hippies" no son todos personas inútiles. Es más, yo les admiro mucho, por elegir un tipo de vida diferente.

Don Carlos sonrió, pero sólo con los labios. Su sonrisa no alcanzó a llegar a los ojos, de expresión felina.

–Venga –dijo– la acompañaré a su hotel.

Costaba trabajo luchar contra tan fuerte personalidad.

–Puedo regresar al hotel por mi cuenta. Además, tengo que comprar unos melones.

Don Carlos enarcó irónicamente sus oscuras cejas.

–Puede usted venir a comprarlos en otra ocasión –sugirió suavemente.

Ella se aferró con más firmeza aún a la cesta que llevaba al brazo.

–¿Y por qué no ahora?

Don Carlos tiró el cigarrillo y lo pisó.

–Porque deseo conversar con su hermano y éste es un momento tan bueno como cualquier otro, *menina.*

–¿Quiere decir que piensa contarle lo que ocurrió la otra tarde?

Don Carlos la cogió del brazo y ella se sintió temblar bajo el contacto de su mano. El no pareció darse cuenta y la llevó hacia su coche.

–Usted no se lo ha dicho, por lo que veo.

–No creí que eso tuviera importancia.

Don Carlos inclinó la cabeza hacia ella. La obligó a caminar al mismo paso que él. Dieron la vuelta, por fuera del mercado, siguiendo un pequeño camino que los llevaba hacia el mar.

Cristina estaba contenta al encontrarse fuera del alcance de tantos ojos. No dejaba de sorprenderla que él hubiera mantenido una

conversación frente a tantas personas.

–No se alarme, *menina,* yo no hago caso de chismes –dijo mientras subían al coche.

Cristina se alejó de él con brusquedad. Era irritante la extraña sensación que aquel hombre le producía a pesar de su indiferencia. Claramente se notaba que la consideraba como una niña latosa y arrogante, y la trataba como a tal.

El coche sé estacionó junto al hotel. Don Carlos entró, siguiéndola. Bruce, que estaba en la puerta, no pudo ocultar su sorpresa al reconocer a su distinguido huésped.

–¿Pasa algo?

Dirigió una mirada ansiosa a Cristina, que le contestó con un gesto impaciente. Don Carlos se desabotonó la chaqueta después de saludar con amabilidad a Bruce, e introdujo las manos en los bolsillos del pantalón.

–No ocurre nada, amigo. Encontré a su hermana en el mercado, y como quería hablar con usted, la he acompañado hasta aquí.

Cristina se dispuso a salir de la habitación, pero la voz de don Carlos la detuvo:

–Después, tal vez su hermano le permita venir conmigo a la Quinta Ramírez. Allí podrá usted escoger algunos melones para su cuñada.

Perpleja, Cristina miró a Bruce y éste movió la cabeza ligeramente, como quien no comprende nada de lo que sucede a su alrededor.

–Gracias, señor, yo puedo ir al mercado más tarde.

–Pero yo insisto –la sonrisa de don Carlos tenía algo de implacable que no dejaba lugar a dudas; se trataba de una orden. Cristina hizo un pequeño gesto de asentimiento y entonces aligeró el paso en dirección a la cocina. No tenía la menor idea de por qué a don Carlos Ramírez, que nunca había visitado el Hotel Inglés, se le había metido en la cabeza de repente ver a su hermano. Se preguntaba además, con inquietud, qué pensaría su cuñada de todo aquello. No había manera de saber lo que don Carlos quería, ni lo que planeaba, hasta que él no quisiera dejárselo saber a todos. Recordó la conversación en la plaza y volvió a surgir su resentimiento. El, con su típica indiferencia, había ignorado deliberadamente sus palabras, y todo aquello que no estuviera de acuerdo con sus puntos de vista.

Se preguntó si habría alguien que pudiera llegar de verdad hasta el ser humano que había detrás de aquella máscara. Oyó a Bruce invitar a don Carlos a pasar a su oficina y cómo la puerta se cerraba tras ellos.

Con un suspiro, pasó a la cocina, al pequeño y agradable mundo de María. Sheila estaba tomando café y miraba una revista. Al verla, le preguntó con impaciencia:

–¿Trajiste los melones?

–No –respondió tranquila, depositando la cesta sobre la mesa.

–¿No? –la voz de Sheila era agresiva–. ¿Y por qué?

–Me encontré a don Carlos Ramírez en el mercado, y él me acompañó hasta aquí.

Sheila no pudo sorprenderse más. De no haber sido por la seriedad con que Cristina se lo dijo, se hubiera echado a reír.

–¿Te encontraste a quién?

–Me encontré con don Carlos Ramírez.

–Sí, sí, pero ¿cómo? Y ¿cómo supo él quién eras tú?

Cristina trató de controlar su turbación.

–No lo sé. Supongo que tal vez Alfredo, el chofer, me reconoció. –La idea de Alfredo se le acababa de ocurrir en aquel instante, para justificar el que don Carlos la reconociese.

–Ya veo –Sheila frunció el entrecejo– y aún así, ¿por qué te hablaría don Carlos a ti?.

–No lo sé, de todas forma está aquí ahora, hablando con Bruce.

–¡Aquí! ¿En el hotel?

–Sí –la impaciencia de Cristina iba en aumento. Ya era bastante haber soportado a Ramírez en el mercado, y luego en el coche, para tener ahora que aguantar las protestas y preguntas de Sheila. Esta miró a María, que lo había escuchado todo en silencio.

–¿Qué debo hacer? ¿Debo llevar una bandeja con café o les pregunto qué desean?

María contestó:

–Tal vez sea más prudente ofrecerles algo de vino.

–Vino, sí, tienes razón –Sheila aún dudaba– pero ¿debo preguntar primero?

Cristina arrugó la nariz con su gesto característico.

–¿Por qué te preocupas tanto? Estoy segura de que Ramírez despreciaría cualquier cosa que le diésemos aquí.

María le contestó, molesta:

–¡Ah! No, *menina,* eso no. Don Carlos es un buen hombre, un hombre generoso a quien su gente quiere mucho.

Cristina la miró con escepticismo.

–¿Ah, sí? ¿Por qué entonces ellos habitan casas pequeñas, mientras "el bueno" de don Carlos vive en su magnífica Quinta? Bruce me ha contado que es un lugar muy lujoso.

–Es lógico que don Carlos viva en una casa que perteneció la sus antepasados; nadie aquí querría que fuese de otra forma. Pero él quiere a su pueblo; nos da dinero para colegios y hospitales, y muy buenas condiciones de trabajo.

Cristina, sentada en aquel momento en el borde de la mesa, la miraba con burla.

–Así que tú eres su defensora, María.

Sheila ignoraba la conversación mientras arreglaba la bandeja con

un mantelito muy fino y copas de cristal exquisitamente labrado.

–Defensora, defensora, ¿qué es eso? –dijo María, confundida.

–Por favor –exclamó Sheila–, ¿qué importancia tiene ¡todo esto? Empieza a preparar algunas verduras. ¡Quién sabe si de repente Bruce invitará a don Carlos a comer!

Cristina se bajó de la mesa, mirando a María, la cual seguía murmurando entre dientes. Tocó el brazo de la mujer con suavidad; no había pensado que pudiera sentirse herida.

–Lo siento –le dijo.

–¿Quién va a llevar la bandeja? –preguntó Sheila.

–No seré yo –dijo Cristina con firmeza.

Sheila se miró en el espejo que había junto a la puerta.

–¿Estoy bien? –preguntó, aunque sabía de antemano que la respuesta era afirmativa.

–Por supuesto, estás muy bien. –Era mejor contestarle con un halago, pensó Cristina.

Sheila pareció satisfecha con la respuesta, tomó la bandeja y salió. Cristina le sonrió a María con cariño, y se acercó al fogón. El café estaba aún allí.

–¿Puedo tomar una taza de tu delicioso café? –dijo, mirando a María con atención.

La mujer quedó pensativa un momento, sonriendo apenas.

–Sí, *menina,* creo que sí –frunció el ceño para añadir–: pero no vuelva usted a hablar de don Carlos en esa forma, *menina,* me pone furiosa.

–Está bien, lo siento. ¡Ah, María! Haces el café más delicioso del mundo.

Sheila entró en la cocina de nuevo, mirando a Cristina con intensa curiosidad.

–¿De qué conoces tú a don Carlos?

–No le conozco. Te he dicho ya que me lo encontré en el mercado y hemos venido aquí.

–Entonces, ¿por qué te va a llevar a su Quinta con él?

Cristina dejó la taza de café sobre la mesa.

–Es que no tuve tiempo de comprar los melones que me encargaste y don Carlos sugirió que tal vez pudiera ir a la Quinta y traértelos de allí.

–Pero, ¿por qué? ¿Por qué no te iba él a permitir comprar los melones en el mercado después de haber hablado contigo? ¿Por qué está aquí, hablando con Bruce? No entiendo nada de esto.

–Tal vez considera que necesito dirección y consejos –sugirió, sonriente–. Quizás yo me vaya a convertir en otra de sus buenas obras.

–¿Por qué iba a pensar eso? ¿Qué has hecho que le haga imaginarse que necesitas ese tipo de ayuda?

Cristina se ruborizó; por un momento casi se había traicionado a sí misma, revelando su pequeño secreto.

–No lo sé –contestó con torpeza–. Estaba bromeando, eso es todo.

SUBIÓ a cambiarse; no le parecía que estaba vestida de forma adecuada, sobre todo teniendo en cuenta los posibles comentarios sarcásticos de su cuñada. Se puso unos pantalones color crema y una camisa de algodón del mismo tono. El atuendo masculino acentuaba las suaves curvas de sus caderas. El pelo, suelto, le caía sobre los hombros. Se detuvo un momento en el pasillo, sin atreverse a invadir la intimidad de la oficina de su hermano, y a la vez con temor de enfrentarse a Sheila, y a las usuales críticas sobre su apariencia.

En aquel momento, Julio se acercaba, diciéndole con ojos de admiración.

– *Pois bem,* muy atractiva –y añadió–: ¿Sabe usted que su hermano tiene un visitante de gran importancia?

–Sí. Ramírez. Ya sé.

–Don Carlos Ramírez –corrigió Julio, secamente, de forma cortante–, no se le olvide.

Cristina hizo una mueca.

–¿Por qué? ¿Es algún escogido de los dioses, o qué?

Julio la miró, sorprendido.

–No, pero..

–Me cansa ya oír a todo el mundo hablar así de él, con esa reverencia. Y dime, Julio, ¿es casado don Carlos?

–No.

–Me sorprende. Yo había pensado que todas las madres del pueblo estarían tras él, o sentadas a su puerta rogándole que se casara con alguna de sus hijas.

–Les gustaría, sin duda –dijo Julio, sonriendo–, pero perderían el tiempo.

–¿Por qué?

Julio extendió una mano, en ademán elocuente.

–Don Carlos no se interesa por las mujeres, no por ahora.

–¿Qué quieres decir?

En aquel momento, se abrió la puerta de la oficina y el hombre del cual habían estado hablando salió, seguido de cerca por Bruce. Ella adoptó una actitud indiferente, y Julio se apresuró a desaparecer, pero no sin que don Carlos notara su presencia. Bruce hablaba entusiasmado con su huésped, todavía confundido por su visita, y abrió los ojos con disgusto al ver la ropa que su hermana se había puesto. Cristina comprendió que no le perdonaría nunca el apuro que en aquel momento le causaba.

–¿Está lista para ir a la Quinta, *menina?* –preguntó don Carlos, mientras sus ojos oscuros la examinaban.

–Sí –respondió con aire indiferente.

–Por favor, agradézcale a su esposa el vino –dijo don Carlos a Bruce con una sonrisa.

–Ha sido un honor, don Carlos.

–¿Tomará en cuenta la conversación que hemos tenido? ¿Le explicará usted la situación a su señora?

–Desde luego, señor –dijo Bruce asintiendo con la cabeza.

–Podemos irnos, *menina.*

Cristina, apretando los labios con fuerza, miró con cierta irritación a su hermano.

–Está bien.

Bruce les acompañó al coche. Alfredo Seguín abrió la puerta, y don Carlos le indicó a Cristina que subiera. Para su sorpresa, la puerta se cerró tras ella rápidamente. Don Carlos se dirigió hacia el asiento del conductor, y Alfredo se sentó a su derecha. Levantó su mano en señal de despedida a Bruce, cuya cara demostraba ansiedad. Cristina se removía intranquila en el amplio asiento trasero. Se sentía ridícula, preguntándose por qué don Carlos hacía todo aquello. ¿La quería desconcertar con toda intención? ¿Cuál era su propósito al llevarla a su Quinta? ¿Qué posible interés podía tener en que ella consiguiese los melones? Todo era ridículo. Sintió un gran malestar, de repente. ¿Qué ocurría en realidad?

El coche dejó el pueblo atrás. Bordearon la costa por un rato. Después, tomaron un camino tierra adentro, a través de un hermoso bosque. Llegaron ante una verja de hierro, artísticamente forjado, que ostentaba el escudo de armas de la familia Ramírez. Un hombre de edad madura abrió las puertas, saludando al mismo tiempo a don Carlos. Entraron en una carretera rodeada de árboles, alrededor de los cuales se extendía un enorme parque, cuidado con esmero. A la distancia se veían las huertas. Cristina divisó el océano a su izquierda, lo que aumentaba la belleza del panorama. Nunca hubiera podido imaginar una hacienda de tal magnificencia.

Cuando llegaron a la casa, estaba absolutamente fascinada. Era todo un mar de colores; cuantas flores se pudiera imaginar y que hasta entonces sólo había visto en invernaderos, estaban allí, ante ella. El aire de tantos perfumes combinados le producía una especie de somnolencia. El auto, de pronto, dio vuelta en semicírculo por la gravilla del patio. Había una bella fuente de piedra en el centro, de la que provenía un sonido musical producido por el agua al caer.

Al fin se detuvieron ante los peldaños de mármol, que subían hacia una terraza, con piso de mosaicos. Cristina lo miraba todo maravillada. Jamás hubiera imaginado que pudiera haber personas que habitaran en lugares así. La casa que tenía ante sus ojos era más grande e imponente de lo que pensó, estaba hecha de piedra gris, ya

suavizada por los años. Tenía altas ventanas moriscas, con persianas que protegían contra el brillo del sol. Urnas y jarras de alabastro, con pequeñas plantas y helechos y exquisitos azulejos con escenas de la turbulenta historia de Portugal, servían de decorado. La puerta principal, con el escudo de armas de la familia, se abría en lo alto de la terraza.

Alfredo abrió la puerta para que ella descendiese. Continuó observando la casa durante varios minutos más, antes de volver la vista a su anfitrión.

Don Carlos la miraba con expresión tranquila.

–¿Encuentra mi casa interesante? –le preguntó.

–¿Y quién no? Quiero decir que por supuesto, don Carlos.

–Me alegro. Se quedará usted a comer, desde luego. Estaremos vigilados por mi tía, doña Inés, aunque comprendo que estas formalidades son de poca importancia para usted.

Quiso protestar. No se sentía vestida con la ropa adecuaba para comer en aquel lugar.

Comprendía además, instintivamente, que el comentario en relación a una carabina era un intento deliberado de aplacar su deseo de ser tratada como un adulto. El no comprendía que tales formalidades no tenían ninguna importancia para ella. Aunque su comportamiento hasta entonces, sólo había reafirmado la teoría de que ella era una adolescente.

–No estoy vestida con la indumentaria propia para comer, señor –dijo mientras subían por los escalones de mármol para adentrarse en la casa. Odió una vez más el sentido de inferioridad que aquel hombre le creaba. Don Carlos pareció tolerante y divertido.

–¡Oh! Yo creo que mi tía no objetaría nada. Además, hay alguien a quien quiero que usted conozca, señorita.

Cristina quedó muy sorprendida, pero pronto atrajo su atención el pasillo que tenía ante sus ojos, decorado en estilo barroco, con mármoles blancos y negros y una escalera que llevaba a una galería en el segundo piso. Había flores por todas partes. Con dificultad volvió a concentrar su mente en lo que él decía.

–¿Alguien que usted desea que yo conozca, señor? –inquirió.

–Sí, *menina.* Venga. La presentaré ahora, antes de la comida.

Le siguió a través del impresionante corredor. Pasaron a una sala decorada en estilo moderno. A través de unas ventanas francesas, se divisaba un patio situado en la parte de atrás de la casa. En el centro del patio había una piscina. Cristina miraba a su alrededor con interés. Había cestos con flores, suspendidos del techo de la galería, con enredaderas que subían por los pilares que le servían de apoyo.

–Venga, *menina,* iremos a ver a Miguel ahora –le dijo don Carlos.

En aquel momento, un muchacho les observaba con atención,

sentado en una silla de ruedas, desde un extremo del patio, bajo la sombra de la galería. Cristina miró de nuevo a su anfitrión, pero sus ojos tenían ahora una expresión enigmática. Caminó despacio delante de ella hacia donde el chico les esperaba. Cristina se acercó, escuchando a don Carlos dirigirse en portugués al muchacho, que asentía con la cabeza, mirándola con curiosidad. Pudo observar que era delgado, muy delgado, con la boca rodeada de líneas de fatiga. Su piel era muy pálida y contrastaba con la tez bronceada de don Carlos, que estaba a su lado. A pesar de todo, había gran similitud entre ambos; el pelo casi azul por lo negro, la forma de los pómulos, la boca fina, con el labio inferior pronunciado y sensual. Cuando se acercó, don Carlos le dijo:

–Quiero que conozca a mi sobrino, *menina.* Miguel, ésta es la señorita Cristina Ashley.

La delgada cara de Miguel se iluminó con una incierta sonrisa de bienvenida, como si su educación innata le hiciese sentir la necesidad de mostrar entusiasmo, aunque no lo sintiera.

El corazón de Cristina se sintió de inmediato atraído hacia aquel chico.

–Hola, Miguel –dijo, tomando su mano y reteniéndola entre las suyas.

– *Bom día,* señorita –dijo Miguel, muy cortés.

Cristina le calculó unos doce o trece años de edad, aunque su comportamiento era el de un adulto.

–La señorita Ashley estudia en una universidad de Inglaterra –le dijo su tío suavemente, para que ella no fuese a sospechar que él aún la suponía una colegiala.

Cristina se preguntó si habría obtenido aquella información de su hermano Bruce.

–Está aquí de vacaciones, por el momento –prosiguió don Carlos–. Se aloja en el hotel de su hermano, en el pueblo.

–Sí, tío Carlos –respondió Miguel, mirándola–. ¿Y qué Estudia usted, señorita?

Ella se arrodilló al lado de la silla, para no forzar al chico a mirar hacia arriba.

–Estudio gramática inglesa e historia –contestó con afecto–. Y tú, ¿vas al colegio, Miguel?

Miguel miró a su tío. Movió la cabeza.

–No, señorita, tengo un preceptor que me enseña aquí, en la Quinta.

–¡Ah, entiendo! Y te gusta estudiar. ¿Qué es lo que más te gusta?

Miguel la miró con interés.

–¡Oh, sí, señorita, me gusta mucho! –sonrió esta vez casi con naturalidad–. Lo que más me agrada es la literatura. He leído a

muchos de los escritores ingleses más famosos: Dickens y hasta Shakespeare, aunque debo confesar que prefiero a los poetas.

Cristina sonrió.

–A mí también me gusta mucho la literatura. He leído muchísimo, casi cualquier cosa que caiga en mis manos; no tengo preferencias si el libro está bien escrito. Creo que esto es lo más importante que un escritor puede lograr: que sus lectores compartan sus sensaciones e impresiones.

—Sí, estoy de acuerdo –exclamó Miguel entusiasmado–. Dígame, señorita, ¿ha leído algo de nuestros escritores portugueses?

Don Carlos consideró necesario interrumpir la conversación.

–Me temo que la señorita Ashley no tiene tiempo para hablar más en este momento, Miguel.

Al oír esto, el rostro del muchacho volvió a adoptar la expresión melancólica que Cristina había notado antes. Se sintió indignada por la interrupción y estaba a punto de protestar, cuando vio los ojos de don Carlos. La censura silenciosa que había en ellos, le impidió expresar su resentimiento, por lo que, ruborizándose, metió las manos torpemente en los bolsillos de su pantalón. Miguel tomó las manos de su tío.

–¿Puede la señorita Ashley volver para hablar conmigo otra vez? —preguntó.

Cristina apretó los labios con fuerza.

–Tal vez, Miguel, tal vez –contestó don Carlos con suave sonrisa. El muchacho pareció conformarse con esta promesa.

Cristina se despidió del chiquillo, sintiendo un molesto nudo en la garganta.

Cuando Miguel levantó su pálida mano en un gesto de despedida, ella miró con impaciencia al hombre que iba a su lado. Caminaban alrededor de la piscina, hacia donde estaban las ventanas francesas, y Cristina trató de entrar en la sala pues allí se sentiría a salvo de la mirada del chico.

–No, señorita Ashley, por ahí no –dijo don Carlos cuando ella llegó a la puerta–. Por aquí, por favor; mi tía la espera para conocerla.

No tenía el menor deseo de complacerle. Le había molestado la indiferencia con que había contestado a la petición del muchacho para volverla a ver. Deseaba decirle que no tenía ningún interés en conocer a una vieja y extravagante aristócrata, cuando allí mismo, un muchacho estaba forzado a permanecer solo a la sombra de la galería. Don Carlos le indicó que entrase y se encontró en una habitación sombreada y fresca. Una vez más se sintió atraída hacia lo que la rodeaba. Estaban ahora en un recinto menos imponente que los otros; supuso que debía ser usado como estudio. Había un escritorio, colecciones de figuritas de jade, y unos sillones confortables.

La mujer sentada en una de las butacas les miró con curiosidad. Cristina la observó, sorprendida: esperaba a una mujer mayor, de unos sesenta años. Pero la tía de don Carlos podría ser de la edad de él. Era una mujer de no más de cuarenta años, con el pelo negro inmaculadamente arreglado; Llevaba un collar de perlas adornando su hermoso cuello, y el inevitable traje negro.

–Carlos –dijo con voz suave– os vi conversar con Miguel. ¿Es ésta la joven de quien me hablaste?

A Cristina no le gustó su mirada y, cuando don Carlos extendió la mano para presentarla, pensó resistirse, pero la mano de él oprimió su muñeca casi brutalmente, viéndose obligada a moverse hacia adelante, contra su voluntad.

–Sí, tía. Esta es la señorita Ashley. Señorita Ashley, mi tía, Doña Inés Valerio.

Cristina estrechó la mano.

–¿Cómo está usted, señora?

–Muy bien, gracias. ¿Le has hablado ya a la señorita Ashley? –dijo, dirigiéndose a su sobrino.

–Todavía no, Inés –contestó don Carlos.

Cristina se preguntaba de qué asunto se trataría.

–¿Qué desea tomar, señorita? –dijo de pronto don Carlos.

Pidió jerez, sintiéndose ridícula por su juvenil aspecto. Don Carlos arqueó las cejas, pero no hizo ningún comentario. Extendió primero un vaso de vino a su tía y, cuando ya todos estaban bebiendo, dijo:

–¿Quiere sentarse, señorita Ashley? Tengo una proposición que hacerle.

–¿Sí? –dijo ella con curiosidad–. ¿De qué se trata, don Carlos?

–Muy fácil, *menina* –contestó él dejando su copa–, quiero que venga aquí, a vivir a la Quinta, y que sea la acompañante de mi sobrino Miguel.

CAPÍTULO 4

DURANTE varios minutos, reinó completo silencio en la habitación. Cristina comprendió que era ella quien tenía que responder. Doña Inés escuchaba con atención. Don Carlos aparecía, como de costumbre, mirando hacia un punto indefinido, indiferente a lo que le rodeaba y a cuanto ella pudiera decir.

–¿Cómo podría permanecer en la Quinta, señor? –dijo Cristina–. Tengo que regresar a Inglaterra en septiembre.

Carlos Ramírez le dirigió aquella mirada que tanto la perturbaba.

–Apenas estamos en julio, señorita Ashley. Todo lo que pedimos de usted son tres meses de su tiempo. Como es natural, será usted recompensada con generosidad por sus servicios.

Cristina se ruborizó, le ocurría siempre con aquel hombre, lo que la enfurecía.

–Pero es que no comprendo.

–Estoy de acuerdo, no comprende usted –la voz de Carlos Ramírez era cortante–. Miguel necesita la compañía de personas jóvenes, tal vez de una sola joven como usted, pero no es una situación tan fácil, Sus amigos son todos muchachos como él, bien educados, controlados, tranquilos. En el estado de depresión en que se encuentra, ello no es suficiente.

–Yo no soy una niña, señor.

Don Carlos arqueó las cejas de nuevo; era el único gesto de reconocimiento que hacía cuando hablaba.

–Lo hemos probado todo para despertar el interés de este muchacho por la vida: compañerismo, viajes, terapia –se encogió los hombros, y ella pudo notar sus fuertes músculos bajo la fina tela de su traje–. Nada ha tenido éxito. Miguel permanece absorto, distante, obsesionado con su condición física. ¿No puede, cuando menos, tratar de ayudarnos, señorita Ashley?

Interrumpió doña Inés, muy amable:

–Usted es, pudiéramos decir, nuestro último recurso. Cuando Carlos descubrió quién era usted, tuvo la idea de que tal vez fuera una persona diferente, divertida, alguien capaz de despertar algún interés, por pequeño que fuese, en Miguel. El muchacho está enfermo, señorita; somos conscientes de ello, pero su enfermedad es tanto de la mente, como del cuerpo.

Cristina se puso nerviosamente de pie.

–Pero, yo no soy una psicoanalista, señora –protestó.

–Miguel no responde al psicoanálisis –dijo don Carlos fijando en ella su mirada penetrante–.

El tiene una actitud de apatía, indiferente a toda emoción. Necesitamos algo o alguien, capaz de romper esa barrera mental, pero

nada ha tenido efecto. Nos sentimos obligados a buscar soluciones por nuestra parte, ¿me comprende usted?

–¿Qué le hace pensar que yo puedo ser de alguna utilidad?

–No estoy seguro de que pueda serlo, señorita Ashley, pero estoy dispuesto a intentar cualquier cosa.

–Creo que ha escogido usted a la persona equivocada.

–Todo lo contrario –le contestó Ramírez con énfasis, y por primera vez ella vio un relámpago de ira en sus ojos–. Es usted la única persona.

–¿Qué quiere usted decir?

–Esa especie de maliciosa travesura que hay en su persona puede ser un atractivo para Miguel –dijo él con decisión–. Usted no se parece a nadie que él haya encontrado en su vida.

Proclama que no es una niña. Pues *bien,* compórtese como adulta y trate de demostrarle a Miguel que la vida no es necesariamente esa cosa vacía que él se imagina.

–Carlos. . –dijo sorprendida doña Inés, pero Cristina apenas oyó la interrupción, apretando su copa con fuerza.

–Lo que usted me da a entender, señor, es que no me permitiría relacionarme con su sobrino Miguel, si las circunstancias fueran normales, pero que debido a su condición, está usted dispuesto a tolerarme con tal de que yo intente tal vez mejorarle, ¿no es eso? Usted me soportaría a fin de curar la apatía de su sobrino.

El rostro de Ramírez era frío, indiferente.

–Procuraré ignorar su comentario, señorita Ashley.

–No se moleste –dijo ella desafiante, tratando de ignorar el amargo sentimiento de dolor que le invadía–. Me voy ya. Encontraré el camino de regreso al hotel.

Y sin tratar de disculparse con doña Inés, que observaba sorprendida este intercambio de frases, salió precipitadamente de la habitación. Escuchó la agitada respiración de Carlos Ramírez y empezó a correr a lo largo del patio, hacia la puerta que sabía la llevaría hasta la salida. Miguel ya no estaba allí; y se preguntó por un instante dónde estaría, cuando unos dedos le oprimieron con fuerza la muñeca. Se encontró cara a cara con Carlos Ramírez. No había escuchado sus pasos tras ella, las suelas de sus zapatos no hacían ruido, y estaba además demasiado alterada, demasiado humillada para imaginarse que él la pudiese seguir.

En realidad, aquello debía estar prohibido para alguien como él, pues se hallaba en contra de su código de dignidad personal. Haber enviado a Alfredo Seguín, hubiera sido algo mucho más de acuerdo con su carácter.

–Un momento, *menina* –le dijo con brusquedad–. No le he dado permiso para que se retire.

Cristina luchó por librarse de su férrea mano. Estaba un poco asustada por la violencia concentrada, que adivinaba en fríos ojos color ámbar, y se preguntaba si sus acciones podían crear alguna dificultad seria para Bruce.

–No sabía que se necesitara permiso para evitar ser insultada –exclamó con indignación.

–Yo no la he insultado –respondió él fríamente.

Cristina, tirando con violencia, logró al fin liberar su mano.

–No, no lo he hecho –dijo Ramírez, mientras ella se frotaba la muñeca, que ahora le dolía–. Si la he lastimado, lo siento.

–¿Es eso una disculpa? –inclinó la cabeza, comprendiendo que estaba provocando más violencia de su parte.

Don Carlos pareció controlarse de nuevo. Le habló con voz severa:

–Y bien, señorita Ashley, ¿está dispuesta a aceptar mi proposición?

Ella miró hacia el patio y observó que doña Inés estaba de pie, observándola con ansiedad.

–¿No es esto poco ortodoxo, señor? –sugirió de forma irónica, sin poder contenerse–. ¿No deberíamos tener una carabina?

–*¡Com a breca!* –dijo él mirándola con impaciencia–. Usted provoca los insultos con su actitud, señorita. No, no necesitamos una carabina en este momento. Responda a mi pregunta:

¿Puede usted quedarse y ayudar a Miguel?

Cristina le dio la espalda, mirando hacia el suelo.

–No veo cómo podría hacerlo, señor. Les he prometido a mi hermano y a su esposa que les ayudaré en el hotel.

Ramírez hizo un gesto de impaciencia.

–Ya he hablado con su hermano. El está de acuerdo.

Cristina se volvió, mirándole airada.

–¿Cómo se atreve a preguntarle a él, sin primero consultarme a mí?

–En mi país uno no invita aun niño a un día de campo, sin antes consultar a los padres, *menina* –dijo Carlos Ramírez, con toda aquella compostura que Cristina había logrado alterar minutos antes.

–¿Y qué es lo que usted cree, señor, que esto es un día de campo? Pues bien, lo siento, voy a tener que desilusionarle.

Suspiró, sintió un momentáneo remordimiento al pensar en el muchacho. Le hubiera gustado ayudar a Miguel, sentía gran compasión por el chico, pero la idea de vivir cerca de aquel hombre se le había insoportable.

–Prefiero la libertad que tengo en el hotel –terminó diciendo.

Ramírez levantó los ojos, y ella comprendió que se controlaba con gran dificultad.

–Usted tendrá libertad aquí, *menina,* se lo prometo.

Cristina movió la cabeza negativamente, y Ramírez cerró los puños

con fuerza. Ella adivinaba la lucha interna que libraba consigo mismo. Empezó a caminar de nuevo hacia la puerta, | pero él, con una expresión colérica en el rostro, la alcanzó antes de que lograra salir.

–No deseaba llegar a decirle esto, *menina* –le dijo con acento grave– pero, ¿debo recordarle que su hermano vive y depende de la buena voluntad de la Corporación Ramírez?

Cristina se detuvo, mirándole atónita.

–¿Qué quiere usted decir con eso?

–Creo que es obvio. No deseo amenazar a nadie.

–¡Ah! Pero lo haría usted. . Desde luego, es usted el propietario del hotel donde está Bruce,

¿verdad? Es su *senhorío* sentía arder sus mejillas–. Debe estar usted muy desesperado, señor.

El alzó los hombros en un gesto de desaliento.

–Lo estoy –concedió.

–Así que lo que usted me dice, de hecho, es que si no ayudo a Miguel.. En fin, me amenaza.

Ramírez se pasó la mano por el abundante pelo negro y, por un momento, fue conmovedoramente sincero.

–Adoro a mi sobrino, *menina* –dijo con calma.

–Y si vengo aquí, ¿está de acuerdo en que podré actuar como mejor lo crea con relación a él?

¿No va a exigirme las formalidades que me parece significan tanto para usted?

Ramírez irguió los hombros.

–En cuanto a mí concierne, no debe tener ninguna duda al respecto. En cuanto a mi tía.. –

hizo un expresivo gesto– sin duda objetará algo, pero no dirá nada. Yo estoy fuera de la casa mucho tiempo: voy a los viñedos y tengo que supervisar mis diferentes negocios. Miguel estará muy contento con su compañía y, aunque sólo eso se lograra, ya sería suficiente. ¿Esto la satisface?

Cristina se mordió el labio inferior.

–Imagino que tendrá que satisfacerme, ¿verdad?

Los labios de Ramírez se apretaron.

–No lo haga más difícil para mí de lo que es, *menina* –dijo hoscamente–; una cosa es la libertad y otra la arrogancia.

"Como usted debe saber", pensó ella con amargura. En aquel momento, una sirvienta uniformada vino a avisarle a don Carlos de que la comida estaba servida. Con un ademán cortés, Ramírez le indicó a Cristina que le precediese hacia adentro. La comida fue servida en un comedor pequeño para las dimensiones de la Quinta, y aunque doña Inés comió con ellos, Miguel parecía estar en otra parte. Cristina estuvo tentada de preguntar por qué, pero decidió no hacer

demasiadas preguntas de inmediato. Se dedicó a disfrutar del delicioso menú, consistente en pollo, seguido de un jamón típicamente portugués, con ensalada fresca y croquetas de patata. Todo acompañado de un delicioso vino blanco, por el que doña Inés felicitó a su sobrino, pues era de sus viñedos. Cuando llegaron los postres, Cristina ya no podía comer más. Se alegró cuando llegó la hora del café, que era fuerte y delicioso. Tomó varias tazas, deseando que aquella molesta comida llegara a su fin. Don Carlos comió poco, con una expresión siempre distante. Estando ya en la puerta para despedirse, Ramírez la informó con su inflexibilidad habitual:

–Empezará usted mañana; enviaré a Alfredo para que la recoja a las diez.

Cristina sabía que no tenía ya ningún sentido protestar, y esperó pacientemente mientras él llamaba a Alfredo Seguín para que la llevara al hotel. Era curioso, al llegar el momento de subir a la "limousine", descubrió que no tenía deseos de irse. Sus ojos se clavaban, sin quererlo, en aquel hombre alto y moreno, en pie a su lado, con aquella pálida cicatriz acentuada por el sol de la tarde. Ramírez notó que sus ojos estaban fijos en él, y de inmediato adoptó aquella expresión remota e impenetrable, que ella conocía tan bien.

–No se preocupe, *menina* –le dijo en voz baja–. No le impondré mi presencia más de lo que sea en realidad necesario. Comprendo que esta cicatriz tiene que molestarla y lo siento.

Cristina movió la cabeza, sin poder contestar. Alfredo estaba abriendo la puerta del coche y tuvo que irse. Pero, según se alejaba por la ruta que la llevaba fuera de la Quinta, se volvió para mirar la figura solitaria en la escalera de mármol, sintiendo una gran sensación de vacío dentro de sí.

Bruce y Sheila la esperaban, mirándola casi acusadoramente cuando llegó al hotel.

–Y bien, ¿qué ocurre? –preguntó Sheila.

Cristina levantó los hombros.

–Creí que lo sabíais –dijo.

–Don Carlos –dijo Bruce–, sólo me informó de que deseaba que fueras a la Quinta para hacerle compañía a su sobrino o algo así. ¿Estoy en lo cierto?

–Sí, a su sobrino Miguel.

–Pero.. ¿por qué tú? ¿Por qué vas a hacerlo?

–Pues, porque me lo han pedido.

–¡Qué bien! –exclamó Sheila–. ¿Y por qué nos vas a dejar así? ¡Eso es lo que me gustaría saber! Me imagino que no las pensado en nosotros, ¿verdad? Bruce te invita aquí para que nos ayudes, y tú te vas con un niño, cuyos padres deben estar nadando en dinero.

–No es así, no es nada de eso. El muchacho es huérfano, inválido y

está en una silla de ruedas.

–¡Pero tú no eres una enfermera, Cris! –exclamó Bruce.

–No es una enfermera lo que necesita Miguel. Simplemente es un ser introvertido; ha perdido interés en todo aquello que debería interesarle a un chico normal.

–¡Ah! Sí –dijo Sheila, sarcástica–. Y tú, por supuesto, vas cambiar todo eso.

–Lo dudo –respondió, hiriente, Cristina–. Pero su tío quiere que lo intente, y yo estoy de acuerdo.

–Pues bien –explicó Bruce–, te darás cuenta de que si fracasas en esto, repercutirá en nosotros.

–Entonces, esperemos que no fracase, ¿verdad?

–Muy bien –dijo Sheila–, pero creo que esto es el colmo. Venir aquí con el pretexto de ayudarnos y después dejarnos cuando se te presenta la primera oportunidad. ¿Vas a permitir esto, Bruce?

El se encogió de hombros.

–No veo cómo puedo impedirlo. No veo cómo puedo decirle que no vaya, si ha decidido hacerlo. ¿Quieres ir de verdad, Cris? No hubiera creído que esa proposición te atrajera.

–Sí, quiero ir. ¿Qué puedo hacer si me ponen ante esa decisión? El chico está enfermo, y ya os he dicho que me ha caído bien. Es muy introvertido, apático y está muy solo. Tal vez le pueda ayudar. Ellos lo han probado todo, y don Carlos cree que vale la pena hacer el intento.

–¿Y por qué tú? –insistió Sheila con resentimiento.

Cristina bajó la cabeza, examinando sus uñas con mucha atención.

–Pues. ., porque don Carlos considera que soy un gran ejemplo de la juventud emancipada actual. Estima que he tenido una educación y una crianza muy diferentes a las que ha tenido Miguel.

–Bien, yo creo que todo esto es muy raro. ¿Estás segura de que no has visto a don Carlos antes?

Cristina trató de controlar el rubor que le subía a las mejillas.

–¿Cómo podría haberle visto? –preguntó y Sheila tuvo que callarse ante la lógica de la respuesta.

EL DÍA de su partida a la Quinta, Cristina se levantó muy temprano. Poco después de las seis, se encontraba ya en la planta baja del hotel, con su bikini puesto. Toda su ropa estaba lista en su habitación para la partida. Se encontró a Julio, que estaba limpiando como de costumbre.

–Oí que nos vas a dejar para ir a vivir a la Quinta –le dijo en tono receloso.

–Así es –no tenía deseos de explicar sus motivos a Julio.

–Es asunto tuyo, desde luego..

–Sí, en efecto. –Se encaminó directamente hacia la puerta.

Julio se interpuso en su camino.

–¿A dónde vas?
–A nadar, si tanto te interesa saberlo.
–¿Puedo ir contigo? /
Cristina dudó un momento, contestando después mediante una afirmación. Julio, se dijo, no tenía nada que ver con lo ocurrido, ni con la situación en que se encontraba.
–¿Ya estás listo?–le preguntó.
–Por supuesto –contestó con una sonrisa.
–¿Y qué hay de tu trabajo?
–Lo terminaré en cuanto regrese, trabajaré más que nunca.
Se bañaron en el mar. El tiempo transcurrió muy rápido. El agua estaba deliciosa, aunque algo fría. Cristina encontraba la compañía de Julio muy agradable; no sabía cuánto tardaría en poder disfrutar de otro momento así.
Regresaron pasadas las siete, encontrándose a la entrada con Sheila, que miró a Julio con ira.
–¿Te das cuenta? –le dijo a Cristina–. Con esta conducta tan irresponsable sólo das lugar a chismes.
–No hemos hecho nada incorrecto –protestó Julio.
–¡Por supuesto, que no! –Cristina ya estaba harta de los comentarios de Sheila–. Había otras personas en la playa; no estábamos solos.
–Puedo decir que me alegro de que a partir de hoy ya no sea yo responsable de tus actos.
Don Carlos asumirá la responsabilidad y no creo que te permita nada parecido.
Cristina iba a responder, pero decidió no hacerlo. Deseaba evitar un altercado. A la larga, el único afectado sería su hermano, y no deseaba herirle .Sin responder, se despidió de Julio, y se disponía a subir a su cuarto, cuando oyó de nuevo la aguda voz de su cuñada.
–¡Sus obligaciones aquí aún no han terminado, señorita!
Después de haberse bañado y arreglado, bajó para desayunar. Tenía el pelo recogido con una banda elástica. Recorrió con su mirada lo que la rodeaba y no vio a Sheila por ninguna parte.
Bruce entró en la cocina. Le preguntó con afecto:
–¿Ya estás lista para irte? Cristina asintió.
–Lo siento de veras, Bruce –había sinceridad en su voz–. en todo caso, sólo estaré a unos pocos kilómetros de aquí. Vendré a veros a menudo.
–¿Sí? –contestó Bruce, escéptico–. De todos modos, recuerda que si tienes alguna dificultad, de cualquier clase, ya sabes a dónde puedes recurrir.
Cristina, levantándose, le abrazó.
–¡Oh! Bruce, ¡Ojala nunca hubiera aceptado irme!

Bruce la mantuvo cariñosamente contra sí.

–No seas tonta. Puede ser una gran oportunidad para ti, después de todo. La historia es tu asignatura principal, y en la Quinta podrás ver muchísimas cosas de otras épocas. Deben tener una biblioteca extraordinaria. Cristina le miró con súbito interés.

–¿Tú crees? –Las posibilidades de su nueva ocupación no estaban aún claras en su mente.

–¡Claro que sí! Y además no pretenderán que hagas de niñera todo el tiempo. ¿Qué edad tiene Miguel? ¿No te lo dijo don Carlos?

–No que yo recuerde. Tal vez me lo dijo, pero estaba tan sorprendida con todo, que no lo recuerdo. –Debe tener unos trece o catorce años.

–¿Y dónde están sus padres?

–No lo sé. Supongo que es huérfano. En realidad no sé nada, sólo que Miguel está muy solo y necesita compañía.

–Yo hubiese creído que alguien de su propia edad sería mas indicado para ello –dijo Bruce secamente–. En fin, ¡cuídate, y no dejes que abusen de ti! –diciendo esto dio a su hermana una cariñosa palmada en los hombros y salió.

LAS DIEZ en punto. El Mercedes negro estaba a la puerta del Hotel Inglés. Cristina esperaba en el pasillo con Bruce y Sheila. Esta, para sorpresa de Cristina, se había vestido con elegancia y su expresión al ver a Alfredo Seguín era de la más calurosa bienvenida. Le invitó a tomar café, pero el chofer rehusó, muy cortés.

–Mis órdenes son llevar a la señorita a la Quinta inmediatamente. ¿Ya está usted lista, señorita?

–Sí. Hasta luego, Bruce.

–Hasta luego, Cris.

Bruce la besó con mucho cariño y Sheila hizo lo mismo. Después del reciente comportamiento de su cuñada, Cristina sentía deseos de rechazarla. No lo hizo, por consideración a Bruce y aceptó aquel abrazo tan poco sincero. Ya en el coche, el viaje a la Quinta le pareció mucho más corto que el día anterior.

Doña Inés la esperaba en la escalera, a la entrada de la casa. Sonrió satisfecha, al observar cómo vestía Cristina aquella mañana. Se había puesto una falda plisada roja y una blusa blanca; ni siquiera doña Inés pudo encontrar el más mínimo defecto.

– *Bom día,* señorita Ashley –dijo cortésmente–.Entre, por favor. Alfredo se ocupará de su equipaje, Juana sabe qué habitación va a ocupar.

–¿Juana?

–Sí –dijo doña Inés, y le indicó que la siguiera hacia el interior–. Juana es el ama de llaves de mi sobrino, *menina.* Ya conocerá poco a poco a todos los miembros de la casa.

–Sí, desde luego –respondió Cristina.

–Tomaremos café –dijo doña Inés; hablaba de la misma forma inflexible de don Carlos–

Después una de las sirvientas la llevará a su habitación.

Entraron en un salón que Cristina no había visto hasta entonces. Había allí una fascinante colección de antiguas litografías de flores. Cuando le preguntó a doña Inés su origen, ella le explicó con aire indiferente que habían sido hechas hacía casi un siglo por un artista amigo del abuelo de don Carlos. Cristina no veía todos los días cosas tan maravillosas, por lo que le pareció inexplicable la actitud displicente de doña Inés.

Apareció una sirvienta con el café a los pocos minutos. Cristina preguntó, mientras doña Inés lo servía:

–¿Cuándo podré ver a Miguel?

–Miguel trabaja con su preceptor por las mañanas, y después de la comida descansa una hora. Usted le verá por las tardes.

Tomó el café con expresión pensativa.

–No estaba estudiando cuando vine de visita ayer por la mañana –comentó.

Doña Inés la miró irritada.

–Sus lecciones ya habían terminado cuando usted llegó. El señor Pérez le permite a veces que tome media hora de descanso antes de su comida.

Cristina puso la taza sobre el plato.

–¿El señor Pérez es su preceptor?

–En efecto.

Cristina se mordió los labios.

–¿No cree que mientras yo me encuentre aquí sería una buena idea que Miguel redujese su trabajo escolar a sólo dos horas por las mañanas?

Fue ahora doña Inés quien apretó los labios, poniéndose muy seria.

–Yo no tomo decisiones con relación a la educación de Miguel. Tendrá usted que tratar este asunto con mi sobrino.

Cristina se quedó pensando. Si Miguel trabajaba toda la mañana y dormía la mitad de la tarde, ¿qué se suponía que haría ella mientras tanto? Se preguntó, de pronto, si don Carlos estaría en la Quinta o habría salido a atender sus negocios. Doña Inés la observaba con atención.

–Debo decirle, señorita Ashley, que aunque yo he aceptado el plan de mi sobrino de darle la oportunidad de trabajar con Miguel, no lo apruebo. El nunca ha sido comunicativo. Siempre fue un chico tranquilo. Por supuesto que, desde su enfermedad, estos rasgos se han acentuado; puede que ello tenga mucho que ver con sus estados depresivos. Aunque tal vez, también éstos sean parte de su naturaleza.

Cristina terminó su café rápidamente y se levantó. No tenía la intención de proseguir aquel diálogo con doña Inés. Tenía demasiadas dudas sobre su habilidad para afrontar la situación, para que la tía de don Carlos se las alimentase.

–¿Puedo ver mi habitación, señora? –preguntó.

–Sí, señorita Ashley, haré que la lleven a ella enseguida –contestó doña Inés con un mohín de disgusto.

CAPÍTULO 5

CRISTINA comió sola en sus habitaciones, que consistían en una salita, dormitorio y baño, con ventanas que daban a la piscina. No lamentaba la ausencia de doña Inés, pero le molestaba pensar que, en alguna parte de aquel mausoleo, Miguel estuviese comiendo solo, cuando hubieran podido hacerlo juntos. Después de la comida llamaron a su puerta. Era la sirvienta, que venía a recoger las bandejas.

–¿Dónde come Miguel? –le preguntó–. ¿Puede decirme dónde está su habitación?

La criada la miró, desconcertada.

–El *menino* estará descansando ahora, señorita.

–Lo supongo. Sólo quiero saber dónde se encuentra su habitación, simplemente.

–Tal vez si le preguntase a doña Inés o a don Carlos. .

–Por amor del cielo, ¿no puede usted decírmelo? Después de todo estoy aquí para hacerle compañía.

–Pero don Carlos no está aquí hoy. .

–Yo no quiero ver a don Carlos. No tiene que preocuparse, no diré nada. Usted muéstreme la habitación de Miguel. La criada la llevó a través de un largo pasillo, y señaló hacia uno de los corredores.

–La habitación que usted busca está allí.

–Es usted muy amable, gracias.

La criada desapareció rápidamente escaleras abajo con la bandeja en las manos. Cristina cruzó la galería y se detuvo en el corredor, al cual daban varias puertas cerradas, una de las cuales correspondía a la habitación de Miguel. Creía saber cuál era, de acuerdo con las indicaciones recibidas de la sirvienta antes de marcharse. El problema se resolvió cuando se abrió una puerta y apareció un hombre pequeño de estatura, bien vestido, de bigotito y barba, que se la quedó mirando con sorpresa.

–¡Señorita! –exclamó.

–Usted debe ser el señor Pérez..

El hombrecillo cerró la puerta tras él y Cristina pudo oír que Miguel le llamaba. Era él, había una nota de ansiedad en la voz juvenil. Cristina dio un paso hacia adelante, pero el señor Pérez se aproximó rápidamente, y ella tuvo que echarse hacia atrás.

–Es usted la señorita Ashley, ¿no?

–Así es.

Cristina volvió a oír la voz de Miguel, y comentó:

–¿No es Miguel quien le llama?

Los ojos del señor Pérez se achicaron.

–Esta es la hora de su descanso, señorita, que Miguel no acata de

buena gana las normas de disciplina.

Cristina se sorprendió; aquél no parecía el Miguel que ella había conocido.

–Cuando esté despierto, señor, ¿podré verle?

–Me temo que no, señorita. Don Carlos no quiere que le molesten durante su tiempo de descanso.

Cristina se dijo que estaba siendo demasiado exigente, y con seguridad, convirtiendo al señor Pérez en antagonista, pero no le importó. Estaba decidida a ver al muchacho. Había algo en la voz que escuchó que le daba pena. Le hacía recordar la imagen del chico sentado solo, junto a la piscina.

–Don Carlos me ha dado permiso para tratarle como yo estime mejor –replicó–, y si él tiene algo que objetar al respecto, no dudo que me lo hará saber.

El señor Pérez volvió a mirarla severamente.

–Doña Inés ya le habrá explicado el programa del chico.

–Estos arreglos han sido hechos sin mi previo consentimiento, señor. Miguel y yo haremos nuestros propios arreglos, es lo que trato de explicarle.

–Se porta usted de un modo insolente, señorita –respondió el preceptor, alterado.

–Por el contrario, trato de lograr aquello para lo que se me ha traído aquí, y ahora, si usted me permite. .

Antes de que él la pudiera detener, pasó a su lado muy rápido, llamó a la puerta de Miguel y entró acto seguido en el cuarto.

La habitación era alegre y atractiva, decorada a tono con la edad del muchacho, y tenía una vista preciosa que daba al patio y a la fuente central de la Quinta. Desde allí se podía ver el mar, claro y brillante, en la distancia. Ante sus ojos, yacía una figura casi inerte tal delgada y frágil, en medio de la enorme cama, que le causó pena. Los ojos de Miguel brillaron cuando la vio, y trató de incorporarse sobre las almohadas. Ella se acercó a la cama, sonriendo.

–¡Hola, Miguel!

–¡Has venido! Mi tío me dijo que lo harías, y no le creí. Pero estoy muy contento de ver que ya estás aquí, Cristina.

–¿Y por qué creíste que no vendría? –exclamó ella, sentándose en el borde de la cama.

–No creí que quisieras venir. Todo aquí es tan aburrido. Temí que te negaras.

Cristina sintió casi remordimiento, recordando sus escrúpulos del principio.

–Bueno, ahora estoy aquí –le dijo cariñosamente–. Y vamos a hacer planes para estar seguros de que la vida no va a ser tan aburrida, de ahora en adelante.

Miguel miró de repente hacia la puerta.
–¿Te vio el señor Pérez entrar? –había un tono tenso en su voz.
–Sí, por supuesto, ¿por qué?
Miguel se hundió en las almohadas.
No te permitirá que te quedes. Es mi hora de descanso, ¿sabes? No me permiten visitas a estas horas.
Ella se rió, y Miguel la miró sorprendido.
–Tu señor Pérez no me permitió entrar aquí. Entré porque quise. Tu tío me ha dado carta blanca en lo que se refiere a ti y en tanto no haga nada indebido que dañe tu salud, o te fatigue demasiado, no creo que él desapruebe mis decisiones.
Los ojos de Miguel brillaron.
–¿De verdad le dijiste eso al señor Pérez?
–Más o menos– Cristina se puso a pasear muy despacio alrededor de la habitación–. ¡Que cuarto tan bonito, Miguel! Aunque me imagino que ya lo sabes.
Miguel contestó con cierta desgana:
–Sí, supongo que sí. Es agradable. Fue mi tío quien dispuso toda la decoración.
Cristina observó la maqueta de una locomotora Diesel. Vio además una colección bellísima de mariposas disecadas, colgadas en una pared, y le preguntó a Miguel:
–¿Qué es lo que más te interesa? ¿Qué te gusta más? ¿Te interesan estas cosas? –indicó con su mano la locomotora Diesel y las mariposas. La animación en la cara de Miguel se esfumó.
–Como te he dicho, mi tío es quien se ha encargado de todo. A mí esto no me interesa. Yo leo, por supuesto; eso es todo.
Cristina se mordió los labios. Debía cuidarse de no precipitar las cosas, si deseaba que la relación funcionara. Tenía que ganarse gradualmente la confianza de Miguel, enseñarle que nada era imposible, si uno estaba determinado a lograrlo.
A pesar de su palidez, Miguel era un chico en extremo atractivo. Con seguridad, en pocos años tendría gran éxito con el sexo opuesto, tal como se suponía de su tío. Aunque para ello debía forjar antes su carácter.
–¿Cuántos años tienes, Miguel?
El echó hacia atrás un mechón de pelo que le caía sobre los ojos y dijo, articulando muy despacio las palabras:
–Tengo quince años de edad.
Cristina quedó muy sorprendida. Debido a la fragilidad de su cuerpo, le había creído aún más joven. Se sentó de nuevo a su lado en la cama, tomándole la mano.
–Dime, ¿de veras querías que yo viniera? ¿Te alegra que esté aquí?
Miguel le apretó la mano.

–Por supuesto, claro que me alegro mucho. Pero ¿crees que tengo que quedarme en cama todavía? ¿No podría levantarme? Tal vez me permitieran sentarme contigo al lado de la piscina y conversar.

Cristina contestó después de una pausa:

–No veo por qué no; si no estás cansado –dijo con cautela.

Miguel se enderezó con rapidez en la cama. Era evidente que él podía moverse con facilidad cuando lo deseaba. ¿Cuánto tiempo duraría aquella situación, una vez que se acostumbrara a tenerla a su lado?

Se sorprendió cuando Miguel extendió la mano y le tocó el pelo, que le caía hasta los hombros.

–¿Es de verdad? –tocaba con admiración su cabello rubio.

–Te puedo asegurar que no es una peluca, si es eso lo que quieres saber – contestó riendo.

Miguel sonrió: Tenía bonitos y blancos dientes. Era una lástima que no sonriera más a menudo.

–Sabes que no quise decir eso.

–Sí, lo sé.

–Pero, ¿te lo tienes que peinar así? –señaló hacia la banda elástica con la cual se sujetaba el pelo–. Me gustaría más suelto, como el otro día.

–Está bien, me lo soltaré.

Se quitó la banda elástica y el pelo le cayó, alrededor de los hombros, como un manto dorado. Miguel estaba contento.

–Así está mucho mejor.

Puso ambas manos sobre las de ella y se las apretó.

–Me siento tan alegre, casi como si algo, algo que no puedo prever, estuviera a punto de pasar.

Cristina le tocó la mejilla con cariño. Notó que sus muñecas, que asomaban por las mangas del pijama, eran patéticamente delgadas. Su cuello, visible a través de los botones de la chaqueta, dejaba ver los huesos salientes de los hombros. Le costó trabajo reprimir el impulso de tomarle en sus brazos. El levantó entonces una de sus manos y se la llevó a los labios. Era un gesto galante, típico de su nacionalidad y de su educación. Cristina correspondió, besándole la mejilla. En aquel momento escucharon tras ellos una voz familiar que les perturbó:

–Señorita Ashiey, ¿qué es lo que está ocurriendo aquí? –era un tono frío, acerado. A Cristina le temblaban las piernas al querer levantarse de la cama y enfrentarse a don Carlos. Pero comprendió que con ello sólo probaría que le temía tanto como Miguel. Volviendo el rostro muy despacio, se enfrentó a la mirada de don Carlos con calculada indiferencia. La cara joven, sofocada de Miguel, se veía horrorizada. Apartó sus manos de las de Cristina y dijo apresuradamente:

–¡Tío Carlos! Tía Inés nos dijo que ibas a estar fuera todo el día.

Carlos Ramírez entró en la habitación, seguido del señor Pérez. Cristina se incorporó, pensando con cierto humor que Miguel tenía razón al decir que algo inesperado estaba a punto de ocurrir. Carlos Ramírez observó con cuidado su figura, mirándola después fijamente a los ojos. Luego, dirigió una mirada de aprobación a su sobrino, al observar el rubor de sus mejillas.

–Repito mi pregunta, *menina,* ¿qué es lo que ocurre aquí?

Cristina se le enfrentó con los pies separados, las manos descansando con descuido sobre las caderas.

–Nada que no deba ocurrir, señor. Miguel y yo estábamos tratando de conocernos. Eso es todo.

Carlos Ramírez miró hacia el señor Pérez.

–Esta es la hora que Miguel dedica al descanso. ¿No se lo dijo el señor Pérez?

–En efecto, pero corno puede usted ver, Miguel está muy despierto y no está cansado en lo más mínimo. No veo ninguna razón por la que se le deba obligar a descansar, si él no desea hacerlo.

El señor Pérez no pudo reprimir una exclamación de asombro. Los ojos de don Carlos se achicaron al volverla a mirar.

–Señorita Ashley, cuando yo la invité aquí para que fuera compañera de Miguel no le di permiso para interferir en su rutina diaria.

–Es que considero que Miguel no necesita de esa rutina.

La ira de don Carlos crecía por momentos.

–Miguel no está bien, *menina.* Necesita de su descanso a medio día. Los médicos así lo han ordenado.

–Sin duda son los mismos médicos que no han podido curarle –Cristina había dejado a un lado ya toda cautela, molesta porque Carlos Ramírez tratara de regañarla frente al señor Pérez y al chico. El portugués la miró con fijeza; era fácil adivinar que trataba de controlarse para no abofetearla. Respirando profundamente, respondió con frialdad.

–No pretendo discutir este asunto aquí, señorita Ashley. Vayamos a mi estudio.

Miguel intervino muy agitado:

–¡Tío Carlos!

Ramírez le miró, hablándole con cariño:

– *Sim,* Miguel.

El chiquillo tragó saliva con fuerza.

–Tú. . no vas a despedir a la señorita Ashley. ¿verdad?

–Descansa ahora, Miguel –le contestó en un tono inexpresivo.

Cristina miró desolada al muchacho. Este se dejó caer sobre las almohadas, con una profunda mirada de desesperanza. Con gran

irritación, ella se volvió de nuevo hacia Carlos Ramírez.

–¿No puede darle usted una respuesta, señor? –exigió. El señor Pérez aspiró con fuerza.

Ramírez, que se dirigía hacia la puerta, se volvió a mirarla con sorpresa.

–Hay límites a los cuales yo le permitiré llegar, *menina,* y otros a los cuales nunca debió llegar.

Cristina apretó los puños.

–Entonces mire a su sobrino, señor, y si cree que los motivos que han provocado su ira han sido por irresponsabilidad de mi parte, considere lo que le está haciendo a él, no a mí.

Ramírez la miró como si hubiera querido arrojarla de la Quinta en aquel mismo momento.

Pero algo, aquella dignidad interna, le obligó a tomar el control nuevamente de la situación.

Miró a Miguel y, como antes, su expresión se suavizó, pero hablaba con gran esfuerzo al contestar:

–No te alarmes, Miguel. Estoy seguro de que esta controversia con la señorita Ashley se arreglará perfectamente. Sin duda, la verás más tarde, después de que descanses.

Miguel volvió a sentarse en la cama, ya más animado.

–¿Lo prometes, tío Carlos?

– *Sim,* Miguel. Tienes mi palabra.

Cristina miró a Miguel antes de salir de la habitación. Le consoló ver que el chico tenía la cara más relajada y con algo de la alegría de hacía unos momentos. No podía dejar de sentir gran aprensión al caminar detrás de don Carlos en dirección su despacho, ante la escena que le esperaba. Descendieron la escalera y Ramírez abrió la puerta indicándole que entrase.

Cristina no había estado antes en el estudio de don Carlos. Era una habitación bastante amplia, con las paredes llenas de estantes con libros, una máquina de escribir y varios teléfonos sobre una mesa, en una esquina. El techo era arqueado como los demás de la Quinta. Había cortinas de color rojo en las altas ventanas.

En general, era un estudio destinado a un hombre, y arreglado con gusto sobrio. Don Carlos cerró la puerta tras ellos. Parándose junto al escritorio le indicó a Cristina que se sentara en la butaca de enfrente. Ella obedeció, reacia, y don Carlos permaneció de pie, mirándola pensativo.

–¿Cuál era exactamente su intención al desafiar la autoridad del señor Pérez de esa forma?

Era obvio, por el abrupto tono empleado, que sólo con gran dificultad lograba controlar su mal carácter.

–Quería ver a Miguel, señor. ¿No es esto lógico? Entiendo que la

razón por la que estoy aquí es la de tratar de animarlo, quitarle esa apatía que padece. ¿O se supone que todo debe continuar como hasta ahora?

–Señorita Ashley –contestó él secamente–. ¿Acaso no conoce usted el dicho de su país: "No se puede tratar de correr antes de saber caminar"?

Cristina se encogió indiferente de hombros.

–Tenemos muchos proverbios, señor. Siempre puede encontrarse alguno que se avenga a cada paso. Pero, ¿dónde está lo malo? Miguel no está cansado, y el señor Pérez, al salir de la habitación, ignoró a Miguel cuando éste le llamaba.

Ramírez asintió.

–Miguel no sabe bien los detalles de su estado, *menina* –añadió Ramírez–. No se le pueden permitir a un inválido ciertas cosas, cuando no sabe lo que más le conviene.

–¡Ah, es verdad! –Cristina se reclinó hacia atrás en su asiento, con aire resignado–. Por favor, señor, usted me trajo aquí con la condición de que podría tratar a Miguel como lo considerase mejor. .

Hubo una pausa.

–¡Ya es suficiente! –interrumpió Ramírez.

–Déjeme terminar. ¿Cómo se supone que me voy a ganar su confianza, si usted mina mi autoridad frente a él?

Cuando ella terminó la frase, Ramírez la miró detenidamente por un momento. Con movimientos muy bien controlados, extrajo un cigarrillo de una caja de madera tallada que había sobre su escritorio, lo prendió con el encendedor de oro, exhaló el humo y la miró con una intensidad perturbadora antes de contestar:

–Tal vez sería mejor que usted hablara de Miguel con menos emotividad, *menina.* Voy a tratar de explicarle la historia clínica de mi sobrino.

Cristina, suspirando, se hundió en la profundidad de su butaca. Tenía la impresión de estar lanzándose contra una pared de ladrillos, y no era con seguridad una sensación agradable.

En efecto, cuando creía haber hecho algún progreso, Ramírez siempre lograba cambiar el tema con tanta habilidad, que la hacía sentirse como una estúpida. El anduvo hacia la ventana, mirando con calma al exterior, mientras fumaba con aire indiferente.

–El accidente de Miguel –dijo, volviéndose hacia ella– ocurrió hace unos tres años. En aquel momento se creyó que las heridas y la parálisis eran causadas por una lesión de la espina dorsal. Pero, a pesar de haber sufrido varias operaciones, no se logró ninguna mejoría aparente, por lo que se llegó a la conclusión de que se trataba de un mal psicosomático, eso no quiere decir que Miguel pueda andar mañana; por el contrario, sería muy poco probable que lo hiciera, pero

quizás con el tiempo y la terapia adecuada y, sobre todo, contando con su deseo de lograrlo, pueda algún día recobrar el uso de las piernas.

–¿Por qué un muchacho de su edad y con sus oportunidades, no va a poder andar de nuevo?

Ramírez miró su cigarrillo con actitud pensativa.

–¡Quién sabe, *menina!* Puede haber muchas razones. Tal vez el hecho de que sus padres murieran en ese mismo accidente sea lo que más influye.

Cristina se inclinó hacia él, con sorpresa.

–¿Sus padres, señor? Entonces fueron el hermano de usted y su esposa.

–No. Mi hermana Teresa y su marido Raúl.

Ramírez se acercó al escritorio de nuevo y apagó su cigarrillo.

–Murieron instantáneamente, cuando el avión se estrelló, *menina.* Miguel y yo fuimos los únicos sobrevivientes.

–Entiendo –murmuró Cristina, impresionada.

–De modo que ya sabe usted los hechos, pero no está impuesta aún de los detalles de la existencia diaria de Miguel. Apenas come, no tiene energías, se acatarra con facilidad. En pocas palabras, es un muchacho muy delicado de salud y como tal, se le debe tratar con mucho cuidado.

–Sí, pero ¿no se le ha ocurrido pensar, señor, que cualquiera que pase sus días en una silla de inválido y no haga nunca el menor ejercicio, es muy difícil qué pueda tener apetito o adquirir defensas contra las enfermedades?

–Señorita Ashley, ¿se imagina que yo no he tratado de animar a Miguel a que haga ejercicio y a usar las facilidades que tiene la Quinta? Pero es inútil. Miguel no quiere comportarse como un ser normal. Siempre logra hacerme sentir que soy demasiado duro o exigente. Si él se contenta con sentarse junto a la piscina y leer, o estudiar con el señor Pérez, ¿qué puedo hacer yo?

–Sólo he dado mi opinión –dijo Cristina, poniéndose de pie– pero, ¿no cree que si quiero lograr algo se me debe permitir hacer las cosas a mi manera?

–No puedo permitir que usted corra el riesgo de dañar la salud de mi sobrino –le dijo Ramírez con ojos que no admitían réplica.

Cristina se echó el pelo hacia atrás, con gesto inconscientemente provocativo. Ramírez dio la vuelta, dirigiéndose de nuevo hacia la ventana y metiendo sus manos dentro de los bolsillos del pantalón.

–¿Permitiría que Miguel tomara unas vacaciones, señor?

–¿Unas vacaciones, *menina?* ¿Qué quiere decir con eso?

–Entiendo que por el momento Miguel trabaja con el señor Pérez por las mañanas y que descansa una hora después de la comida. Ello

quiere decir que mi tiempo con él quedará limitado a la segunda parte de la tarde, y a unas horas por la noche, ¿no?

–Así es –admitió don Carlos.

–No es suficiente tiempo. Miguel es un muchacho inteligente; creo que puede usted permitir que deje de estudiar por unas pocas semanas. ¿Es que él nunca toma vacaciones con relación a sus estudios?

–¡Ah, ya, por supuesto! –dijo Ramírez, queriendo decir que comprendía–. Miguel sólo tiene clase por la mañana y como eso no basta para completar el programa normal de los colegios, sus vacaciones son muy cortas. Es natural que necesite más horas de estudio.

Cristina movió la cabeza con energía.

–Usted puede comprender que sería mucho mejor si pudiéramos estar juntos por la mañana.

Yo sé conducir; tal vez podríamos pasear en automóvil.

–Va usted muy rápida, *menina* –Ramírez golpeó con los dedos de superficie del escritorio, impaciente–. Si desea pasear a Miguel en coche, pondré a Seguín a sus órdenes cuando usted quiera.

–¿Y por qué no confía en mí? ¿No me considera una persona capaz de conducir como es debido?

Ramírez respondió escuetamente:

–Tomaré en cuenta lo del horario de estudios, *menina.*

Cristina tuvo que conformarse con esto.

–¿Puedo irme ahora? –preguntó al fin.

Ramírez hizo una pausa antes de contestar;

–Hablaremos sobre esto en otra ocasión, *menina.* Por ahora, las cosas continuarán igual y, por favor, trate de no causar fricciones entre Miguel y su profesor. El señor Pérez no es persona muy paciente, pierde la calma con facilidad.

Cristina prefirió no contestar. Se dirigió a la puerta, pero Ramírez llegó antes que ella, con aquel caminar rápido y felino, y se colocó a su lado, inclinando la cabeza cortésmente mientras ella salía.

–Miguel estará en el patio dentro de media hora, *menina.* Adiós.

Un profundo sentimiento de indignación se apoderó de Cristina mientras caminaba hacia el corredor. ¿Qué se suponía que debía hacer?, se preguntaba con juvenil impaciencia, ¿pasar los días esperando las decisiones de don Carlos, sin poder hacer nada con criterio propio? Si don Carlos no quería que ella hiciera nada por su cuenta con respecto a su sobrino, tendría que buscarse alguna otra tarea. Después de todo, ya era hora de que probase la piscina para descubrir si el agua tan limpia y brillante que veía era de verdad o artificial.

CAPÍTULO 6

CRISTINA se encontraba en la piscina cuando doña Inés salió al patio y la miró sorprendida.

Le sonrió, determinada a no dejarse afectar por su desaprobación. La señora no tuvo más remedio que devolverle la sonrisa, cosa que hizo con bastante maldad. Se sentó en la galería y al poco tiempo, apareció una criada con el servicio de té y pastelillos, que colocó sobre una mesa, retirándose después.

Cristina decidió salir de la piscina y al hacerlo dejó caer agua en el borde decorado con mosaicos inmaculadamente limpios. Sacudiendo el agua de su pelo, comenzó a secarse con mucho vigor con la toalla que había llevado consigo.

Doña Inés la observó con mirada crítica, diciendo con voz cortés pero poco amistosa:

–¿Quiere tomar el té, señorita Ashley?

Cristina dudó un momento. Hubiera querido rehusar, pero no logró encontrar una excusa válida. Se puso su albornoz de baño y fue a sentarse junto a doña Inés.

–¿Leche o limón?

–Leche, por favor –contestó Cristina.

Después de servir el té, doña Inés se acomodó en su silla y estudió a Cristina con detenimiento.

–¿Le gusta a usted la natación?

–Me encanta, y como nunca antes me había bañado en una piscina privada, ha sido una novedad muy agradable para mí.

Rehusó uno de los pasteles que doña Inés le ofreció.

–Hoy día se usa muy poco, antes mi sobrino daba muchas fiestas aquí, y los invitados se bañaban, pero ahora.. –pareció arrepentirse de este comentario, y con el tono usual de voz, frío e imperativo con que siempre se dirigía a Cristina, añadió:

–Me informaron de que trató usted de desobedecer las instrucciones de mi sobrino con relación a ¡as actividades de Miguel.

Cristina colocó la taza de nuevo en el plato y contestó con calma.

–Fui a ver a Miguel a su habitación, mientras descansaba.

–¿Por qué hizo eso, señorita Ashley? Creo haberle explicado con claridad que Miguel sólo estaría listo para verla después de su descanso.

–No creo haber hecho nada malo. El muchacho estaba despierto e intranquilo. Además, tanto reposo no puede hacerle bien.

Los labios de doña Inés se plegaron en una mueca de desagrado.

–Usted no es doctora, señorita Ashley.

Cristina estuvo tentada de decirle que tampoco ella lo era, pero cambió de tema.

–¡Qué hermoso es este lugar! –comentó.

Doña Inés pareció desconcertada por el cambio brusco de la conversación.

–Muy hermoso, *sim.* Dígame, señorita Ashley, ¿qué piensa hacer cuando termine sus estudios? ¿Qué planes tiene para el futuro?

Cristina se sintió más cómoda con el nuevo giro de la conversación.

–Pienso ser maestra –contestó.

–Ya veo. ¿Y no piensa en el matrimonio? Me imagino que las jóvenes inglesas tendrán tanto interés como las portuguesas en lograr su aspiración normal como mujeres.

–Unas están más interesadas que otras –comentó Cristina, sonriendo–. Algunas quizás se pregunten cuáles son las aspiraciones normales de una mujer. Allí no hay una actitud tan conformista ante el matrimonio. Las mujeres tenemos más libertad. Cada una decide por sí misma si quiere un marido, un hogar e hijos.

Doña Inés se sirvió otro pastel antes de contestar.

–Nosotros también tenemos muchas mujeres con profesiones aquí, señorita Ashley: doctoras, científicas, profesoras. Pero creo que en Portugal nos importa más que a ustedes mantener nuestra feminidad. No nos preocupa tanto la igualdad, en tanto nuestros hombres nos traten con caballerosidad, con consideración, ¿me entiende usted?

–Espero no darle una mala impresión de la mujer inglesa –sonrió al contestar.

Doña Inés se desconcertó de nuevo ante la actitud de Cristina, quien trataba de mantener la conversación entre ambas en un tono cordial. No deseaba un enfrentamiento con ella.

Apareció el señor Pérez, trayendo a Miguel en su silla. La cara del muchacho se iluminó al ver a Cristina. Enseguida le pidió al señor Pérez que le llevara junto a ella. Pérez miró a Cristina con frialdad. Obedeció, y al mirarla de nuevo no pudo ocultar su admiración al verla secarse el pelo.

–¡Has estado nadando! –exclamó Miguel con alegría mientras Pérez se marchaba.

–Sí. Nunca había nadado en una piscina privada; ha sido una experiencia fabulosa. ¿Nadas tú, Miguel?

El negó desolado con la cabeza, preguntando después:

–¿Puedo tomar té? Cristina se lo sirvió.

–Espérame un momento. Voy a vestirme. Al momento regreso, Miguel.

Volvió luciendo un "short" color crema y un suéter de croché sin mangas que realzaban atractivamente su silueta.

–¿Has terminado tu té, Miguel? ¿Qué tal si ahora damos una vuelta por el jardín y me lo muestras? No he tenido aún la oportunidad de

ver nada.

Miguel asintió, al parecer muy complacido con la idea.

Los jardines de frente a la casa, continuaban cuesta abajo. Se veía con facilidad la playa privada donde Cristina se había encontrado por primera vez con don Carlos Ramírez. Se puso nerviosa al recordar aquella tarde. Miguel la hizo volver al presente. Señalaba hacia un pequeño saliente en una de las rocas que había frente a ellos.

–Mi tío –dijo– la hizo arreglar para que yo pudiera usarla.

–¡Ah! Así que podemos bajar a la playa. . ¡Eso es maravilloso! A mí me encanta el mar. ¿A ti no?

Miguel se encogió de hombros con indiferencia.

–Sí, me imagino que sí —dijo.

–Bien, bajaremos entonces.

–Mañana, tal vez, si quieres –asintió Miguel, aunque no se le veía entusiasmado con la idea.

Cristina no sabía cómo lograrlo, pero de alguna forma tenía que convencerle para bajar a la playa. Cuando regresaron al patio lo encontraron desierto. Colocó la silla de Miguel cerca de un sofá, en el que se sentó.

–¡Caramba! Podría quitarme la ropa en este momento y tirarme en la piscina de nuevo. ¿No te sientes con ganas de hacerlo?

Miguel bajó la cabeza.

–¿Qué objeto tendría? No podría nadar.

Cristina se incorporó, mirándole con atención, pero justamente cuando iba a contestarle, apareció una sirvienta.

–Don Carlos desea hablar con usted, señorita.

–¿Ahora mismo?

–Sí, señorita.

–¡Ah! Caramba. . ¿Me puedes esperar aquí, Miguel?

–Sí.

Cristina le sonrió.

–¿Dónde se encuentra don Carlos?

–En su estudio, señorita. Si quiere, le enseñaré el camino.

–¡Ah, no, no, ya lo conozco!

Atravesó con rapidez el patio y poco después se encontraba frente al estudio de don Carlos.

Llamó a la puerta, escuchando la dura voz que le invitaba a entrar. Don Carlos estaba sentado ante su escritorio. Estudiaba algunos papeles con atención, pero se levantó en el acto, al entrar ella, observando con mucha atención su atuendo. Se sintió ella consciente de la brevedad de su "short" y de lo ceñido del suéter. El le pidió que se sentara en la misma butaca de la vez anterior.

–Prefiero estar de pie –contestó Cristina, mientras se enganchaba los dedos en su cinturón.

Don Carlos la miró con calma durante varios momentos.

–Se me ha informado de que usted se llevó a Miguel por los jardines, a pesar de que no le había dado permiso para ello.

–Así es, don Carlos.

Don Carlos miró de nuevo los papeles de su escritorio.

–Muy bien. Dejaré instrucciones, tanto a mi tía como a as demás de que no interfieran entre usted y Miguel.

Una expresión de sorpresa se escapó de los labios entreabiertos de la joven.

–La he sorprendido a usted, ¿verdad?

–Creí que me había mandado llamar para regañarme –admitió con ingenuidad.

–Entonces, ¿está de acuerdo que hay algo sobre lo cual debo quejarme?

–No.. bueno.. pensé que tal vez tendría usted algo que decirme; –murmuró ella, sintiéndose de nuevo ridículamente joven. El estudió el rubor de su rostro por un momento y continuó:

–No obstante, le agradecería mucho que se comportara de forma menos agresiva en adelante, sobre todo con mi tía. Ella no está acostumbrada a esa forma suya de ser, tan independiente.

Cristina suspiró. Aquel hombre siempre lograba hacerla sentirse culpable o ridícula. Ni la insolencia ni la agresividad daban resultados con él. Nunca podría estar a la altura de su agudeza en este aspecto.

–¿Es todo, señor?

Don Carlos la observó con el ceño fruncido:

–Su pelo aún está húmedo, *menina;* tenga cuidado de no resfriarse. La piscina no es el mar.

Cristina asintió, disponiéndose a salir. Con repentino impulso se volvió a mirarle y nerviosamente le preguntó:

–Si no tiene usted objeción, ¿puedo comer con Miguel, señor?

Don Carlos la miró a los ojos. Con una mano tocó su cicatriz, casi sin darse cuenta. Arqueó las cejas y se encogió de hombros.

–Tal vez pueda comer con él, pero cenará por las noches con mi tía y conmigo. Miguel nos acompañará a cenar de vez en cuando.

–Está bien, gracias –respondió Cristina, resignada.

–Esa no es la respuesta que quería, ¿verdad, *menina?*

Cristina movió la cabeza.

–¿Le explicará la situación al señor Pérez, por favor?

–Sí, desde luego –dijo con Carlos, inclinando la cabeza– y, tal vez mañana por la mañana mientras Miguel estudia, ¿le gustaría visitar mi biblioteca, *menina?* Tengo muchos libros, muchas primeras ediciones. Quizás hasta encuentre algo que pueda serle de interés para sus estudios.

–Gracias.

Sentía una opresión en la garganta al dirigirse a la puerta, que él abrió como había hecho la vez anterior, aquel mismo día. Al salir, sintió un deseo absurdo de estallar en sollozos.

EN LOS DÍAS que siguieron, Cristina notaba que se acostumbraba a la vida en la Quinta con más facilidad de lo que hubiese creído posible. Había pensado que los días se le harían muy largos, pero no era así. La biblioteca de don Carlos era enorme y muy variada; el tiempo se le iba demasiado rápido a Cristina, pues le encantaba leer.

La hora de la comida siempre transcurría en compañía de Miguel, como había sido dispuesto por don Carlos. Cristina no sabía si el hecho de que el señor Pérez comiese solo en su habitación era producto de la casualidad, o si era deliberado.

Después de comer, mientras Miguel descansaba, Cristina iba a la piscina a tomar el sol.

Miguel luego se reunía allí con ella y unas veces daban un paseo por los jardines y otras tomaban el elevador para bajar a la playa, o se quedaban sentados conversando en la Quinta.

Nadaba todos los días en la piscina, para disgusto de doña Inés, pero a Cristina esto la tenía sin cuidado, pues en tanto don Carlos no objetase nada, ella continuaría haciéndolo. El rato más difícil del día era el de la cena. Doña Inés no se molestaba en disimular su antipatía por ella. Cristina pensaba que esto se debería a que estaba disgustada por la libertad de acción que el señor Ramírez le había dado para con Miguel. Don Carlos era el único que se dirigía a ella de forma directa durante la cena, en tanto que doña Inés le hablaba con una actitud que a Cristina le costaba trabajo ignorar.

En aquel momento, se dedicaba a estudiar a don Carlos. Era una persona que, sin poder explicarse el motivo, le despertaba gran interés. Tal vez se debiera a que nunca había conocido a nadie como él, o a simple atracción física. Le encontraba atractivo. Ni siquiera la cicatriz lograba hacerle perder su magnetismo. Hubiera querido averiguar si era capaz de actuar con menos frialdad, romper aquella barrera de indiferencia que había colocado entre su persona y quienes le rodeaban.

Cristina podía hacer lo que deseaba durante la mayor parte del día, pero no debía salir de la Quinta sin informar de ello a don Carlos.

Desde su llegada, hacía ya diez días, no había salido. Decidió, a la hora de la cena, pedir permiso para visitar a su hermano al día siguiente y llevar consigo a Miguel. Aún no se había hablado de las posibilidades de acortar el tiempo de clases del muchacho, de modo que sólo podrían ir por la tarde. Cuando bajó a cenar, encontró a doña Inés sola en la mesa. Eso había ocurrido ya antes, pero ahora se vio obligada a preguntar:

–¿Puede decirme dónde se encuentra don Carlos, señora?

–Está cenando con unos amigos suyos, la familia Almeida, señorita Ashley. ¿Por qué? ¿Tiene algo en especial que decirle?

Cristina movió la cabeza y prefirió guardar silencio. No pensaba discutir con ella el proyecto de llevar a Miguel de paseo. Se limitó a sonreírle con cortesía.

–Qué día tan caluroso hemos tenido, ¿verdad, señora?

–¡Ah! Le parece éste un clima enervante y caluroso, ¿no, señorita Ashley?

Cristina inclinó la cabeza para ocultar una sonrisa. No había duda. Doña Inés esperaba que ella encontrara el clima insoportable, así tendrían un argumento para persuadir a don Carlos de que se deshiciese de ella.

–¡Oh, no! Por supuesto que no, adoró el sol y el clima.

Doña Inés se limpió la boca discretamente con la servilleta.

–Esa es una expresión algo extremada. Nosotros los portugueses no usamos los verbos amar y adorar con tanta libertad como usted.

Cristina oprimió sus manos sobre las rodillas para que no la observara doña Inés.

–Solamente quiero decir que me gusta mucho el clima y que disfruto mucho de mi estancia aquí.

A la mañana siguiente, intentó de nuevo localizar a don Carlos, Decidió bajar al estudio. Le preguntaría sobre el plan que se le había ocurrido: llevar a Miguel de visita a Porto Cedro a conocer a su hermano y pasar el día en el hotel. Encontró el estudio abierto y a una sirvienta limpiando. Le preguntó dónde se encontraba don Carlos y ella le explicó que había salido y estaría fuera todo el día en sus viñedos.

–Bien, ¿dónde podré encontrar a Alfredo Seguín? ¿O se ha ido con don Carlos?

–No. Alfredo debe estar en su apartamento, encima de los garajes.

–¡Ah! Gracias.

Sonrió para sí. Pensó que ello le venía de maravilla, así podría llevar a cabo su proyecto sin ningún obstáculo. Seguín se encontraba lavando uno de los coches de don Carlos y sonrió amablemente al verla.

– *Bom día,* señorita Ashley. ¿Puedo ayudarla?

Cristina le explicó su plan.

–¿Don Carlos ya dio su aprobación?

–El me ha dicho que puedo sacar a Miguel de la Quinta.

–Muy bien, señorita. ¿Le parece bien a las cuatro de la tarde?

–Sí, muy bien.

Pensó en comunicárselo a doña Inés, pero ésta se sentía indispuesta y se encontraba en sus habitaciones. Le envió un mensaje con uno de los sirvientes, ya que le era imposible entrar en las habitaciones

privadas de la señora.

Cuando se lo comunicó a Miguel, a la hora de la comida, él se mostró interesado.

–Nunca he ido a un hotel. ¿Cómo es ése? ¿Muy grande?

–¡Oh, no! En realidad es pequeño, pero creo que disfrutarás con esta salida. Además, podemos dar un paseo alrededor del pueblo. ¿Te gustaría?

Miguel palmoteo con entusiasmo. Su rostro se veía ahora más brillante y alegre; tenía mejor color y su apetito había aumentado, o al menos, cuando comía con ella parecía disfrutar haciéndolo.

El paseo tuvo buen comienzo. Bruce se alegro mucho de verla y llevó a Miguel en su silla al interior del hotel. Hasta Sheila acogió amablemente su presencia. Les preparó el té, más cordial y amistosa que de costumbre. Miguel reaccionó con alegría ante el interés que despertaba a su alrededor. Cristina nunca le había visto tan locuaz. Comentaba todo lo que veía. Se reía con Bruce como si le hubiera conocido muchos años antes. Era evidente que su hermano hubiera sido un magnífico padre, pensó Cristina con tristeza, al ver cómo le describía a Miguel las maravillas de la natación submarina. Sabía explicar cosas complejas en términos muy simples. Miguel estaba encantado.

–¿Te gustaría venir en mi barco un día de éstos? –le sugirió Bruce, dirigiendo a la vez a su hermana una mirada interrogativa.

–¿Te gustaría, Miguel? –le preguntó Cristina, sin creer que pudiera estar de acuerdo.

–¿Cómo podría? Quiero decir. . –miró hacia su silla de inválido en actitud de desconsuelo.

Bruce habló entonces enérgicamente:

–Yo te puedo llevar, no te preocupes, y además, te prometo que no te dejaré caer –añadió con un brillo de alegría en los ojos.

Miguel se mordía los labios; era evidente que libraba una batalla consigo mismo.

–Bueno.. –comenzó lentamente–, si usted cree que estaría bien. .

–¡Nos divertiremos muchísimo, Miguel! –Cristina estaba a punto de saltar de alegría–.

¿Cuándo crees, que podrías arreglar el paseo? –añadió, dirigiéndose a Bruce.

Sheila regresaba en aquel momento a la habitación, sorprendiéndose al ver tanta animación y entusiasmo.

–¿Qué pasa aquí? ¿A dónde os va a llevar Bruce?

Cristina elevó una silenciosa plegaria para que Sheila no dijese nada que echara a perder el entusiasmo de Miguel, pero no tenía que haberse preocupado por ello. Sheila estaba demasiado consciente del parentesco de Miguel con don Carlos, para atreverse a contrariar a

ninguno de ellos. Escuchó con interés lo que Bruce le explicó, recomendando que esperasen a ponerse de acuerdo sobre la fecha con el tío de Miguel. Cristina aceptó. Le había causado gran alegría ver a Miguel interesado en algo que no fuese sólo de orden intelectual. Una vez que ella hubiera logrado despertarle el deseo de hacer cosas de otro tipo, habría iniciado el camino de su recuperación.

Después de tomar el té fueron hacia la bahía y Bruce le mostró al muchacho su barco. El interés de Miguel, desvanecido un tanto al saber que Cristina tendría que consultar sobre la excursión con su tío, se reavivó al ver el barco. Se encontraron allí con Julio, y Cristina le saludó con alegría.

–Los nuevos huéspedes han llegado, señor –informó a Bruce con una sonrisa–. La señora Ashley me ha enviado a decírselo.

Bruce miró a Miguel, apenado.

–¡Bien! Me tengo que ir, Miguel.

–¿Tienes que irte ahora mismo? –interrumpió Cristina, in poder ocultar su desilusión–. Yo quería que llevaras a Miguel a bordo del barco, para que lo conociese.

–Tendré que hacerlo otro día.

–Si me permite, señor –sugirió Julio– yo puedo ocuparme de Cristina y del muchacho.

Si a Bruce le llamó la atención el uso familiar del nombre de Cristina en labios de Julio, no lo demostró, pero hizo una pausa antes de responder.

–Son las seis pasadas, Cristina. ¿No crees que es hora de que regreses a la Quinta?

–Hay mucho tiempo aún. ¿Qué quieres hacer tú, Miguel?

Este se había contagiado de su entusiasmo.

–¡Oh! Quisiera quedarme un rato más.

Bruce miró su reloj.

–Bien, Julio, quédate con ellos, pero sólo unos quince minutos. Después, Cristina llevará a Miguel de regreso al hotel.

La joven sonrió con alegría.

–Gracias, Bruce.

Julio levantó ágilmente a Miguel de la silla y lo llevó hacia el barco. Miguel miraba a su alrededor con gran interés, llamándole la atención la forma en que el barco oscilaba en el agua. Era una lancha moderna, con una pequeña cabina para el piloto y otras dos para dormir abajo. Julio le mostró el equipo para buceo, los tanques de oxígeno, las máscaras para la cara, y el equipo de "snorkeling". Todo aquello fascinó a Miguel. Julio, a su modo, fue tan capaz como Bruce de hacer que Miguel se sintiese a sus anchas. Cristina se sentó al lado del chico. Le observaba con atención. Julio se había puesto una de las máscaras para el oxígeno y estaba acomodándose las aletas en los pies,

empezando a hacer muecas, dispuesto a hacer una pantomima de submarinismo, cuando la puerta de la cabina se abrió de repente. Bajo el dintel se encontraba don Carlos Ramírez, mirándoles a los tres con ojos llenos de ira.

CAPÍTULO 7

JULIO, sintiéndose ridículo, se quitó en el acto la máscara y las aletas. Cristina dirigió una mirada nerviosa a Miguel, llena de aprensión.

Don Carlos sujetando la manija de la puerta, les miró a todos con frialdad.

–¿Qué es lo que ocurre aquí, señorita Ashley? –preguntó en el tono más feroz que jamás le había escuchado, mientras miraba con desprecio los "short" y el jersey que Cristina llevaba–.

¿Supone que yo apruebe esta situación?

–¡Tío Carlos, por favor, no te disgustes! –dijo Miguel antes de que Cristina pudiese pensar en alguna respuesta adecuada–. Cristina y Julio me mostraban el equipo de natación submarina; no tienes por qué alarmarte.

–¡No hables, Miguel, por favor! Yo me dirigía a la señorita Ashley, no a ti.

El delgado rostro de Miguel se cubrió de rubor. Cristina sintió un profundo resentimiento hacia Ramírez, al verle causar tanta pena al muchacho. ¿Pero qué podía esperarse de un hombre semejante?, pensó, colérica.

–Puede usted ver, don Carlos, que éste es un paseo en realidad inocente. Mi hermano estuvo con nosotros hasta hace unos minutos, cuando fue llamado al hotel, íbamos a regresar de inmediato. No hay motivo alguno para que usted se preocupe.

Don Carlos la miró detenidamente.

–¿Cree usted que no debo preocuparme? ¿Ni siquiera al ver la silla de mi sobrino vacía, abandonada en el muelle?

Cristina se llevó la mano, sorprendida, a la boca.

–¡Oh!–dijo con voz apagada.

Don Carlos concentró su atención en Julio, quien guardaba a toda velocidad el equipo que había sacado.

–Vaya usted al hotel, Julio, y dígale a Seguín que regrese a la Quinta. Yo llevaré a mi sobrino a la casa.

–Sí, señor. Inmediatamente, señor –respondió Julio con mucho respeto, aturdido.

Don Carlos se apartó para dejarle salir. Oyeron cómo sus pasos se desvanecían en el muelle.

–Bien, Miguel, ¿te has divertido hoy?

La expresión de duda que había en la cara de Miguel desapareció.

–Mucho, tío Carlos –dijo con entusiasmo–. Me encanta el barco, me gusta cómo se mueve, y Julio me ha hecho reír mucho.

Don Carlos sacudió un poco el polvo de su inmaculada chaqueta gris, y miró a Cristina con ojos enigmáticos.

–Y usted, señorita Ashley, ¿no consideró que yo merecía algún aviso previo a esta salida?

–Traté de decírselo, pero no se encontraba en casa. Recuerde que usted me dijo que podía sacar a Miguel con Seguín, ¿no es así? –Se miró las sandalias, irritada por tener que dar explicaciones como si se tratase de una niña–. Además, creí que regresaríamos antes que usted. Siento que haya visto la silla y se alarmara.

–¿De veras, señorita Ashley? ¿Lo siente usted? –la miró con sarcasmo–. Así pues, Miguel, ¿te gustaría que yo te llevase un día al mar en el yate?

–Sí, pero el hermano de Cristina, el señor Ashley, se ofreció a llevarme en este barco –dijo Miguel sin ocultar su tristeza.

–Ya veo –dijo irguiéndose– y usted es la que ha arreglado esto, ¿no, señorita Ashley?

–Yo no he arreglado nada aún. Naturalmente, le iba a consultar a usted antes de decidir algo.

–Y si no hubiese estado yo en la Quinta, ¿entonces, qué, *menina?*

–En ese caso le hubiese dejado un mensaje.

Don Carlos la observó un momento más e, inclinándose hacia Miguel, le dijo con cariño:

– *Vem, meu filho,* te voy a llevar hacia el muelle.

Cristina permitió que saliesen ellos primero y después les siguió, cerrando la puerta tras ella.

Se sentía deprimida y desilusionada y se preguntó qué pensaría Bruce cuando no regresaran al hotel como habían acordado. Aunque él se enteraría por Julio de lo ocurrido. Pero en aquel momento, hubiera necesitado el apoyo de Bruce. Don Carlos depositó a Miguel en su silla, esperando a que ella les alcanzara.

Se sentía incómoda por su ropa al lado de un hombre vestido con tanta elegancia, pero procuró dar a su rostro una expresión de indiferencia. Don Carlos había venido en un coche que Cristina no había visto antes: convertible, color crema, con amplios asientos de piel negra. Ya había colocado a Miguel en su silla de inválido; le introdujo en el coche por la parte de atrás y abrió la puerta lateral para que entrara Cristina.

Durante el trayecto a la Quinta, ella se sintió turbada por la proximidad masculina. Al llegar, después de que Miguel fuera dejado al cuidado de su sirvienta personal, don Carlos se volvió hacia ella, que comenzaba a andar casi sin hacer ruido, en dirección a su habitación.

–Venga –le dijo brevemente–. Deseo hablarle.

Cristina se encogió de hombros.

–Quería tomar una ducha y cambiarme antes de la cena, señor.

–Lo que tengo que decirle será muy breve, *menina* –le respondió

con suavidad, indicándole que le siguiera a su estudio.

Cristina aceptó, y se sentó cuando llegaron. Se sentía demasiado cansada. No estaba en condiciones de tener otro enfrentamiento verbal con don Carlos.

El abordó la cuestión al momento.

–No deseaba apenarla mientras Miguel estuviera frente a nosotros, *menina,* y por este motivo no le quise decir nada, pero no deseo que pase un minuto más, en adelante, en compañía de Julio Durante.

–Perdóneme, pero ¿qué es lo que acaba de decir?

–Creo que ha oído muy bien lo que he dicho, *menina,* pero se lo repito: no deseo que pase más tiempo sola, en el futuro, con Julio.

Cristina le miró con impaciencia.

–Pero, ¿por qué? A mí me es simpático, a Miguel también y yo creo que nos llevamos bien.

–No dudo de que usted le caiga bien a él, *menina.* Usted es una novedad, pero no es apropiado que esté a solas con ese muchacho.

Cristina frunció el ceño.

–Está usted hablando en relación con esta tarde, supongo.

–En efecto –contestó don Carlos.

Cristina frunció la nariz.

–¡Pero si Miguel estaba con nosotros!

–Miguel no puede ser definido como un compañero adecuado, *menina,* es decir, como una carabina.

–Yo no necesito de una carabina, señor.

–Y yo no estoy de acuerdo con usted. –El tono de él, inflexible, no admitía réplica.

Queriendo disgustarle, Cristina le dijo en tono infantil, desafiante:

–Julio y yo hemos estado en otras ocasiones nadando juntos, y a solas.

Don Carlos levantó los ojos y la miró fijamente.

–Ya lo sé –dijo con una calma que la irritó aun más.

–¿Usted. . lo sabe?

Don Carlos le contestó con una sonrisa.

–Por supuesto. Pocas cosas ocurren en Porto Cedro de las que yo no me entere.

–¿Es todo lo que me tiene que decir entonces?

–No, no todo. Ya que Miguel ha mostrado interés en la navegación, haré los arreglos necesarios para un viaje que tendrá lugar la semana próxima, en mi yate *"Turbilhao"*.

–¿Quiere decir que llevará a Miguel con usted, señor?

Don Carlos inclinó la cabeza, afirmando.

–Sí, *menina.* La informaré cuando se aproxime la fecha para que esté enterada.

–Entonces, ¿podré pasar ese día con mi hermano?

Don Carlos se levantó de su silla de detrás del escritorio y se situó junto a ella.

–Usted nos acompañará a Miguel y a mí, naturalmente –había impaciencia en su voz y en sus ojos–. ¿Qué le ocurre, *menina?* El proyecto de pasar un día en mi compañía la deprime?

–¡Por supuesto que no! Es sólo que. . ¿no habrá vigilante, señor?

La expresión de don Carlos se volvió rígida.

–No habrá necesidad de ninguno, *menina.* Yo soy la persona que la emplea, el tío del muchacho al que usted atiende. Es más, tengo la edad suficiente para ser su padre –se volvió bruscamente, metiendo las manos en sus bolsillos–. Hace ya mucho tiempo que dejé la compañía de miembros del sexo opuesto, así que no deberá temer nada por ese lado.

Cristina apretó los labios con fuerza. Percibía otra vez la necesidad que él sentía de mantener una falsa distancia entre ambos, debido a su cicatriz, y deseaba con toda su alma que hubiese alguna forma de probarle que él no era menos hombre ni menos atractivo debido a ello.

Pero no se atrevía a sugerir nada, no se le ocurría nada que pudiera decir sin sentirse en ridículo.

Ella sólo era una contemporánea de su sobrino, capaz solamente de tener emociones superficiales y era probable que su actitud, y la forma en que se vestía le recordaban aún más su juventud. Cuando se movió para abrirle la puerta, como de costumbre, él le dijo:

–He notado que Miguel la llama a usted por su nombre de pila.

–Sí, señor y usted puede hacerlo también, si lo desea.

Nunca había estado tan cerca de él. Sentía el intenso deseo de levantar su mano y tocar aquella cicatriz de su mejilla, quitar la expresión de dureza de sus ojos y las líneas de cinismo que le marcaban los bordes de la boca. Su cabello, abundante y bien peinado, y aquellas largas pestañas, trataban de ocultar la profundidad de sus ojos. Sintió que él se ponía rígido ante aquella mirada escrutadora y comprendió, con un sentimiento de incredulidad, que por un breve momento, ella estaba dominando la situación. Se preguntó qué haría si pusiera su mano en la cara de él, y sus labios se entreabrieron sin darse cuenta. Los ojos de él, que habían estado mirando por encima de la cabeza de ella, se fijaron de pronto en sus ojos, y se miraron durante unos momentos con intensidad. Era una nueva experiencia para ella. Hasta aquel momento siempre había pensado que don Carlos era totalmente inmune a su presencia física. Pero, con la percepción natural de una mujer, comprendió que detrás de aquella máscara de indiferencia, él estaba tratando de contener pasiones y sentimientos que estaban allí, como en cualquier otra persona, y tal vez con mayor intensidad. Una nueva sensación corrió por sus venas,

pero se desvaneció, cuando él se alejó, diciendo con frialdad:

–Yo no tengo objeciones, *menina,* ya que usted concede el privilegio de ser llamada por su nombre con tanta facilidad.

Cristina se hundió las uñas en las palmas de las manos, pero se contuvo para no contestar.

En su lugar, salió del estudio, si sintiéndose profundamente herida.

PASARON DOS semanas antes de que don Carlos iniciara los preparativos para la excursión en el yate. De todas formas, Cristina pasó el tiempo muy ocupada, encargándose de animar a Miguel y seguir con su plan inicial de hacer que él tomara interés en los deportes, que le conducirían a ejercitar más sus músculos.

Un día, se encontraba nadando en la piscina y Miguel sentado a su lado observándola con cariño, cuando él extendió una mano y tomó la de ella. Cristina le miró con picardía.

–¿Tienes miedo de que te tire?

Los ojos de Miguel se ensombrecieron. Le oprimió los dedos.

–No.. bueno. . yo tengo un traje de baño. ¿Crees que pudiera mantenerme a flote en el agua con un salvavidas?

Cristina trató de ocultar la alegría que sentía.

–¿Por qué no? –dijo con fingida indiferencia para no cortarle–. ¿Quieres bañarte?

Miguel asintió, pero después suspiró y pareció arrepentirse.

–Bueno, pero no valdría de nada, ¿verdad? Después de todo, no puedo nadar contigo.

–Hay mucho que hacer en el agua además de nadar.

Miguel reflexionó un instante añadiendo:

–Pero me vería ridículo.

–Yo me veo ridícula todo el tiempo, Miguel.

–¡Oh, no! ¡Tú no! Tú siempre eres. . cómo decirlo.. eres maravillosa, siempre estás contenta.

–Yo creí que tú estabas contento también –dijo Cristina.

Finalmente, logró animarlo a que se fuera a poner el traje de baño con la ayuda de Seguín, después de prometerle que no le dirían nada a don Carlos ni a su tía Inés. Alfredo Seguín era justamente lo que parecían necesitar tanto Miguel como ella en aquellos momentos. El hombre sabía animar a Miguel y éste se sentía muy a gusto en su compañía. La media hora que Miguel estuvo en el agua fue todo un éxito y cuando Cristina le recordó que debía salir, Miguel protestó con energía.

–Pero si apenas estoy empezando a divertirme.

–Es razonable que salgas ahora, antes de que te canses demasiado –dijo Cristina con voz firme–. Siempre podrás bañarte mañana, y muchos días más.

–Pero tía Inés estará aquí mañana –dijo Miguel muy triste–, y el

señor Pérez, y mi tío.

Alfredo miró a Cristina con un gesto expresivo y ella movió la cabeza con desaliento. Sin embargo, Miguel accedió a salir de la piscina, y se sentó unos minutos con los pies en el agua, mientras Alfredo le secaba, le ponía su camisa y unos pantalones, encima del traje de baño. Cristina se tendió en el suelo de mosaico que bordeaba la piscina y miró a Seguín con agradecimiento.

–Gracias –dijo con una sonrisa–. No habríamos podido hacerlo sin usted.

–Ha sido un placer, señorita.

Cristina se sentó, mirando a Miguel.

–¿No crees que podríamos ir al mar? Nadie te vería allí, Miguel.

Este frunció el ceño.

–¿Tú crees?

–¿Podríamos? –dijo Cristina mirando a Alfredo.

–Tengo la impresión de que su tío no estará de acuerdo.

Después, Alfredo llevó a Miguel a su habitación. Aquella noche, a la hora de la cena, Cristina le preguntó a don Carlos si Seguín podría llevarlos a ella y a Miguel, la tarde siguiente, a dar un paseo. Don Carlos no se opuso, pero no parecía estarla escuchando. De un tiempo a esta parte, parecía ensimismarse más y más en sus pensamientos durante las horas de la cena, y ni su tía era capaz de hacerle pronunciar más que algún que otro monosílabo.

A la tarde siguiente, fueron con Seguín a un pequeño tramo de playa, entre las rocas, bastante distante de la Quinta. La excursión tuvo el mismo éxito que el día anterior en la piscina. Miguel ya tenía interés en demostrarles lo que podía hacer, y Cristina comprendía que era aquél un logro muy importante, aun cuando sus métodos fuesen muy primitivos.

Era indudable que con un ambiente adecuado y la terapia indicada para sus extremidades, la recuperación de Miguel podría ser llevada a cabo con gran eficacia. Y sin embargo, ¿por qué hasta entonces los médicos no habían podido lograrla? Era un problema que ella no podía resolver sola; Miguel tendría que ayudarla.

A la mañana siguiente, Cristina se despertó con una sensación de disgusto. Por un momento, no comprendió la razón, y entonces se acordó de que aquél era el día que don Carlos les iba a llevar en su yate. Estaba convencida de que sería un día lleno de tensión y de incomodidad.

Eligió su ropa con mucho cuidado; para una ocasión como aquélla hubiera querido usar

"short" y alguna blusa, pero esta vez decidió ponerse una falda azul marino y una blusa de suave color crema. Se arregló el pelo cuidadosamente, recogiéndoselo en una gruesa trenza.

Debajo de la ropa se puso un bikini blanco, sintiéndose que estaba preparada para sobrevivir a la mirada escrutadora de don Carlos.

Cuando bajó la escalera, fue ella la que se quedó sorprendida. Don Carlos llevaba un "short"

color crema y una ¡camisa del mismo tono en algodón. Se le veía tan diferente de su aspecto usual, que le costó trabajo reconocerle. Notó también que sus brazos y piernas estaban bronceados por el sol, y a pesar de la sorpresa que le causaba, comprendió que debía pasar mucho tiempo practicando deportes al aire libre. Ignorando su mirada analítica, él dijo despacio:

– *Bom día, menina.* ¿Está usted lista?

–Sí, señor.

–Muy bien, Miguel y Seguín ya nos esperan en la terraza.

–¿Seguín? –Cristina no pudo disimular su sorpresa.

–Sí. El me ayuda en el yate.

–¡Ah! Ya comprendo –dijo Cristina, tragando saliva con dificultad. Por un momento había temido que Seguín le hubiese comentado a don Carlos algo sobre los ejercicios que Miguel realizaba.

El yate, de cuarenta pies de largo, era de un lujo inesperado. La silla de Miguel fue colocada en una de las cabinas, y a él se le sentó en un banco, en la cubierta. El yate tenía un poderoso motor, y don Carlos lo hizo salir con facilidad de la bahía. Muchos pescadores, al verles, les saludaban con afecto y don Carlos contestaba a todos con la cortesía innata en él. Cristina estaba de pie al lado de Miguel, sin poder sentarse. Era tal el entusiasmo que la invadía, que no podía reprimirlo. La mañana era preciosa. Salían a toda velocidad hacia las profundas aguas del Atlántico; el aire agitaba el pelo de la muchacha. Era una experiencia nunca sentida. Seguín, vestido con adecuada ropa deportiva, estaba de pie en la proa. Caminó hacia ellos, sonriendo.

–Y bien, Miguel –dijo–, ¿ya no te preocupa tanto el haber venido?

Miguel levantó los ojos hacia él.

–¿Preocuparme? ¡Oh, no! –Movió la cabeza, pero Cristina no sintió en su voz el entusiasmo esperado.

–Bueno, ¡esto es maravilloso! –exclamó ella–. ¿A dónde vamos?

–¿A dónde quieren ir? –el sonido de la voz de don Carlos la sorprendió tanto que se volvió de pronto, perdiendo casi el equilibrio. El extendió una mano y la agarró al instante, oprimiendo su brazo en forma tal, que ella tembló involuntariamente. Después la soltó con la misma rapidez con que la había tomado y se inclinó a mirar a su sobrino con cariño.

–Miguel –le dijo–. ¿A dónde te gustaría ir?

–No tengo idea, tío. A donde a ti te parezca, desde luego.

Su falta de entusiasmo era evidente y don Carlos lo notó.

Cristina, escuchándoles, deseó para sus adentros que Miguel

reaccionara como cualquier chico normal de su edad. ¿No se daba cuenta de que su tío estaba tratando de darle un trato cariñoso y dejar que expresara sus deseos? Decidió tomar ella la iniciativa.

–Tal vez pudiéramos ir a algún lugar donde después se pueda nadar.

Don Carlos dirigió entonces su atención de lleno sobre ella. Sus ojos color ámbar, perturbadores y penetrantes, la miraban en forma tal, que Cristina hubiera querido esconderse para escapar a tan severo reconocimiento.

–Hay una pequeña playa a lo largo de la costa –comenzó a decir–, a la cual sólo puede llegarse por mar. Por tierra las rocas son muy altas y el acceso a ella no se hace con facilidad, pero la arena es ideal. Es agua que se presta para todos los deportes acuáticos. –Mirando al cielo azul continuó–: Podríamos esquiar en el agua, o bucear. Eso es lo que a usted le interesa, ¿no?

–¿Usted bucea, señor?

Don Carlos sonrió. Sus dientes, blancos y parejos, contrastaban con el color bronceado de su piel.

–Sí, ¿le sorprende tanto? ¿O ha llegado a creer que paso todos los momentos del día trabajando? –Nunca había pensado en ello, señor.

–¿Nunca? –el tono de su voz era escéptico. Sintió que él adivinaba todo lo que había pensado con relación con su persona.

El resto de la mañana transcurrió muy calmado.

–Miguel, ¿estás disfrutando del paseo?

–¡Claro que sí, Cristina! –respondió Miguel.

–Esa no es la respuesta que quiero oír y tú lo sabes. No te veo entusiasmado, contento. Lo que quiero saber es, ¿por qué no vas a nadar hoy?

–¿Nadar? ¡Yo no puedo nadar!

–Ya sabes lo que quiero decir –movió la cabeza, entristecida–. Miguel, ¿no comprendes que lo único que tu cuerpo necesita es la oportunidad de moverse, que los músculos se ejerciten cada vez que entras en el agua? Cada instante que esos músculos, inertes por tantos años, son utilizados, estás logrando algo, y tarde o temprano van a empezar a responder de una forma normal.

–No –dijo Miguel en tono seco.

–¿Y por qué no? –preguntó ella, desconcertada.

–Porque yo no quiero caminar de nuevo.

Cristina miró a su alrededor para estar segura de que nadie les escuchaba. Don Carlos y Alfredo conversaban tranquilamente dirigiéndose a la proa.

–¿Qué quieres decir con eso de que no quieres volver a andar?

Miguel apretó los labios, con fuerza, diciendo con voz entrecortada:

–Tú no me comprenderías.

–¿No? Prueba –contestó Cristina.

Miguel movió la cabeza y suspiró.

–¡Oh, Miguel, en un día tan hermoso! Has disfrutado mucho el tiempo pasado en el agua estos últimos días y lo sé.

Miguel inclinó la cabeza.

–Yo también lo sé –en sus negros ojos se veía turbación y tristeza–. ¿Sabías –dijo– que antes del accidente, mi tío estaba comprometido con una señorita llamada Sara Almeida?

–No. ¿Cómo iba a saberlo? Tu tío no me cuenta nada a mí.

Miguel se pasó los dedos entre los cabellos.

–Pensé que tal vez tía Inés. . En fin, la cosa es que después del accidente, ella rompió el compromiso.

–¿Eso hizo? ¿Y por qué me cuentas todo esto a mí?

Miguel suspiró de nuevo.

–No lo sé. ¿No crees que es triste?

–A lo mejor, todo depende; si ella rompió el compromiso debe haber tenido alguna razón para hacerlo.

Miguel se hundió las uñas en las palmas de sus manos.

–La tenía. No podía soportar las cicatrices de mi tío.

–Entonces la ruptura fue para bien. Ella, al parecer, es una persona muy superficial y que no vale la pena, ¿no lo crees así? Por otra parte, me imagino que tu tío pudo haberse hecho la cirugía plástica.

Miguel volvió a inclinar la cabeza.

–Sí pudo, pero no quiso.

Cristina podía comprenderlo. Don Carlos Martinho Duarte de Ramírez, nunca le rogaría a nadie para que le diese nada. El hecho de que una mujer no pudiese aceptarlo como era, sería más que suficiente para hacer surgir toda su arrogancia.

–¿Y qué tiene que ver todo esto contigo?

Miguel levantó los hombros y los volvió a dejar caer con desaliento.

–No lo sé, Cristina.

–¡Ah, sí que lo sabes! No has estado diciéndome todo esto sobre tu tío, nada más por decirlo.

–Sólo quería que lo supieras. Si te he molestado, lo siento, Cristina.

–No me has molestado –contestó Cristina, algo irritada por la terquedad del chico.

En aquel momento, vio que don Carlos se aproximaba por la cubierta; su mirada se posó rápida en el bikini que Cristina llevaba.

–Miguel –dijo hablándole en inglés a su sobrino, en consideración a Cristina–. Mira hacía allá, es donde vamos a ir.

Cristina sintió una gran alegría por la mirada de entusiasmo de Miguel, quien admiraba la belleza natural del paisaje en toda su

plenitud, no echada a perder por la civilización. Se volvió hacia don Carlos, ansiosa de compartir aquel momento con él, pero el hombre tenía fija su mirada en Miguel, con una expresión atormentada. Cristina se preguntó con desesperación qué era lo que separaba a aquellos dos seres cuando más unidos debían estar.

CAPÍTULO 8

COMIERON en el lujoso comedor del yate, anclado ya frente a la bellísima playa que visitarían después. Alfredo había demostrado ser un chef muy eficiente. Comieron melón, huevos y ensalada de frutas con helado, antes del café. Alfredo comió con ellos. El ambiente era muy agradable. Escucharon a don Carlos hablar de los viajes hechos por el Caribe, siguiendo el rastro de un galeón español hundido hacía siglos. Después de encontrarlo, la expedición había pasado semanas examinándolo, pero sólo se obtuvo una pequeña cantidad de monedas de oro antiguo. Alguien, con seguridad, había visitado el lugar antes que ellos, llevándose lo demás.

Cristina escuchó fascinada. Era ésta una faceta totalmente nueva para ella del carácter de don Carlos y sospechaba que para Miguel también. Antes de la muerte de su hermana, cuando se convirtió en tutor de Miguel, había llevado una vida plena de aventuras. Había visitado África y Sudamérica y entendía mucho sobre antigüedades. Era una lástima que no le hablase así a Miguel más a menudo. Le parecía que don Carlos no se daba cuenta de lo que el muchacho disfrutaba oyéndole hablar de aquella manera, de que Miguel era como cualquier otro chico de su edad en este aspecto. Con innata percepción femenina, se preguntó si Miguel no respondería con más rapidez a la terapia ante la perspectiva de poder realizar algún día aquel tipo de actividades. En su lugar, don Carlos le trataba como a un inválido, sin plantearle en realidad las cosas que de verdad podría hacer en un futuro, si lograba caminar.

Cuando la comida terminó, don Carlos insistió en que Miguel descansara un rato. Cristina comprendió que ello era necesario para la vida que el muchacho llevaba normalmente, pues aquella había sido una mañana muy agitada.

Recogió los platos y los lavó, mientras Alfredo y don Carlos subían a sentarse al sol a conversar. Al terminar, decidió también tomar el sol, tendiéndose en un extremo de la cubierta. Un momento después escuchó decir a don Carlos:

–Si descansa un rato, *menina,* podrá nadar después.

–Gracias –contestó ella en tono sarcástico.

¿Acaso la creía tan tonta para no saber que después de una comida no se podía nadar? Se situó encima del cuarto de máquinas, donde el sol daba de lleno y se puso unas gafas oscuras. Nunca la había molestado el calor. Disfrutaba del agradable sopor que la invadía, cuando unos minutos después, sintió una sombra sobre su cara. Abrió los ojos para encontrarse a don Carlos, que la miraba con mucha atención.

–Hace mucho calor para que se quede usted aquí –le dijo mientras

clavaba la vista en su cuerpo–. Venga hacia la parte de la cubierta que tiene toldo. Allí hay mucho espacio y es más agradable.

–Por extraño que le parezca, el sol no me molesta. Además, me he puesto loción contra las quemaduras esta mañana, antes de salir.

–Aún así, no debe quedarse tanto tiempo, sobre todo a esta hora del día. La he observado en la piscina: por lo general, espera a que el sol no esté tan fuerte antes de entrar.

Ella escuchó sus palabras con atención. Jamás hubiera pensado que él la hubiera estado observando.

–De modo que haga lo que le digo –prosiguió él con calma–. No quiero que sufra una insolación;

Cristina hizo un movimiento de desesperación con los hombros y se puso en pie. Al hacerlo, perdió el equilibrio debido a un movimiento del yate. Don Carlos tuvo que sujetarla y ella sintió un impulso loco de mirarle. Nunca como ahora su cercanía le había hecho vibrar hasta la última fibra de su ser, y se preguntó si a él no le estaría ocurriendo lo mismo. Pensó también, qué sucedería si pretendiera perder de nuevo el equilibrio y cayera en sus brazos.

Era una tentación difícil de resistir: sentir junto a ella su cuerpo atlético y delgado, su fuerza varonil. Pero la cara de don Carlos había tomado de nuevo aquella conocida expresión remota. Sin decir una palabra, se apartó de ella, dirigiéndose hacia donde se encontraba Alfredo Seguín. Cristina se tendió donde él le había indicado. Más tarde, cuando abrió los ojos, pudo ver que Alfredo se estaba poniendo el –equipo de buceo para lanzarse al mar.

Don Carlos le ayudaba con mucho entusiasmo.

–¿Quiere nadar ahora, *menina?* –le preguntó de pronto. En vez de contestarle, Cristina se dirigió a Alfredo.

–¿Qué va a hacer, Alfredo?

–Voy a jugar al tenis –bromeó.

Cristina se puso en pie en el acto.

–¿Podría yo hacer eso también?

Don Carlos la miró de arriba abajo.

–No, por supuesto que no.

–¿Por qué no?

–Porque tiene uno que aprender poco a poco. Primero en aguas de poca profundidad y luego, aprender a respirar adecuadamente. ¿Sabe usted nadar bajo el agua?

–Un poco.

–Entonces use el equipo para hacer "snorkel"; es lo mejor para principiantes.

Cristina miró al mar. El agua verde oscura la invitaba a sumergirse. Nunca antes se había lanzado desde un barco, nunca en aguas tan hondas. La idea era, por ello, más atractiva aún.

Alfredo se balanceó con cuidado en el borde del yate, dio un salto y desapareció en el agua.

Cristina se preguntó qué maravillas habría en aquellas profundidades submarinas, que probablemente nunca vería. Miró a don Carlos. Continuaba aún vestido con la camisa y el

"short" que traía por la mañana. Estaba muy bronceado por el sol.

–Si desea nadar, puede hacerlo –le dijo de pronto–. Nada le ocurrirá aquí.

Se había dado cuenta de que ella le observaba.

–¿No va a nadar usted? –preguntó, desafiante.

–Ahora no.

Diciendo esto, don Carlos se puso las gafas oscuras y fue a sentarse debajo del toldo.

Cristina insistió:

–¿Porqué?

Don Carlos bajó la cabeza.

–Miguel no puede quedarse solo.

–Está dormido. Dormirá todavía un buen rato.

Don Carlos se la quedó mirando.

–¿Tanto desea mi compañía, *menina?*

Quizás lo había dicho para desconcertarla, pero no iba a darle satisfacción en momento como aquél, cuando sentía que era ella quien dominaba la situación.

–Usted debe tener calor también. ¿Por qué no nada conmigo?

Los músculos de la cara de don Carlos se pusieron rígidos y se quitó las gafas. El corazón de Cristina latió con fuerza; un día iba a ir demasiado lejos y a pesar del cariño que el hombre le tenía a Miguel, la despediría.

–¿Se da cuenta, señorita Ashley, de que su apariencia sería suficiente para escandalizar a casi todos mis amigos? –dijo él–. Las ropas que usa serán muy normales en las playas de Olhao y Faro, o en otros lugares del mundo, pero no en Porto Cedro.

Las mejillas de Cristina ardían; el corazón le latía alocadamente.

–¿Qué le pasa a mi ropa? –preguntó airadamente.

El volvió a ponerse las gafas.

–No deseo tener una discusión sobre eso con usted, *menina* –dijo con una calma que la enfureció aún más.

Cristina se alzó en el borde del barco y, sin decir palabra, se lanzó al agua. Se sorprendió de encontrarla fría. Aunque era más cálida que las aguas de Gran Bretaña que ella conocía, no lo era tanto como la piscina de la Quinta. Sin embargo, se acostumbró después de unos minutos y nadó vigorosamente hacia la orilla. No podía ver a Alfredo, pero la playa parecía invitarla a llegar. Pronto alcanzó la blanca arena y se sentó, mirando a su alrededor. Estaba cansada.

La costa se encontraba mucho más lejos de lo que había calculado. Vio una caverna a poca distancia y decidió explorarla. En el interior, notó un fuerte olor a humedad. Se preguntó si alguien podía permanecer allí unos cuantos minutos. Descubrió con sorpresa varias cajas que se estaban pudriendo en un rincón. ¿Habría descubierto sin querer alguna actividad de piratería o contrabando? Las cajas contenían un polvo gris que caía al suelo en cuanto sus dedos lo tocaban. Vio aún más cajas, en el mismo estado, en la parte de atrás de la caverna, pero decidió no tocarlas.

Ya iba a salir de aquel lugar, pensando que el yate estaría preparándose para partir, cuando divisó a un hombre a la entrada de la cueva. Escuchó un grito de asombro:

–¡Dios mío, Cristina! ¿Es usted?

Cristina se sintió desfallecer al escuchar aquella voz. Era don Carlos. La estremeció la forma salvaje con que las manos de él la tomaron de, los brazos y la sacaron hacia afuera. La miró con brutal intensidad y ojos brillantes de ira.

– *¡Com a breca!* ¿Qué cree que está haciendo? ¿No me oyó llamarla varias veces?

Cristina negó con la cabeza, el cabello suelto y mojado cayéndole sobre la cara. Don Carlos se había cambiado el "short" por un traje de baño, pero aún llevaba la camisa de algodón, empapada y pegada al cuerpo.

–Lo siento –dijo ella en voz baja–, no oí que me llamaban o hubiese contestado. Es que he estado en esta caverna durante unos minutos, mirando unas viejas cajas.

–¡Ah, sí! Es el antiguo arsenal. Desde luego, no tuvo el sentido común de pensar que la echaríamos de menos y que nos preguntaríamos a dónde habría ido.

Cristina trató de dar un paso hacia atrás. El le estaba sacudiendo el polvo suavemente y su pierna desnuda rozaba la de él. No podía soportar su indiferencia ante aquel contacto.

–Pensé que sabía que me había ido a nadar –protestó.

–Pero no tan lejos. Imaginé que volvería al yate, no que vendría hasta la orilla. He estado preocupado, ¿no se da cuenta?

Cristina estaba temblando.

–Nunca pensé que mi desaparición pudiera causarle mucha intranquilidad, y además, considerando que mi apariencia le escandaliza..

–Ahora se burla de mí –dijo él con fiereza. Sus dedos se apretaron aún más sobre sus brazos y la atrajo hacia sí.

Cristina se dio cuenta de que también él temblaba; su piel estaba mojada. Se le aceleró el pulso al mirarle en aquella media luz, pero después desvió la vista. No podía soportar la agonía de estar tan cerca

de él y a la vez tan lejos.

–Salgamos –dijo con la voz más firme que le fue posible.

Don Carlos se pasó la mano por la cicatriz de la mejilla.

–¿Tanto la aterro? –preguntó con amargura–. No se alarme, no la voy a tocar.

Ella le miró intensamente por un momento y ambos salieron por la abertura de la cueva. De nuevo en la playa, respiró con fuerza el aire fresco, tratando de controlar sus emociones.

Hubiera deseado tanto que él la tocara en aquella penumbra, sentir sus manos sobré ella..

pero la aterraba la intensidad de aquel deseo.

Al mirarle a la luz del sol, notó su palidez bajo la tez bronceada. En aquel momento, olvidó todo lo que no se relacionara con él.

–¡Se va a calar hasta los huesos! –exclamó acercándose y mirándole con impaciencia–. ¿Por qué no se ha quitado esa camisa mojada?

Antes de que él pudiera impedirlo, comenzó a desabrocharle la camisa. El protestó con violencia, logrando arrancarle la camisa de las manos, pero ya era tarde; ella había visto lo que quería ocultar. A través del hombro y por todo un lado del pecho, su piel estaba blanca y marcada; marcas de injertos evidentes, en contraste con la piel bronceada que rodeaba la herida. Eran cicatrices mucho peores que las de la cara: pálidas, desagradables a la vista.

–¡Oh, Carlos! –no se dio cuenta de que le había llamado por su nombre de pila. Se quedó observándole con profunda compasión.

La cara de él se contrajo, al comprender el sentimiento que inspiraba. Sus labios se fruncieron en un mohín de sarcasmo.

–Así que ahora ya lo sabe. No es un bonito espectáculo, ¿verdad?

Cristina no hallaba qué decir. Nunca se había visto ante una situación igual. Sentíase demasiado aturdida para enfrentarse a ella.

–No.. no lo sé –murmuró.

–¿Cómo puede saberlo? –comenzó a abrocharse la camisa de nuevo, pero ella extendió las manos con un impulso instintivo y detuvo las de él.

–¡No! ¡No se la deje puesta! Está mojada y fría. ¡Quítesela, por favor!

Carlos miró las manos de ella que tocaban sus brazos.

–No deseo ofender su vista de esta manera –contestó con brutalidad, y ella le miró desesperada, sin saber qué decir.

–A mí no me ofende. Ha sido una sorpresa, sí, pero eso es todo; ya ha pasado –sus ojos imploraban que comprendiese, que la creyese, y él inclinó la cabeza, tomando con sus manos las de la joven y llevándolas a sus labios, para besarlas con pasión.

Cristina sintió una emoción incontenible, al verle inclinarse ante

ella, y cuando él levantó los ojos y la miró, pudo ver que temblaba, pero esta vez no era de frío.

–Gracias –dijo él con la voz enronquecida por la emoción, y dejando caer sus manos, se volvió hacia el mar.

Cristina le vio alejarse, sintiendo una terrible impotencia. Había sido ya mucho para ella, y al fin sus ojos se llenaron de lágrimas. Pero él no debía verla llorar, pues interpretaría mal la causa. Creería que lloraba de pena, cuando en realidad era por una razón más profunda y, desde su punto de vista, mucho más conmovedora. Había oído hablar a sus amigas sobre el amor como algo pasajero, superficial, que podía sentirse brevemente y después se esfumaba.

Muchas de sus amigas de mayor "experiencia" en estas cosas, le habían dicho que era mucho mejor imaginarse que una estaba enamorada, pues el amor en realidad no existía. No podía opinar al respecto. Nunca había tenido más que romances pasajeros y de poca importancia, pero ahora comprendía que todo cuanto le habían dicho era erróneo. El amor no era así. El amor no podía detenerse con facilidad. Era una sensación tan poderosa, que, cuando uno se daba cuenta, estaba ya totalmente atrapado, como el pez en la red.

De vuelta a la Quinta, pidió que se la dispensara de cenar con Carlos y su tía. Quería estar a solas para poder reflexionar sobre los sentimientos que la invadían.

CAPÍTULO 9

LOS DÍAS que siguieron se deslizaron tranquilamente. Don Carlos continuó sus deberes como de costumbre, cenando algunas veces con Cristina y su tía y otras fuera de la casa.

Una noche, Cristina no pudo contenerse y le preguntó a doña Inés:

–Miguel me contó que don Carlos estuvo comprometido con una señorita de apellido Almeida. ¿Son éstos los Almeida con los que cena algunas veces?

Doña Inés se quedó muy sorprendida.

–Miguel no debiera comentar cosas de esa índole –su tono era severo–. ¡Pero en fin! Así es, y los Almeida son viejos amigos de la familia.

Cristina miró con atención su copa de vino.

–Ya veo. Entonces, ¿la señorita Almeida aún vive con sus padres?

Doña Inés frunció el ceño.

–Es usted muy curiosa, señorita Ashley. No veo cómo esto le puede interesar. ¿Qué relación tiene con usted?

Cristina logró controlar su rubor.

–Es cierto, no tiene ninguna relación conmigo. Solamente estoy interesada en saber cómo una mujer así puede vivir a gusto consigo misma.

–Perdone, señorita Ashley, pero no la comprendo.

Cristina recorrió con el dedo el borde de su copa, y siguió indagando:

–Ella rompió su compromiso con don Carlos al ocurrir el accidente, ¿no es así?

Doña Inés abrió los ojos con sorpresa, moviendo la cabeza, impaciente y extrañada.

–Usted parece creer que la señorita Almeida rompió su compromiso con Carlos debido al accidente –dijo con desprecio.

–¿Y no fue así?

–Claro que no –dijo doña Inés con mucha dignidad–. No ocurrió nada de eso. Carlos, y Sara habían estado comprometidos durante años, desde su niñez, cuando iban a la escuela; casi era para ellos un hábito. El hecho de que los anillos fueran devueltos unas semanas después del accidente de aviación, nada tuvo que ver con ello. Es más, siguen siendo muy buenos amigos.

Cristina respiró con alivio.

–Eso no es lo que Miguel cree –dijo con determinación.

–Está usted poniéndose melodramática, señorita Ashley. Y me extraña mucho lo que dice.

Puedo asegurarle que Miguel conoce los hechos tan bien como cualquiera.

AL DÍA SIGUIENTE de este episodio, don Carlos la mandó llamar. Tratando de controlarse y mantener la compostura lo mejor que pudo, Cristina entró en la biblioteca. Como de costumbre, él se levantó y le indicó dónde sentarse. Se acomodó en la silla con graves dudas; no tenía ni la menor idea de sus razones para mandarla llamar. Don Carlos la miró con calma durante unos minutos, y ella aprovechó la oportunidad para estudiarle abiertamente. Vestía un traje de casimir inglés y lo lucía como quien era, un noble portugués. Recordó de nuevo el primer encuentro que habían tenido en la playa y aún ahora no podía dar crédito a su atrevimiento.

–Mi tía dice que ha estado preguntando sobre mi amistad con los Almeida –dijo él, volviéndola a la realidad de inmediato.

Cristina tragó saliva con dificultad.

–Así es.

–¿Y puedo preguntar por qué?

Ella le miró por el rabillo del ojo, temiendo que estuviera molesto por el interés que había demostrado en sus asuntos personales.

–Es que. . Miguel parece creer que su compromiso finalizó como resultado de. .–no podía continuar.

–Quiere usted decir, como resultado directo de mis lesiones –dijo él con voz cortante.

–Sí, eso es.

–¿Y por qué piensa eso?

–Porque él me lo dijo.

Don Carlos dio un ligero puñetazo sobre el escritorio después de este intercambio de frases.

–¿Espera que yo crea eso?

–¿Y por qué no? Es la verdad.

–¡La verdad! –dijo él, con tono sarcástico–. ¿No sería la verdad, decir que la venció la curiosidad y que no pudo resistir la tentación de tratar de averiguar detalles más íntimos de mis lesiones, como la luna no puede resistir seguir al sol?

–No –dijo Cristina poniéndose en pie–. No es cierto. Si siento alguna curiosidad por sus asuntos, es porque se relacionan con Miguel, pero nada más.

Ella sabía que no era verdad, que tenía interés por él y no podía impedirlo.

Don Carlos la miró con frialdad.

–¿Qué es lo que quiere usted saber, señorita Ashley? Creo que soy el más indicado para contestar a sus preguntas.

Cristina apretó los puños.

–Usted me lo hace sentir como algo terrible, traumatizante –casi gritó.

–¿Y no lo es? ¿No fue todo un episodio horrible? ¿Sabe cuánto

tiempo estuvimos Miguel y yo entre los restos del avión, junto a los cuerpos sin vida de mi hermana y su marido?

–Lo hace usted más difícil para mí –dijo Cristina en un susurro.

–¡Tampoco es fácil para mí, por supuesto! –dio la vuelta al escritorio y avanzó hacia ella–.

¿Quiere que le hable de los detalles íntimos de la tragedia, de algo que ya debió haberse olvidado desde hace mucho tiempo?

Cristina estaba consciente de su cercanía. Le sentía, nervioso, junto a ella.

–Pero no ha sido olvidado, ¿verdad?, Miguel no quiere hablar de esto. Sé que cualquier cosa que yo diga es una intromisión en sus asuntos personales, y usted se avergüenza de su apariencia sin necesidad.

El la cogió por los hombros y la acercó hacia sí.

–¿Podría usted soportar el sentir su cara contra la mía, despertar por la mañana junto a alguien que parece más un monstruo que un ser humano?

Cristina tuvo miedo de la ira que había despertado en él. Trataba de liberarse de sus manos.

Nunca lo había visto en semejante estado, ni siquiera aquel día en la playa; le apretaba cada vez más los brazos, con sus manos, como garras de acero, lastimándola. La atrajo contra su cuerpo, oprimiendo el lado de su cara en que tenía la cicatriz contra el rostro de ella. Cristina ya no pudo resistir más. Se abandonó al éxtasis de sentirlo tan cerca, de sentir el contacto de su piel y de aquella cicatriz que tanto le atormentaba. Podía oír palpitar su corazón. Al fin había logrado llegar a lo más íntimo del alma de aquel hombre, derribando las barreras que le separaban del resto de la humanidad.

Los brazos de él la rodearon casi compulsivamente. Una mano deshizo la banda que sostenía su pelo, y ella lo sintió caer, extenderse alrededor de sus hombros. Las manos de don Carlos se deslizaron sobre sus caderas apretando su cuerpo al de él, los labios se movieron por su cara buscando la boca femenina, que se abrió como una flor que ella le dio con todo su ser, con todo el calor de su cuerpo que se transmitía al de él y entonces la cubrió de besos que la quemaban, con mayor urgencia en cada nuevo beso, devorando, destruyendo cualquier oposición que ella pudiera tener al ser amada como una mujer adulta. Cristina había sido besada antes, pero nunca con tanta intensidad, nunca por alguien que sabía hacerlo con tanta pasión y habilidad, que ahogaba en ella toda resistencia y que le despertaba emociones que jamás había experimentado.

El se vio sacudido por un incontenible temblor y, con un murmullo que era casi un lamento de desesperación, se separó de ella bruscamente.

Se pasó una mano por los cabellos y dijo, despreciándose:

–¡Dios, cómo lo siento! Perdóname, no sé lo que me ha ocurrido.

Cristina, débil, a punto de casi no poder tenerse en pie, le acarició la cara con las palmas de las manos y dijo, con todo el sentimiento de que fue capaz:

–¡Oh, no digas eso!

Pensó para sus adentros cómo podía tratar de ignorar lo ocurrido.

–¡Cristina, Cristina, por favor! –su acento, su voz, sonaban cada vez más consternados–. Sé que pedir perdón no es suficiente, pero ¿qué más puedo decir? Tienes todo el derecho a estar furiosa conmigo.

–¿Furiosa? –Cristina movió la cabeza sin saber qué decir–. Dios mío, Carlos, ¿es que no sabes nada sobre las mujeres? ¿No sabes que hay momentos en que decir "lo siento" no basta?

Extendió una mano, para rozarle. No podía impedirlo, no podía controlarse. Pero don Carlos se alejó de ella.

–Creo que tal vez debamos continuar esta conversación en otro momento.

Cristina se sintió invadida por el más profundo desaliento.

–Por supuesto –contestó, con voz inexpresiva–. Tú me dirás cuándo.

Carlos no contestó. Deprimida, Cristina se dirigió hacia la puerta.

Esta vez él no acudió para abrirla, dejándola salir por sí sola.

AL DÍA SIGUIENTE, Cristina trató de continuar la rutina de sus actividades como si nada hubiera ocurrido, pero no podía acallar su tormenta interior.

En una de sus conversaciones con Miguel, él comenzó a explicarle de nuevo por qué no creía que pudiera volver a andar. Cristina sintió que perdía la paciencia con el muchacho por primera vez. Miguel la miró, sin comprender a qué se debía su estado de ánimo.

–¿Qué harías tú –dijo de pronto– si te culparas de la desdicha de alguien?

Cristina suspiró.

–¿A qué te refieres? ¿Me estás diciendo que te sientes responsable de la infelicidad de tu tío?

Miguel bajó la cabeza.

–Yo no he dicho que me sienta responsable de la infelicidad de nadie –dijo con tristeza.

–No, pero se trata de eso, ¿no es así? Crees que el compromiso de tu tío se rompió debido a las heridas que sufrió y te equivocas. De todos modos, no veo por qué has de culparte por el accidente.

–No quiero hablar más de eso.

–¿Por qué no? Creo que ya es tiempo de que lo hagas. No puedo comprender tus razonamientos, Miguel. Tu tío no es un hombre infeliz, ni desdichado. Y si lo es, se deberá a su preocupación por ti.

Miguel la miró directamente.

–¿Y por qué no pueden continuar las cosas como estaban? ¿Por qué has cambiado tú, Cristina?

Sintió que se ruborizaba ante la percepción del muchacho.

–Las cosas no han cambiado –dijo con exasperación–, es simplemente que. . bueno, tú tienes que aceptar, Miguel, que con el tiempo todo cambia y si por alguna razón que sólo tú conoces, te imaginas que la vida de tu tío ha sido arruinada por el accidente, ¿no crees que debes al menos tratar de recuperarte para que él pueda continuar su vida como antes?

–¿A qué te refieres? –dijo Miguel, mirándola fijamente.

Cristina se tocó el pelo nerviosamente, deseando en su fuero interno no haber comenzado aquella conversación.

–A lo que me refiero es. . ¿No has pensado que tu incapacidad puede ser una barrera entre él y una mujer? ¿Que tal vez él no piense en su propia felicidad hasta que tú. .? –no pudo continuar; aquel aspecto de la cuestión se le hacía cada vez más difícil y ahora sabía que no debió haberlo mencionado.

–Quieres decir. . ¿crees que alguna mujer pudiera quererle, casarse con él, a pesar de sus cicatrices? –Miguel la miró, auténticamente sorprendido.

Cristina se sintió acometida de súbita ira.

–Por supuesto que cualquier mujer lo haría –exclamó–. ¡Por Dios, Miguel! ¿Sugieres que el hecho de que tu tío tenga una cicatriz en la cara anula todas sus posibilidades de matrimonio?

Miguel se sintió incómodo.

–Bueno, ¿sabes?, no es sólo su cara.. y es que las personas son tan. .

A Cristina ya la enfermaba la conversación y se arrepentía de haberla comenzado.

–El aspecto físico de una persona tiene muy poco que ver con su atractivo, Miguel. Te darás cuenta cuando seas mayor. Y te engañas si crees que el accidente de aviación ha tenido un efecto desastroso en los asuntos amorosos de tu tío.

–Pero, ¿crees que yo soy un estorbo para él?

–¡No he dicho eso!

–No, pero es lo que querías decir.

Cristina dejó caer las manos con desaliento.

–Entra en la piscina. Tal vez no debieras pensar tanto y actuar más. Demuéstrale a tu tío que puedes mover esos músculos. Con la terapia apropiada, estoy segura de que puedes dejar esa silla. No creo que sea sencillo, no creo en curas milagrosas, pero hay tanto que se puede hacer hoy en día, la ciencia está tan avanzada..

Miguel le dirigió una profunda mirada.

—¿Y si yo te dijera que mi padre fue el responsable del accidente? —añadió de improviso.

Cristina le miró, sorprendida.

—¿Qué dices? No te comprendo.

Miguel apretó los puños y repitió:

—Mi padre fue el responsable; él se empeñó en llevar los controles del avión después de haber bebido demasiado.

—¡Ah! Entiendo..

—No fue un vuelo normal. Era el avión privado de mi tío Carlos. El nos llevaba a mis padres y a mí a Marsella, de vacaciones. Cuando mi padre insistió en pilotar el avión, ocurrió el accidente. Fue horrible; mis padres murieron al instante. Tío Carlos y yo sobrevivimos. El aparato se incendió. . —se cubrió la cara con las manos, pero no lloró; al menos, no pareció hacerlo.

Cristina comprendió que una emoción muy fuerte le invadía en aquel momento, y durante unos minutos permaneció en silencio.

—¿No has hablado de esto con tu tío? Las circunstancias indican que él sería la persona adecuada para compartir tu pena y tu preocupación al respecto.

Miguel parecía ahora más calmado.

—¿Cómo podría? Al principio, mi tío estuvo en el hospital varios meses. Tuvo que sufrir muchas operaciones; sus heridas eran peores que las mías, y como resultó muy afectado por el fuego, tardó mucho tiempo en recuperarse. Cuando regresó a casa, terminó su compromiso con Sara. Quedó amargado. Pensé que el motivo era que sentía tristeza al verme aquí, que yo era un recuerdo de aquello y de. . todo lo demás. Según pasaban los días cada vez era más difícil, ¿comprendes? Mi tío no mencionaba el accidente y yo no sabía cómo hablarle de él. ¿Puedes comprender lo que estoy diciendo?

Cristina asintió muy lentamente, con la cabeza. Estaba empezando a comprender. Ya conocía algo de la introversión de don Carlos. Sabía cómo los días podrían convertirse en semanas, y las semanas en meses, y cómo cada minuto hacía que la distancia fuera más difícil de salvar.

Tres años antes, cuando ocurrió la desgracia, Miguel sólo tenía doce años, pero ahora no sabía cómo hablarle a su tío, cómo acercarse a él, quizás debido a su parálisis y a la situación de abatimiento en que se encontraba. Don Carlos, a su vez, no sabía cómo hablarle a él.

Ambos eran víctimas de su propia sensibilidad, lo que les había distanciado paulatinamente.

—Pero todavía no puedo comprender por qué tú no has querido volver a andar —insistió Cristina, sabiendo que tenía que obtener toda la verdad del muchacho antes de que volviese a encerrarse en sí mismo.

Los dedos de Miguel se cerraron alrededor de los brazos de la silla con fuerza.

–Yo he creído, y aún creo, que mi tío me culpa por ser el hijo del causante de su desgracia.

–¡Miguel! –exclamó Cristina.

–Tú no lo puedes comprender; no puedes entender por qué me siento así. Verás cómo pasó: mi tío Carlos no quería que mi padre tomara el control del avión; quería pilotarlo él. Sabía que mi padre no estaba capacitado para hacerlo y, a pesar de que él quería mucho a mi madre, su hermana, no se llevaba bien con mi padre. Yo no comprendí lo que ocurría con mi padre; me di cuenta de que estaba ebrio, pero le rogué a mi tío que le dejara guiar el avión, pensando que así podría demostrar que sabía hacerlo. Mi tío, por cariño a mí, le dejó hacerlo y entonces. .

–¡Oh Miguel! –le interrumpió Cristina–. ¡Tú no fuiste responsable por eso que dices!

Ahora ella comprendía cómo había ocurrido todo. Don Carlos, siempre controlando la situación, pilotando el avión con el perfeccionismo que le caracterizaba. Teresa, su hermana, su marido Raúl y Miguel, de pasajeros. Podía comprender los ruegos del muchacho, el deseo lógico de que su padre probase que era tan capaz como su tío.

A Miguel le temblaban los labios.

–Tal vez no fui directamente responsable –admitió con voz entrecortada–, pero después comprendí que yo era el único que no había sufrido una lesión permanente. Mis padres estaban muertos, mi tío, marcado de por vida. Sólo yo había escapado.

–Pero tú estabas paralizado, Miguel.

–Lo sé, pero los doctores dijeron. que yo me recuperaría paulatinamente.

En aquel instante, Cristina lo vio todo con claridad. La apatía, la depresión, el bloqueo mental del muchacho, su deseo de mantenerse paralítico para pagar lo que él consideraba su culpa.

–¿Y no ves ahora cuan inútiles han sido tus esfuerzos, Miguel? Este miró al suelo, sin poder sostener la mirada de Cristina. –¿Quieres decir que mi tío Carlos quiere que yo camine de nuevo?

–Por supuesto que sí, Miguel –le dijo Cristina inclinándose hacia él–. ¡Por lo que más quieras, tienes que creerme!

CAPÍTULO 10

A LA MAÑANA siguiente, Cristina se levantó con un dolor de cabeza muy fuerte. Sentía la lengua seca e hinchada, y aunque se levantó y se vistió, casi no podía moverse. Cuando llegó la sirvienta a poner, como de costumbre, la bandeja del desayunó en su mesilla, se quedó sorprendida al ver el aspecto de la muchacha.

– *¡Senhorita!,* ¿Está enferma?

–No sé, no me siento muy bien.

–*Nao,* está muy mal, *senhorita.* No debía estar levantada en ese estado.

Cristina pensó en la conversación sostenida la noche anterior con Miguel.

–Pronto estaré bien. Probablemente tenga un ligero resfriado.

La sirvienta, observándola dubitativamente, dijo:

–Le avisaré a doña Inés.

–Por Dios, no le diga nada. Con dos aspirinas me pondré bien.

La mujer volvió a mirarla, llena de incertidumbre, antes de marcharse. Cristina regresó a la cama, levantó una mano para cubrirse los ojos y protegerse del brillo intenso de los rayos del sol. Qué injusta era la vida, pensó. Ahora, cuando empezaba a hacer verdaderos progresos con Miguel, había tenido que enfermar. Sólo pensar en ponerse el traje de baño y meterse en la piscina, le daba escalofríos.

Cristina debió quedarse adormecida por la fiebre; se despertó cuando llamaron a la puerta.

Unos minutos después doña Inés entraba en la alcoba y Cristina se sentó rápidamente en la cama. Al hacerlo, el dolor martirizó sus sienes por el brusco movimiento. Se oprimió la cabeza con las manos.

–Buenos días, señora, ¿qué puedo hacer por usted? –preguntó.

Doña Inés avanzó hacia la cama y le tocó la frente, que ardía por la alta temperatura. Le indicó a la sirvienta que saliera.

–No podrá ver a Miguel con esta fiebre –dijo.

–No había pensado en eso. Creí que solamente tenía un ligero resfriado. No es nada serio, señora.

–Aún así, es obvio que no está en un estado apropiado para ver al chico. He mandado llamar al doctor Domínguez. El dirá lo que hay que hacer.

–¡Oh! no será necesario. Como le digo, sólo es un resfriado sin importancia.

–¡Veremos! No deseo correr ningún riesgo en lo que se refiere a Miguel.

Cristina notó con pena que en ningún momento doña Inés se mostró preocupada por su estado. A nadie le importaba lo que pudiera pasarle. Sólo tenía a Bruce y él, a su vez, tenía a Sheila, y ésta siempre

se interpondría entre los dos. Fue en aquellos momentos cuando se dio cuenta de lo sola que estaba.

Al salir doña Inés de la habitación, Cristina se hundió en las almohadas. Deseó levantarse y vestirse de nuevo, pero se sentía demasiado débil. Una ola de silencio la envolvía y tenía sólo deseos de llorar y llorar sin descanso.

El doctor Domínguez era un hombre encantador. Después de examinarla, diagnosticó un virus que, según dijo, pudo haber cogido en la playa. Sin embargo, aclaró que no había razón para alarmarse y que no era contagioso, pero que tenía que permanecer en cama unos cuantos días, mientras los antibióticos que le recetó hacían su efecto.

En los tres días que siguieron Cristina no supo gran cosa de lo que ocurría a su alrededor. Se los pasó con fiebre muy alta, casi inconsciente, amodorrada todo el tiempo. Pero al atardecer del cuarto día, ya estaba junto a las ventanas, disfrutando de la vista y del perfume de las flores que había en su balcón. Eran ya más de las seis cuando entró doña Inés. Traía puesto un vestido de seda negro y el pelo recogido en la nuca. Al verla entrar y avanzar hacia ella, se preguntó si alguna vez no se habría sentido atraída hacia su sobrino. El parentesco de ambos era político, no de sangre; había sido la esposa del tío de Carlos, hombre mucho mayor que ella.

Doña Inés la observaba mientras tanto.

–Bien, señorita Ashley, ¿se siente usted mejor? Domínguez me dice que ya está casi recuperada.

–Sí, gracias –dijo Cristina con una sonrisa–. El cree que podré levantarme en unos días.

–Muy bien, ¿verdad? –contestó doña Inés.

Cristina asintió.

–He echado de menos a Miguel.

Doña Inés frunció el ceño.

–A Miguel..

–Sí, desde luego. ¿Cómo está él?

Doña Inés hizo una pausa y la miró con atención.

–Han ocurrido muchas cosas, señorita, mientras ha estado usted enferma.

–¿Qué cosas, señora?

–Con la ayuda de Alfredo Seguín, Miguel se ha metido en la piscina.

Cristina abrió los ojos, sorprendida.

–¿Quiere decir que Miguel entró en el agua?

Doña Inés inclinó la cabeza.

–A eso me refiero, señorita.

Cristina se sintió invadida de una inmensa alegría.

–¡Qué maravilla! ¿Ya lo sabe su tío?

–Sí, por supuesto que don Carlos lo sabe.

El tono de la voz de doña Inés era desagradable. Cristina no pudo dejar de presentir que algo que no iba a gustarle estaba a punto de ocurrir.

–Y. . ¿qué ocurrió? –preguntó con interés.

Doña Inés la miró con expresión impenetrable.

–El, desde luego, estuvo encantado. Es una gran pena que un logro tan importante ocurriese cuando usted estaba en cama, enferma.

La ansiedad de Cristina crecía por momentos.

–¿A qué se refiere usted?

–Es obvio, señorita. Miguel ha dado el primer paso hacia una recuperación segura, sin la ayuda de nadie.

Cristina se quedó atónita. ¿Sería posible que ellos lo interpretaran así? ¿Era así como Miguel había deseado que ellos lo interpretaran? No se decidía a decirle que en otras ocasiones él había estado en el agua, que habían hecho juntos un esfuerzo combinado para llegar a aquel triunfo.

–Ya veo –dijo Cristina débilmente.

Doña Inés suspiró con aparente satisfacción.

–Como es natural, todavía hay mucho que hacer, pero don Carlos ya contrató a un fisioterapeuta de Lisboa, y está gestionando traerlo a Porto Cedro para que vea a Miguel. En fin, ya sólo nos queda esperar que la recuperación sea completa.

Cristina se sentía enferma, pero ahora ya no era únicamente una sensación física. Doña Inés se levantó.

–Me imaginé que le agradaría saberlo. Después de todo, usted ha estado muy relacionada con todo lo referente a Miguel en las últimas semanas y es una pena que no estuviera presente para ver la culminación de nuestras esperanzas.

–Así es. . –Cristina no tenía otra cosa que decir.

–Pero, en fin, aún le quedan varias semanas de vacaciones. Tal vez sea una oportunidad para estar con su hermano y su cuñada. Después de todo, a eso vino usted a Porto Cedro, ¿no es así?

Cristina asintió, muy abatida. La actitud fría e indiferente de doña Inés no la dejaba mucho que añadir.

–¿Quiere decir que desea que me vaya, señora? –inquirió lenta, pero claramente.

Doña Inés tuvo el tacto de fingir desconcierto.

–Yo no he dicho eso exactamente, señorita, pero ya que lo sugiere, comprenderá que su presencia aquí crea algunas dificultades, puesto que Miguel se halla en vías de recuperación.

Es posible que don Carlos invite a unos amigos a la casa, y también tendremos al fisioterapeuta que le he mencionado.

–Sí, comprendo, y como usted dice, ya no tengo ninguna función

específica que cumplir.

–Me alegro de que lo entienda usted así –por primera vez, desde que había entrado en la habitación, doña Inés sonrió–. ¿Cuándo debo decirle a don Carlos que desea marcharse?

–¿Le parece bien que me vaya mañana?

Doña Inés se quedó sorprendida.

–Pensé que tal vez quisiera ver a Miguel antes de irse.

–No. Ya que Miguel se ha desenvuelto tan bien durante mi enfermedad, creo que será mejor, dejar que las cosas sigan como van. Después de todo, el despedirme de él pudiera alterarle.

–Si usted así lo desea.. sólo me resta darle las gracias por todo. Sé que Miguel ha disfrutado mucho de su compañía –diciendo esto, salió, cerrando la puerta tras de sí.

Cristina terminó el día en un completo estado de depresión. Jamás se había sentido tan desolada. No sabía qué hacer, ni qué pensar, ni qué decir. Aquella noche no pudo dormir y a solas, su menté evocaba una y otra vez la imagen de don Carlos.

De pronto, oyó voces en el patio, debajo de su habitación. Eran voces suaves, pero a sus nervios tensos, alertas, no escapaba ningún sonido. Se deslizó de la cama, dirigiéndose a la ventana para mirar hacia abajo. Vio a una mujer vestida muy elegantemente, caminar hasta el borde de la piscina y mirar hacia el agua. Era una mujer que Cristina no había visto antes; esbelta, de pequeña estatura, de largo pelo negro que brillaba a la luz de la luna, cayendo sobre su cuello delicado. Vestía un fino vestido de noche de una tela muy suave, que parecía flotar alrededor de sus tobillos. No pudo ver su cara, pero observó llegar a don Carlos con dos vasos en la mano, uno de los cuales ofreció a la mujer. Ella se lo agradeció con mirada afectuosa y comenzaron a hablar tranquilamente. Cristina comprendió que aquella tenía que ser la mujer de la que tanto había oído hablar. Sara Almeida, la que había estado comprometida con don Carlos. En aquel instante, la mujer levantó una mano y acarició la mejilla masculina. Cristina no quiso ver más; se volvió con rapidez y se echó a llorar en su cama. Estaba perdida en un mundo de desesperación total y se había extinguido su última razón para quedarse en la Quinta. Sólo deseaba escapar de allí cuanto antes.

A LA MAÑANA siguiente, se levantó se vistió muy temprano y cuando la sirvienta le trajo el desayuno la miró sorprendida al ver que estaba lista para partir.

–Así que ya se va usted, señorita –exclamó.

–Sí –dijo, tratando de esbozar una sonrisa–. Puede decirle a Seguín que me espere a las diez y media. Yo bajaré entonces, y por favor, avísele a don Carlos que tengo que verle un momento antes de irme.

La criada movió la cabeza, apenada.

–¿No verá al *menino?*

–Sí.. naturalmente.

La criada la miró confundida antes de irse.

Cristina trataba de desayunar y de serenarse, cuando alguien llamó a la puerta. Unos segundos después, entraba la última persona que ella esperaba ver en aquel momento: don Carlos. Este avanzó a través de la estancia, mirando las maletas fijamente, y luego a ella con mirada dura.

–¿Qué es lo que ocurre aquí?

Cristina suspiró con tristeza.

–Creo que es obvio: Me voy, señor.

–Puedo ver que esa es su intención. Lo que le pregunto es por qué.

Cristina extendió una mano como pidiendo ayuda.

–Pensaba ir a verle. ¿Cómo supo.. ?

–Oí a la sirvienta decir al ama de llaves que le enviara un mensaje a Seguín y que a las diez y media se iría usted al Hotel Inglés –respiró hondo; parecía estar tratando de recuperar su compostura–. Ahora dígame, ¿qué es lo que ocurre?

Cristina se sirvió un poco más de café. Le temblaban las manos.

–Doña Inés me dijo que Miguel ya había entrado en la piscina con Seguín, y que todo está arreglado para que usted enviara por un fisioterapeuta y empezar su cura.

–¿Y. . ?

–Ya no soy necesaria aquí. Quiero decir, mi único propósito era el de animar a Miguel para que iniciase el tratamiento y ahora que esto ya ha ocurrido..

–Yo la he empleado, y yo decidiré el momento en que deba retirarse –contestó don Carlos con firmeza.

Cristina tuvo que esforzarse para tomar un sorbo de café y después le miró a la cara.

–¿Es que va a hacer que me quede en contra de mi voluntad?

–Tengo que hacerlo. Yo pensé que quería ayudar a Miguel.

–¡Lo he hecho! Y ya que de esto se trata, no puedo fingir más. No me puedo quedar más aquí, cerca de usted –volvió la cara, sintiendo que le ardía.

–¡Por amor de Dios, Cristina! ¿Es eso cierto? –dijo él con voz afligida–. Yo no tenía ninguna idea, nunca creí. . –su voz se entrecortó. No pudo continuar, y cuando habló de nuevo, lo hizo en un tono sereno–: Si así es como se siente, no le pediré que se quede.

Cristina volvió la cabeza lentamente.

–¿Usted me comprende? –preguntó con incredulidad.

–Por supuesto –su tono era helado–. Le tendré su sueldo listo y se lo enviaré.

Se dirigió lentamente hacia la puerta.

–Y ahora, con su permiso.. –dijo al salir.

Cristina, aturdida, era ya incapaz de reaccionar. ¡Pensar que después de todo lo ocurrido, él se sentía capaz de dejarla ir de su vida sin ni siquiera pedirle que se quedara! Volvió la cabeza con desesperación. Había hecho bien en tomar la decisión de irse. . no tenía nada más que hacer allí. Sólo quedaba el problema de Miguel.

Arregló su cuarto y llevó las maletas abajo. Se hacía tarde. Sabía que Miguel a aquella hora estaría tomando sus clases con el señor Pérez. Decidió que no podía partir sin despedirse de él. Fue hasta su departamento, encontrándose con el señor Pérez en el pasillo.

–Sí, señorita, ¿puedo ayudarla? –le preguntó el preceptor–. Cristina miró hacia la puerta de Miguel, como había hecho –parecía ya mucho tiempo atrás– el primer día de su estancia en la Quinta.

–Me marcho. Sólo he venido a despedirme.

El señor Pérez frunció el ceño.

–Sí, ya me había enterado de su partida; doña Inés me lo dijo anoche.

Cristina trató de sonreír.

–¿Dónde está Miguel?

–Está trabajando, señorita, y creo que debo decirle que a don Carlos no le parece bien que usted vea a Miguel antes de irse. Cree que no es una buena idea.

–¿Porqué?

El señor Pérez levantó una mano para indicar que deberían hablar más abajo.

–Don Carlos considera que su forma precipitada de irse puede ser nociva para el muchacho en este momento. Miguel cree que usted está enferma, en sus habitaciones. Don Carlos piensa que será mejor que él lo siga creyendo así. De este modo, gradualmente, según el recuerdo suyo se desvanezca y otras actividades ocupen su lugar, entonces le dará la noticia de su partida.

Una vez que el señor Pérez terminó de hablar, Cristina estaba más pálida que antes.

–¿Cuándo le dijo esto don Carlos?

–Hace unos momentos, señorita.

Cristina suspiró. Si Pérez hubiera dicho que la noche anterior, ella sabría que estaba mintiendo. Carlos no sabía que ella se iba hasta hacía una hora.

–Entiendo. Por supuesto, usted está de acuerdo con don Carlos.

–Sí, señorita. Después de todo, no le hará ningún bien a Miguel que usted le diga que se va.

Solamente le perturbaría sin necesidad. Como usted sabe, le ha tomado mucho cariño.

Cristina pensó que estas últimas palabras eran sólo para dorarle la

píldora, pero ya no tenía deseos de discutir. Carlos tenía razón. Miguel se deprimiría con la noticia de su partida. Tal vez sería mejor darle las malas nuevas después, cuando ya se hubiera hecho a la idea de que no iba a disfrutar más de su compañía.

–Está bien –convino, encogiendo los hombros. Había perdido peso en los últimos días y sus huesos se marcaban a través de la delgada tela de su suéter.

–Me alegro de que comprenda –dijo Pérez, complacido, y Cristina deseó por un momento no hacerle caso y entrar a ver a Miguel.

Pero sólo fue un deseo pasajero. Se alegraba de que Miguel fuera capaz de actuar por su propia iniciativa.

No vio a don Carlos antes de partir. Doña Inés salió a despedirse de ella; cortésmente le dio la mano cuando subió al elegante automóvil.

Se sentía sin fuerzas al entrar en el coche, que la llevaría hasta el hotel de su hermano.

Bruce y Sheila aceptaron su regreso casi con indiferencia. Ellos, obviamente, no podían suponer ningún otro motivo para su regreso que la creciente recuperación de Miguel, lo que les pareció una razón convincente.

En los días que siguieron, Cristina evocaba las semanas pasadas como si surgieran de la bruma de un sueño, y aunque persistía aquella tristeza que parecía ya permanente en su corazón, no había signo exterior que indicase el estado precario de sus emociones.

Reanudó su amistad con Julio; el joven la llevaba gustoso a nadar y a practicar diversos deportes que la distraían en parte. Hicieron varias excursiones en el barco de Bruce, con él y con Sheila.

Hacía un calor sofocante y Cristina había adquirido un tono de piel muy bronceado, pero todavía no había recuperado su peso normal. María constantemente le llamaba la atención por lo poco que comía, insistiendo en que debía alimentarse más. Ella no sentía apetito y se resistía. Sólo deseaba regresar a Londres, pero al mismo tiempo temía dar aquel inevitable paso.

Una tarde, se encontraba en la bahía, cuando se oyeron truenos distantes y se vieron nubes de tormenta de un tono gris oscuro en el cielo. Cristina, siempre temeraria, decidió pasear por la playa, hasta llegar al muro de roca que dividía la playa pública de la de don Carlos.

Con un impulso repentino, se metió a través de las rocas y emergió en la playa privada. Re-costándose contra el arrecife, miró a lo largo de la arena hacia el lugar que daba acceso a la Quinta. ¿Cuántas veces, se preguntó, habían usado ella y Miguel aquel camino? ¿Cuántas veces nadó en aquella playa, donde al principio había sido una intrusa? "Y lo eres ahora de nuevo", le dijo una voz en su interior. Ella no debía estar allí aunque notó con sorpresa que don Carlos no

había hecho tapar aquella brecha entre las rocas.

La tormenta no se hizo esperar. Comprendió que no podía regresar al hotel de su hermano a tiempo; el agua caía ya en una gruesa cortina y el viento azotaba con fuerza el mar y las rocas. La arena se levantaba con violencia, llevada por el aire. Cristina se refugió bajo una de las rocas. Comprendió que tendría que quedarse allí hasta que pasara la tormenta. Cuando finalmente pudo salir, se dirigió otra vez hacia la playa pública. Iba llegando a la bahía, cuando, al acercarse, vio muchas luces y actividad. La sorprendió que hubiera tantas personas, reunidas a aquella hora de la noche, sobre todo después de una tormenta tan violenta, durante la cual nadie habría quedado sin buscar dónde guarecerse. Algo había ocurrido, tal vez alguna desgracia. Por fin, pudo distinguir a Sheila, llevándose un pañuelo a los ojos, y a Bruce que le pasada un brazo por los hombros. Pero fue el hombre parado junto a ellos quien llamó su atención. Un hombre alto, delgado, de tez morena cuyos pantalones impecables y suéter sport azul marino estaban manchados y cuyo pelo, usualmente tan bien peinado, le caía suelto por la frente. .

La invadió una terrible ansiedad. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué estaba allí Carlos Ramírez?

Debía haberse producido un accidente fatal. ¡A Miguel, tal vez! Con el corazón palpitándole con fuerza insoportable se acercó. Los tres la vieron casi al mismo tiempo. Cristina se detuvo desconcertada. La miraban atónitos. El primero en reaccionar fue Carlos que se adelantó y la tomó por los hombros.

– *Meu Deus,* Cristina, ¿dónde has estado? ¿No te das cuenta de que creíamos que te habías ahogado? –No pudo continuar. La sacudió con impaciencia, mientras el pelo mojado le caía sobre la frente.

Bruce se unió a ellos.

–¡Por favor Cris! ¿Qué te ha pasado? ¿Sacaste nuestro barco "El Fantasma" al mar?

Cristina oyó a Sheila llorar, ahora sin contenerse.

–Lo siento, de verdad que lo siento –comenzó a decir Cristina.

Carlos la interrumpió.

–Pero, ¿dónde has estado?

Ella notó su palidez sobre la tez bronceada. Comprendió que no le importaba tener como público a unas cuarenta personas que observaban cómo reaccionaba con la desaparición de la hermana del dueño del Hotel Inglés, cosa bastante significativa.

–¿Estás bien? ¿No estás herida? —le preguntaba Carlos angustiosamente.

–No. Estoy muy bien. .

–Doy gracias a Dios por ello. Ven, no podemos hablar aquí. Vengan todos a mi Quinta, allí hablaremos. Tengo algo que decirles.

Bruce tomó a Sheila del brazo y juntos caminaron hacia el lujoso convertible de don Carlos.

Cristina estaba demasiado perpleja para saber qué estaba pasando. Se volvió a Bruce y le preguntó:

–¿Qué pasa? ¿Por qué pensabais que me había ahogado o que me llevé "El Fantasma"?

Don Carlos la ayudó a sentarse en el asiento delantero, sin darle oportunidad a protestar.

–El barco de tu hermano fue encontrado destrozado contra las rocas, lejos de la costa –le dijo claramente.

Cristina se quedó boquiabierta y miró a Bruce.

–Pero, ¿cómo. .?

–Eso es lo que nos gustaría saber –respondió Sheila furiosa.

–Lo sabrán a su debido tiempo –observó don Carlos con frialdad–. Por favor, suba al coche, señora.

Sheila no tuvo más remedio que hacer lo que le ordenaba. Bruce se sentó junto a ella, mientras don Carlos se ponía al volante.

Al llegar a la Quinta, doña Inés salió al pasillo al oírlos llegar y se dirigió a Carlos con desagrado.

–¡De modo que has ido en el yate a buscar a Cristina! ¡Eres un estúpido, Carlos!

El sólo la miró con frialdad, agarró a Cristina por el brazo y la atrajo hacia sí. Cristina no comprendía lo que estaba ocurriendo.

–Ven –le dijo Carlos–, quiero hablar contigo.

Doña Inés hizo una mueca de disgusto.

–Bien –dijo–. ¿Vas a continuar con ese proyecto absurdo?

Carlos oprimió el brazo de Cristina, llevándola hacia su estudio. Se volvió a doña Inés.

–Haz el favor de atender a los señores Ashley hasta que yo vuelva.

Cuando comenzó a cerrar la puerta tras ellos, Cristina pudo oír a doña Inés, repitiendo:

–¡Eres un estúpido, Carlos! ¡No puedes tomar esa decisión!

–Será mejor que no digas nada más sobre el particular, Inés.

Ella trató de comenzar una nueva frase, pero Carlos fue terminante.

–¡Por favor! ¿No has hecho ya suficiente?

Le miró como si la hubiera golpeado físicamente y entonces, pareció recuperar toda su dignidad.

–Muy bien. En ese caso, yo me iré.

–Como quieras. No puedo obligarle a que le quedes.

Cristina había estado consciente lodo el tiempo de la mano de Carlos en su brazo y no acababa de entender el significado de lo que escuchaba, ni de toda aquella escena. ¿Qué significaba aquello?

Carlos cerró la puerta del estudio y sin darle tiempo a pronunciar

una sola palabra, comenzó a hablar.

–Estoy seguro de que tu hermano no aprobará mi comportamiento en este momento, pero tengo que arriesgarme; debo hablar contigo a solas.

–¿Sí? –dijo Cristina, temblorosa.

–¡Sí! –respondió él, y la miró largamente, hasta que ella no pudo sostener su mirada.

–Escucha –dijo ella–. Yo se que os habéis preocupado todos y lo siento muchísimo, pero nunca creí. . Estaba oculta bajo unas rocas en la playa privada de tu Quinta; no podía salir.

Carlos se pasó la mano por la frente.

–¡Dios mío, Cristina! No tienes idea de la ansiedad que nos has causado a todos. .

–Lo sé. No lo pude evitar; llovía con tal violencia que me era imposible salir, tenía que esperar a que escampara. Pensé que Bruce se preocuparía, pero no imaginé que tú también..

–se mordió los labios, muy nerviosa, comprendiendo el alcance de sus palabras.

–No –dijo él duramente, yendo a reclinarse contra su escritorio–. No, tú no has pensado que yo podría enterarme y estar preocupado.

–¿Cómo podía pensarlo? Nadie sabía que yo estaba en la playa.

Carlos la miró con expresión seria.

—Sin embargo, yo sí lo sabía, y yo sí estaba muy preocupado. Oíste a Inés preguntar si había sacado el yate, y era porque cuando supe que te habías perdido, también supe lo que tenía que hacer.

–¿Bruce te dijo que "El Fantasma", su barco, se había perdido también?

–Desde luego. Fui, como Inés acaba de decir, un estúpido.

Cristina se movió inquieta.

–Pero, ¿cómo lo supiste? ¿Cómo se puso él en contacto contigo? No creo que se haya imaginado que yo estaba en la Quinta.

–Bruce no se puso en contacto conmigo, Cristina. Yo me puse en contacto con él.

–Pero, ¿por qué?

–Quería verte.

–¿Con qué motivo?

El se encogió de hombros.

–Quería hacerte una proposición.

–¿Qué clase de proposición?

–Quería pedirte que regresaras a la Quinta. Pero esta vez de forma permanente.

–¿Cómo? No podría hacerlo. La universidad. .

–¡Ah, sí, la universidad! Claro, tú te negarías, sin duda.

–Pero, ¿qué quieres decir con que me negaría? ¿Ya no tienes

interés en hacerme esa proposición?

–No –se pasó la mano por la mejilla–. No, me doy cuenta de que no sería aceptable para ti.

La angustia de Cristina iba en aumento.

–¿Para qué me querías tú aquí.. para siempre?

–Sí.. ¡Para qué!. .–murmuró él con amargura.

–Por favor, Carlos, habla claro.

Fue tal vez el uso inconsciente que ella hizo de su nombre de pila, lo que le hizo reaccionar, o tal vez la tensión que ambos habían sufrido. Cristina no lo supo, pero él se volvió hacia ella y cuando la tomó en sus brazos, ella no opuso resistencia.

–Me vas a odiar por esto –dijo él, muy cerca de los labios de ella–, pero tengo que tenerte en mis brazos una vez más. Te amo, Cristina, te adoro.

Cristina no podía dar crédito a sus oídos. Creyó que él se había emocionado al verla a salvo y que no sabía lo que decía. Se contentaba con mantenerse cerca de él, con ceñirse a su cuerpo y sentirlo junto a sí, junto a su corazón. Los labios de él buscaron los suyos y destruyeron la última barrera de inhibiciones que pudiera sentir. Lo besó con lodo el amor, con toda la pasión contenida que había dentro de ella. El la apartó sólo lo suficiente para poder mirarla con ojos encendidos de pasión.

–¿Por qué me haces esto, Cristina? ¿No sabes que el besar así a un hombre que te quiere le enloquece, o eres tan niña que no te das cuenta?

–No soy una niña Carlos, nunca lo he sido.

–Entonces, ¿por qué haces esto? –sus dedos le apretaban los hombros hasta causarle daño–.

¿Es que te proporciona algún extraño placer el atormentarme?

–¡Atormentarte a ti! –dijo Cristina.

–Me has atormentado desde que te vi, *amada,* y aún ahora me has besado de una forma cruel, cuando yo sé que no te puedo dar lo que quieres.

–Carlos, ¿qué quieres decir?

–Que tú eres tan joven, Cristina, que tienes una vida frente a ti, y que yo te estoy pidiendo que dejes tu carrera y tu vida en Inglaterra para venir aquí, a la Quinta.

–Pero Carlos.

El puso los dedos sobre sus labios sin dejarla terminar.

–Por favor, déjame terminar a mí. Te comprendo, y por ello te pido que me perdones si te he asustado.

–Pero si tú no me has asustado, Carlos. ¿Qué quieres de mí? ¿Que sea una compañera para Miguel, o qué?

–¡Dios mío, Cristina! ¿Y tú me preguntas eso?

Cristina movió la cabeza de un lado a otro.

–Por favor, dime: ¿Qué quieres de mí?

Carlos la soltó bruscamente.

–¿Es que quieres que me arrastre, quieres que te ruegue de rodillas? ¿Crees que no lo haría si estuviera seguro de tu reacción? –dijo él, dándole la espalda.

Cristina miró con amor aquella figura inclinada. Ya no podía ocultar lo que sentía por aquel hombre. Sin detenerse a considerar las consecuencias de sus acciones, avanzó hacia él, le pasó los brazos por la cintura desde atrás y oprimió su cabeza contra su espalda.

–Si me quieres a mí, por mí –murmuró–, entonces me quedaré para siempre, voluntariamente.

El se volvió hacia ella.

–¿Por qué me lo dices? ¿Estás bromeando?

–¿Te parece una broma?

El movió la cabeza lentamente.

–Pero, cuando te fuiste, ¿no dijiste que no te querías quedar cerca de mí? No, Cristina, no dejes que el calor de este momento te haga decir cosas que no sientes. ¡Una vez que yo crea tus palabras, nunca más te dejaré ir!

Cristina sintió que su garganta se secaba; ya no podía pensar coherentemente.

–Tú me dejaste ir a mí –protestó ella.

–Por supuesto. No podía creer lo que estabas haciendo, manchándote de la casa de aquella manera.

–Pero es que doña Inés. .

La mirada de él se ensombreció.

–Así que ella también tuvo que ver con tu partida.

–Bueno.. tal vez no.

–Dime la verdad.

–Me dijo que Miguel estaba recuperándose y que mis servicios no eran ya necesarios.

–¡Pero si tu fuiste la que logró que Miguel intentara recuperarse! Naturalmente, yo creí que querrías quedarte y ver la culminación de nuestras esperanzas.

–Y así era.

–Ya, pero Inés te dijo que te fueras –la voz de Carlos sonaba tensa, amenazadora.

Cristina contestó, confusa:

–Tal vez yo también estaba dispuesta a creerla.

–¿Pero no te dijo ella lo contento que yo estaba? ¿Y cómo Miguel nos había hablado de tus esfuerzos?

–No, eso no me lo dijo.

–Pero Miguel sí. Estaba ansioso de hacerlo. Lo apenaba que no

estuvieras con él; después, trató de hacer las cosas a su manera para darte una sorpresa con sus progresos, Cristina sonrió.

Ahora Carlos movió la cabeza:

–Y tú dejaste que Inés lo despidiera y todavía cuando fui a verte me dijiste que te ibas por mi culpa –sus dedos recorrieron la cicatriz de su mejilla– ¿Por qué? ¿Fue, como sospeché, por las horribles marcas de mi rostro?

Cristina estaba horrorizada.

–¡No! Nunca pienses eso.

–Entonces, ¿por qué?

–La.. noche antes de mi partida, te vi con Sara Almeida en el patio.

–¡Oh, sí! –dijo Carlos–. ¿Y qué?

Cristina extendió las manos.

–Por favor, Carlos, trata de comprender. Yo estaba enamorada de ti y sabía que tenía que irme. Cuando.. cuando os vi juntos, no pude soportarlo más tiempo.

–Y por eso me dijiste aquellas cosas –Carlos la miraba incrédulo.

–¡Oh, sí, sí!

–¡Oh, no! –Carlos inclinó la cabeza y la atrajo de nuevo contra sí–. No, fue sólo que ella se marchaba a Canadá, y antes quería ver a Miguel. Cristina, ¿me quieres de verdad? Yo te adoro y nada tienes que temer de Sara. Créeme, yo no te mentiría nunca.

–¿Es verdad lo que dices, Carlos?

–¡Claro que es verdad, *amada!* –suspiró–. Inés trató de complicarnos la vida, a ti, a Sara y a mí. Como ves, ella nunca perdió la esperanza de que un día nos casáramos, y cuando Sara llegó a la Quinta esa noche, ella hizo ciertas insinuaciones que podrían ser interpretadas erróneamente. Fue muy embarazoso y esa es la razón por la que Inés se siente ahora decepcionada.

–¿Sabe. . sabe ella lo nuestro?

Carlos sonrió.

–Me temo que sí, *amada. No* creo que nadie en Porto Cedro dude acerca de mis sentimientos hacia ti, cuando me hayan visto esta tarde al creer que te había perdido. Tu hermano lo sabe, estoy seguro, pero como nada se ha dicho –le acarició el pelo–, probablemente no aprobarás mis sentimientos. Soy demasiado viejo para ti.

–No lo eres –Cristina le besó suavemente.

–Sí, lo soy, pero ya no me importa. Te quiero más que a mi vida y si me dejaras me moriría –

movió la cabeza pensativo–. Supe desde el momento que te traje a la Quinta para que le hicieras compañía a Miguel, que nunca te dejaría ir.

–Estabas tan enojado conmigo la noche que me encontraste nadando en tu playa. .

Carlos asintió.

–Supongo que inconscientemente me dolió el hecho de que tu rostro me encantara; tu juventud me molestaba. A mí, viejo, feo y lleno de cicatrices.

–Nunca digas eso –murmuró Cristina con cariño–. ¿Qué crees que pensará Miguel de lo nuestro?

Carlos dijo en broma:

–Me envidiará. Quizás se ponga un poco celoso.

Cristina rió.

–¡Oh, Carlos! ¡Soy tan feliz!

–Primero, tenemos una boda que planear, pero antes debemos hablar con tu hermano. Tengo que pedir su permiso, y comprarle un barco para que se recupere de la pérdida de "El Fantasma".

–¡Ah! Así –dijo Cristina con un brillo de picardía en los ojos– que hay una boda que arreglar,

¿verdad? No recuerdo que se me haya preguntado sobre eso.

Carlos la tomó tiernamente en sus brazos, la oprimió contra su pecho y la besó con pasión.

–Sí, *amada,* va a haber una boda. . Yo no pretendo que nuestra relación dure menos que toda una vida..